

# COLMILLOS PLACADO



СЕРЕБРЯНЫЙ  
КЛЫК

Durante semanas, los Garou, salvajes hombres lobo que luchan por salvar la naturaleza, han estado librando una batalla desesperada contra los sicarios del malvado engendro del Wyrn, Jo'cllath'mattric. Ahora, por fin, ha llegado el momento de llevar la batalla al cubil de la bestia. En la Novela de Tribu: Colmillos Plateados, el rey guerrero Albrecht viaja a Europa para unir a las fuerzas de los Garou, pero sus hermanos del viejo continente le dispensan una fría bienvenida.



Carl Bowen

# **Colmillos Plateados**

**Novelas de tribu - 11**

**ePub r1.1**

**TaliZorah 09.07.13**

Título original: *Werewolf Tribe Novel 6: Silver Fangs & Glass Walkers*

Carl Bowen, agosto de 2002

Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano

Ilustración de la portada: Steve Prescott

Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0



Ningún visitante de tierras lejanas es mejor  
recibido que un guerrero fuerte y noble  
—Beowulf

## Prólogo



Nadie molestó a Tajavientres ni a Garramarga mientras se alejaban de la ruidosa fosa tóxica alrededor de la cual había crecido la colmena y se dirigían a los aposentos de Arastha. Dejaron atrás la humeante forja, en la que se producían los preciados fetiches y otras armas de guerra. Pasaron junto a la cámara de fertilidad de la colmena y cambiaron de dirección un pasillo antes de llegar a la fosa de engendrado. Tajavientres escuchó apenas el coro de hermanos y hermanas que, con gran placer, estaban cumpliendo con sus biológicos deberes para con el Padre Wyrm. Por supuesto, los cachorros no estarían maduros para cuando llegara la Batalla Final pero no había nada de malo en someterse a los ritos.

Tjavientres se aproximó a la última esquina que precedía a la cámara de Arastha, seguido muy de cerca por Garramarga en su forma Lupus negra como la pez. Sin embargo, al doblar esa esquina, se vio sorprendido por la aparición de un cachorro con aire bravucón que, vestido tan solo con unos pantalones de cuero, caminaba hacia ellos desde el cuarto de Arastha. El cachorro levantó la mirada hacia Tajavientres, lo reconoció y plantó ambos pies en mitad del pasillo.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó con los brazos cruzados—. Ni siquiera deberías haber regresado ya.

Tajavientres levantó la mirada, sobresaltado. Tras él, Garamarga siguió andando.

—¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí?

—La señora Arastha me mandó a buscar cuando te fuiste —dijo con una sonrisa lasciva mientras Tajavientres se le acercaba—. Dice que prefiere a los guerreros jóvenes y fuertes de su colmena a ti, viejo.

El cachorro debía de ser nuevo, pensó Tajavientres, si creía que así iba a provocarlo. Todos los moradores de la colmena conocían los apetitos de Arastha y cualquier macho sano podía albergar la esperanza de visitar sus aposentos al menos en una ocasión. Sólo los más jóvenes o estúpidos creían que eso los convertía en especiales. No obstante, el desafío de un estúpido novato seguía siendo un desafío.

Sin dejar que su paso variara un ápice, Tajavientres lanzó hacia delante la mano abierta y golpeó al cachorro en el pecho. El impacto hizo que el joven cayera de espaldas y su cabeza chocó contra la piedra del suelo con un crujido húmedo.

—Ni siquiera estás sudando, mascota —dijo Tajavientres con un resoplido de desprecio, volviendo la cabeza hacia él—. Arastha no ha debido ni de enterarse de que has estado dentro de ella.

—Cuánta razón tienes —dijo una voz sedosa y sensual. Tajavientres distinguió la conocida forma de su dama a través del enrejado de huesos de la puerta a sus aposentos. Vestía un traje hecho de cuero y hebillas de hierro, que le hacía mucho mejor servicio a su cuerpo que el paso de los años y el parto de numerosas carnadas—. Es demasiado joven y está demasiado ansioso. No como tú. Tu sentido del ritmo y tu coordinación, solícito Tajavientres, son siempre impecables. Te esperaba. Ven aquí.

Arastha apartó el enrejado de huesos y Tajavientres hizo lo que se le ordenaba. Garramarga lo siguió, sin dedicar siquiera una mirada al idiota que seguía tendido en el suelo. Cuando los dos estuvieron dentro, Arastha volvió a cerrar la puerta.

—Me alegro de que hayas regresado —ronroneó Arastha mientras precedía a los dos visitantes al interior de sus aposentos—. Empezaba a sentirme sola.

—Ya lo he visto —gruñó Tajavientres—. ¿Quién era ése?

—No sé cómo se llama —dijo Arastha con una sonrisa maliciosa—. No me ha dado una sola razón para gritarlo en voz alta.

—Has mandado a buscarlo mientras yo estaba fuera —dijo Tajavientres, incapaz de contener el mismo ataque de celos que acababa de desdeñar delante del cachorro.

La sonrisa de Arastha trocó su malicia por burla.

—No es más que un niño, celoso Tajavientres —se mofó—. Un cachorro. Por lo que yo sé, hasta podría ser uno de los míos.

—Estupendo —repuso Tajavientres mientras pasaba junto a ella—. No he venido a jugar. Estamos aquí para informar sobre lo que hemos averiguado.

Caminó a grandes zancadas hasta el otro lado de la habitación y se volvió para mirar a Arastha, dando la espalda a G'louogh, el Wyrn Profanador, y Mashstrac, el Impulso de Poder, que decoraban la pared. Garramarga se irguió en su forma Homínida. De aquella guisa era un hombre alto y delgado, vestido con una túnica negra con capucha. Su rostro estaba oculto entre las sombras pero sus brillantes ojos ambarinos reflejaban el parpadeo de la antorcha que iluminaba la habitación.

—Vaya —murmuró Arastha con tono sardónico. Acarició a Tajavientres con las yemas de los dedos al tiempo que se alejaba de él—. Informa entonces. ¿Qué habéis descubierto mi leal Theurge y tú?



Tajavientres se estremeció al sentir su contacto pero contuvo el deseo de abrazarla. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que la tuviera entre sus brazos... Había sido poco después de regresar de la cloaca del río Tisza, donde Astillahuesos y Alarido Espino —sus antiguos compañeros de manada— habían muerto. Estaban realizando un ritual para descubrir la verdadera naturaleza del enorme sortilegio que mantenía encadenado a un ancestral espíritu del Wyrn conocido como El Hijo Olvidado. El ritual había tenido éxito pero los demás habían pagado la victoria con sus vidas. Y sin embargo Arastha había considerado la misión como un éxito. Había pasado los tres días siguientes recompensando a Tajavientres antes de encomendarle junto con Garramarga una nueva misión, esta vez de exploración y reconocimiento. Tajavientres no había estado con ella desde entonces y le costaba un gran esfuerzo no arrojarla al suelo y poseerla allí mismo.

Sin embargo, lo único que hizo fue observarla con ojos ávidos mientras ella cruzaba la habitación hasta una mesa de obsidiana que dominaba la otra mitad de la sala. Garramarga había abierto sobre ella un mapa de la Europa sudoriental que guardaba bajo la túnica. Le había estado añadiendo nuevas anotaciones durante todo el viaje y había terminado por ser extremadamente detallado. Aparte de los contornos físicos de la región, había marcado en él las fronteras de los protectorados de los hombres lobo y había señalado el emplazamiento de los túmulos, tanto del Wyrn como de Gaia, así como las ciudades humanas y las fronteras políticas. Algunos de los glifos indicaban túmulos que Tajavientres jamás había visto ni de los que había oído hablar y había otros que habían sido abandonados y permanecían en estado latente desde hacía mucho tiempo. Y una gran parte del mapa estaba cubierta por el resultado de sus exploraciones, una matriz de líneas

formadas por puntos que representaba cadenas de patrón iguales a la que había cruzado el Tisza.

—Tal como nos ordenaste, señora Arastha —empezó a decir Tajavientres—, Garramarga y yo hemos estado recorriendo la campiña en busca de más cadenas de patrón como la que el ritual de Alarido Espino sacó a la luz en la cloaca del río Tisza. Hemos recorrido Hungría, Rumanía, Bulgaria, Macedonia, Albania y Serbia y hemos encontrado al menos diecisiete cadenas diferentes por toda la región.

—Sí —dijo Garramarga—. Como sospechábamos desde el principio, el ritual del caído Alarido Espino estaba concebido para revelar los límites de la prisión del Hijo Olvidado haciendo que resonaran por todo el mundo espiritual. Por desgracia, tal como ya sabes, esa resonancia agravó la condición del espíritu envenenado del Tisza y éste partió de una dentellada la cadena por la mitad antes de que nadie supiera lo que estaba pasando.

—Sí —jadeó Arastha, mientras se retorció de modo tan acusado que Tajavientres no pudo evitar apartarse un paso de ella—. Ojalá hubiera podido verlo.

Garramarga ignoró su comentario y continuó con su relato.

—Cuando la cadena se partió, generó una sobrecarga espiritual fortísima, que provocó las tormentas que ahora azotan gran parte de la Penumbra local. Por fortuna, aunque este incidente alteró la resonancia con la que las demás cadenas estaban vibrando, no logró sofocarla del todo. Tajavientres y yo hemos podido detectarla por medio de su efecto sobre las tormentas de la Umbra y así hemos logrado extrapolar los emplazamientos de muchas de las cadenas en cuestión.

—Ya veo —dijo Arastha con voz complacida mientras se inclinaba sobre el mapa para verlo mejor. Su mano derecha acarició con aire frívolo la espalda a Garramarga mientras él iba señalando los

puntos que marcaban las localizaciones de las cadenas. Tajavientres entornó la mirada.

—Tras seguir la pista a las cadenas, tal como habíamos decidido —continuó Garramarga, sin reaccionar en modo alguno al contacto de Arastha—, descubrimos que todas ellas se extendían hacia los túmulos marcados aquí.

—Desde entonces, cada uno de ellos se ha adormecido o ha sido capturado por el Padre —dijo Tajavientres, mientras se acercaba a la mesa para distraer a Arastha y apartarla así de Garramarga. El Theurge llevaba mucho más tiempo que él sirviendo a Arastha y a la colmena, lo que significaba que tendría que esforzarse al máximo si quería llamar la atención de Arastha—. Algunos de ellos son tan antiguos que nadie los recordaba. Garramarga sólo logró encontrarlos tras meditar en Descanso del Búho.

Sin dejar de acariciar la espalda de Garramarga y aún inclinada sobre el mapa, Arastha volvió el rostro hacia Tajavientres... sin mostrarle el cuerpo.

—Ya veo, útil Tajavientres —sus dedos tamborilearon sobre la mesa y añadió—. ¿Por qué no te unes a nosotros?

Tjavientres lo hizo y se colocó tan cerca de Arastha como le fue posible sin llegar a tocarla.

—Sí —dijo Garramarga, aparentemente sin darse cuenta de ello—. Pudimos seguirle la pista a estas cadenas hasta los túmulos, muchos de los cuales están aún por despertar. Pero en la otra dirección, todas las cadenas convergen en esta región —mientras lo decía, indicó con una mano enguantada la porción inferior derecha del mapa, hacia donde, en efecto, parecían dirigirse todas las líneas—. Para los hombres, este lugar se encuentra entre Kosovo y Serbia. En lo que ellos llaman «la zona de amortiguación».

—Pero para nosotros —intervino Tajavientres—, este territorio está maduro para la conquista en el nombre del Padre. La miseria y el miedo que reinan allí llevan años alimentando Perdiciones y cuajando en la Penumbra. Garramarga y yo lo hemos visto con nuestros propios ojos.

—Es tierra fértil, impaciente Tajavientres —asintió Arastha mientras le acariciaba el muslo con la mano como por accidente y se volvía para mirarlo—. ¿Pero dónde exactamente está el Hijo Olvidado? Estas líneas no convergen en un solo punto. ¿No deberían hacerlo si en verdad fueran una prisión?

—No necesariamente —dijo Garramarga—. Un tipo de barrera como ésa dependería por completo de la integridad de todos los componentes, de modo que si una sola de las cadenas se rompiera, la prisión entera se disolvería. No, de acuerdo a nuestras exploraciones y a mis propios cálculos, la barrera está dispuesta más o menos de la siguiente manera —tras sacar un compás plegable de color negro y un estilo de hueso de un bolsillo de su túnica y utilizando como referencia las líneas que ya había marcado, Garramarga empezó a dibujar la barrera largo tiempo oculta que protegía la prisión del Hijo Olvidado. Muchas de las líneas que estaba trazando eran el resultado de extrapolaciones matemáticas y, a pesar de no ser ningún cachorro ignorante, Tajavientres tuvo que asumir que Garramarga sabía lo que estaba haciendo.

—Al final —dijo el Theurge—, las líneas individuales no tienen que ser tan fuertes como en el caso de una barrera centrada en un solo punto. De este modo se refuerzan unas a otras y la pérdida de una o más de ellas no compromete la existencia de la barrera. Es una obra de lo más ingeniosa para los seres primitivos que debieron de construirla.

—Desde luego —dijo Arastha mientras ponía un brazo sobre el hombro de Garramarga y lo apretaba con suavidad. Enfurecido.

Tajavientres trató de comprobar si el hombro era más musculoso que el suyo.

Garramarga prosiguió, señalando diferentes partes del mapa mientras hablaba.

—La energía de la barrera se desplaza desde los túmulos que sirven de ancla, a través de estos nexos y se equilibra aquí, en el centro. En algún lugar de esta «zona de amortiguación». Me gustaría ser más exacto pero sin un examen pormenorizado de cada una de las cadenas de patrón que forman la barrera, me es imposible. No obstante, en algún lugar, oculto en estas montañas, se esconde un túmulo ancestral que es el centro de la prisión del Hijo Olvidado.

—El mapa es lo bastante preciso para empezar una búsqueda —dijo Arastha. Parecía exultante por las noticias. Se irguió y colocó una mano en el bíceps izquierdo de Garramarga y otra en el derecho de Tajavientres. Éste flexionó ligeramente el músculo—. Ahora debemos ponernos manos a la obra sin demora. Garramarga, haz copias del mapa y llévalas a la cámara del Guardián de las Puertas. Quiero que cada colmena que aparece en él sea informada sobre lo que has encontrado y quiero que cada una de ellas envíe guerreros y cazadores para ayudarnos. Cuando lleguen, que todos se reúnan al instante en la fosa. Allí elegiremos a los mejores guerreros y más astutos cazadores de entre los nuestros para unirse a la búsqueda. Ha llegado la hora del Hijo Olvidado y nosotros seremos los que lo liberaremos. Marchaos.

Con un leve asentimiento de cabeza, Garramarga enrolló el mapa y se encaminó hacia la puerta. Tras cruzar el umbral, volvió a adoptar su forma Lupus y desapareció por el pasillo para hacer lo que se le había ordenado. Cuando hubo desaparecido, Arastha cruzó la habitación y cerró la puerta tras él. Entonces regresó junto a Tajavientres con un fuego de lujuria en los ojos.

Tajavientres no sabía si era verdadero, pero lo cierto es que tampoco le importaba demasiado.

—Y tú, dulce Tajavientres —ronroneó, mientras caminaba hasta él y lo empujaba contra la mesa de obsidiana apoyando las manos sobre su pecho—. ¿Pensabas que te había olvidado?

—No soy tan fácil de olvidar —fanfarroneó él mientras la sujetaba, al fin, por los hombros.

Arastha se estremeció exquisitamente ante aquel trato rudo pero una sonrisa cruel y helada le iluminó los ojos.

—No, es cierto —murmuró, mientras lidiaba suavemente con los intentos de Tajavientres de juntar sus bocas—. ¿Cómo iba yo a olvidar a mi dulce y fiel Tajavientres? Has hecho tantas cosas por mí desde que te marchaste...

—No hablemos de eso —dijo Tajavientres al tiempo que la atraía hacia sí—. Hablemos sobre mi recompensa.

—Cuánta presunción, Tajavientres —replicó Arastha. Apartó la parte superior de su cuerpo de él al tiempo que frotaba las caderas contra las del macho.

Tajavientres gruñó y trató de atraerla con más denuedo. Odiaba esa clase de juegos a los que tenía que entregarse para conseguir lo que deseaba. ¿Eran tan retorcidas todas las Galliard hembras?

—Sé lo que me merezco.

—Oh —sonrió Arastha—. ¿Y qué es lo que te mereces, Eric?

Tajavientres se detuvo como si ella acabara de arrojarle un vaso de agua helada a la cara.

—No me llames así —repuso.

—Es así como te llamas, ¿no? —dijo Arastha mientras lo inmovilizaba con una mirada implacable—. Eric Roba-Fuegos. Señor de la Sombra y Ahroun. Guardián del Túmulo de Descanso del Búho.

—¡Ya no! —gritó Tajavientres y le propinó con todas sus fuerzas una bofetada en la boca. Ella era su reina pero no podía controlarse—. ¡Ése ya no soy yo! ¡Me lo dije, llámame sólo Tajavientres!

El persistente calor de la lujuria se evaporó por completo de los ojos de Arastha. Adoptó la voluminosa forma neandertalense que los de su especie llamaban Glabro y rompió con facilidad la presa de Tajavientres. Una de sus manos voló hacia su garganta y la otra se cerró sobre su entrepierna como una trampa para osos. La súbita transformación hizo que Tajavientres retrocediera, sorprendido, y cayó torpemente sobre la mesa de obsidiana, con Arastha encima. Ella se irguió sobre su cara, casi montada a horcajadas, con el rostro salvaje a escasos centímetros de distancia.

—Yo soy la líder de esta colmena —ladró, cubriéndole el rostro de saliva—. ¡No toleraré que me hables de ese modo! ¿Comprendes?

—Sí —resolló él. La garganta y los genitales le dolían tanto que todo lo veía blanco. Sin embargo, sabía que tratar de adoptar una forma más poderosa sería un suicidio. Arastha era más fuerte de lo que aparentaba: le partiría la columna vertebral contra la mesa. Y al mismo tiempo, en contra de su voluntad, su cuerpo estaba respondiendo a la calidez y el peso del de ella.

—Bien —le gruñó Arastha. Alivió un poco la presión sobre su cuello, pero no del todo. Además, su otra mano apretó aún más y el miembro de Tajavientres empezó a cobrar vida entre sus dedos—. Por mucha gloria que obtengas, no eres más que lo que yo haga de ti. *Yo* te perdoné cuando te arrebataron tu título y *yo* te traje aquí conmigo. *Yo* te mostré la verdad sobre el Padre y *yo* hice posible que pudieras compartir la gloria de liberar al Hijo Olvidado. No eres nada sin mí. Eres un exiliado, y un traidor por añadidura.

Con estas palabras, levantó a Tajavientres en vilo y lo arrojó de espaldas sobre la mesa. El hombre lobo cayó con los brazos sobre la cabeza. El aire que respiraba le sabía a sangre y le quemaba la garganta. Cada latido de su corazón le dolía como una explosión en la entrepierna pero a pesar de ello su miembro estaba ahora completamente erecto. Arastha saltó sobre la mesa, se montó a horcajadas sobre sus caderas y le inmovilizó las muñecas sobre la cabeza con la mano izquierda. Tratando de no sucumbir al pánico, Tajavientres se retorció de nuevo e hizo lo que pudo por liberarse.

—Y cuando vienes a hacerme *demandas* —dijo Arastha con una sonrisa de maníaca y sujetando a Tajavientres como si fuera un niño—, me pregunto por qué lo hice. Con un aullido, puedo deshacerlo todo y convertirte de nuevo en Eric Roba-Fuegos... espía de Gaia y prisionero de guerra en el Túmulo del Descanso del Búho.

Los ojos de Tajavientres soltaron chispas y se debatió con más fuerza tratando de liberarse. Arastha se balanceó con él y a continuación adoptó su enorme forma Crinos y lo aplastó con todo su peso.

—No hagas que me arrepienta, Tajavientres —gruñó en la lengua de los hombres lobo, mientras sus enormes fauces se abrían y cerraban frente a los ojos del macho—. Eres mío.

—No lo haré —respondió Tajavientres con voz ahogada—. Señora Arastha. Soy tuyo. Por favor.

—Sí —le espetó Arastha—. Mío.

Mientras lo decía, desplazó el cuerpo y levantó una de las piernas. Con un movimiento extremadamente cuidadoso del pie, le desgarró el cinturón y la parte delantera del pantalón hasta dejarlos reducidos a unos jirones que apartó a continuación de sus caderas. Entonces volvió a sentarse sobre él y lo introdujo tan dentro de sí misma como le fue posible.



---

—Mío —gruñó de nuevo mientras empezaba a balancearse adelante y atrás—. Tajavientres es mío.

Tjavientres emitió un gemido de vergüenza y sumisión y permaneció completamente inmóvil.

—Pero si alguna vez lo olvidas —le gruñó ella—. Eric Roba-Fuegos deseará que lo hubiera dejado morir en Descanso del Búho. ¿Comprendes?

—Sí, mi señora —gimió Tajavientres—. Comprendo.

## Capítulo uno



Jonas Albrecht se encontraba a un lado de la cama del estrecho cuarto, reprimiendo el gruñido que estaba haciendo que le temblaran los labios. Tan pronto metía las grandes manos en los bolsillos de su andrajoso guardapolvos como jugueteaba con la empuñadura de Amo Solemne, el gran klaive que pendía de su cinturón. Cuando las palmas de las manos se le llenaban de sudor, se las secaba con aire ausente en la parte delantera de sus desgastados vaqueros azules. No había sitio suficiente en el cuarto para pasear, lo que hacía que se sintiera como si estuviera atrapado en una jaula.

—No sé con seguridad si ella sabe que estás aquí —dijo el muchacho que se encontraba al otro lado—, pero a *mí* me estás poniendo nervioso. Quizá deberías sentarte o algo así.

—No serviría de nada —dijo Albrecht entre dientes—. Además, no voy a quedarme tanto.

—Entonces puede que debas decir algo antes de marcharte —dijo el muchacho—. Por si ella puede oírnos.

Albrecht bajó la mirada hacia la cama que lo separaba del muchacho. Había una mujer tendida en ella, una mujer a la que

Albrecht quería más que a cualquier otro ser del mundo, salvo acaso el muchacho. Era menuda, de tez olivácea y enjuta. De sangre hispana principalmente, aunque mezclada con un poco de griega. La mayor parte del tiempo era una persona dura y tuerto que no toleraba tonterías de nadie pero ahora estaba débil, pálida y demacrada. No había abierto los ojos desde hacía semanas y su cuerpo estaba inmóvil, aplastado en apariencia por el peso de la delgada sábana que la cubría. Descansaba sobre un montón de cojines de plumas que cubrían un somier de tablas, como una inválida, y ni siquiera podía darse la vuelta. La polvorienta luz del sol que se colaba por la ventana incidía sobre su rostro y no lograba sino resaltar un poco más su miserable condición.

—Maldita sea, Mari —gruñó Albrecht a la mujer—. Te dije que no fueras. ¿Por qué no podías escucharme por una sola vez?

—Sé cómo te sientes —dijo el muchacho—, pero se pondrá bien. Estoy seguro.

Albrecht miró al muchacho y casi —casi— estuvo a punto de creerlo. El muchacho, Evan, había crecido un montón desde la última vez que se habían visto. Por aquel entonces, no era más que un chico fugado más, perdido y temeroso de su propia sombra. Ahora era orgulloso y valiente y estaba seguro de sí. A Albrecht le recordaba a sí mismo una vida entera atrás. Sabía quién era y sabía lo que debía hacer con su vida. Evan había alcanzado ese punto en el que un choque más con las tragedias de la realidad terminaría de convertirlo en un hombre. Albrecht confiaba en que no fuera aquél, perder a Mari de aquella manera, sin que ninguno de ellos pudiera hacer nada para ayudarla.

—Por supuesto que se pondrá bien —dijo Albrecht por cariño al muchacho—. Ha estado en situaciones peores, ¿sabes?

Esbozó una sonrisa, pero el gesto era una imitación carente de vida de una sonrisa verdadera.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó el muchacho.

Albrecht se volvió y miró por la ventana en dirección al sol poniente. Su sombra cubrió el rostro de Mari y reveló al hacerlo unas líneas severas que la recorrían.

—Tú —dijo— te quedarás a su lado para que seas lo primero que vea cuando despierte. En estos momentos necesita a sus compañeros de manada. Necesita que montes guardia y estés con ella y necesita también que yo me asegure de que algo así no vuelve a ocurrir.

—Por supuesto —dijo Evan—. ¿Y tiene algún sentido que me moleste en preguntarte qué estás planeando hacer tú?

—Me conoces muy bien —dijo Albrecht, con la mirada aún entornada en dirección al sol—. Voy a salir. Descubriré quién le ha hecho esto a Mari y lo mataré. Luego buscaré a Arkady y lo mataré también por estar involucrado. Y si Konietzko o cualquier otro de esos capullos europeos se atreven a interponerse en mi camino, les romperé el culo de una patada.

—Me lo imaginaba —suspiró Evan—. ¿Estás seguro de que no quieres por lo menos que vaya contigo? En estos tiempos de crisis la diplomacia tiene su importancia, ya lo sabes.

Albrecht sacudió la cabeza sin volverse. El sol que entraba por la ventana se reflejaba sobre la sencilla corona que llevaba e iluminaba su largo cabello platino.

—De ningún modo —dijo—. La diplomacia es lo que hacen todos por allí y mira adónde los ha llevado. Mira adónde ha llevado a Mari.

—Lo sé —dijo Evan—. Pero...

—Nada de peros, muchacho —dijo Albrecht—. Te necesito aquí, con ella, mientras yo me encargo de todo.

Evan cruzó los brazos y se apoyó sobre la pared que había junto a la puerta.

—¿Sabes?, hay que acabar de una vez con este asunto de Arkady y con lo que quiera que esté pasando en Europa. Pero no puedes hacerlo solo. Mari lo intentó y, tal como has dicho, mira cómo ha terminado.

—Lo sé —dijo Albrecht—. Pero ¿qué otra elección tengo? Yo provoqué todo este embrollo. Dejé que Arkady se fuera cuando debiera haberlo matado. Luego esos europeos deciden someterlo a juicio y yo permito que Mari asista para ver lo que ocurre y testificar. Y lo siguiente que sabemos es que Mari tiene problemas, hay una verdadera tormenta de mierda en la Umbra y Arkady va de un lado a otro dando saltos y farfullando sobre espirales de plata antes de esfumarse y desaparecer en Gaia sabe dónde. Nada de esto... —hizo un ademán hacia el cuerpo inconsciente y consumido de Mari— hubiera ocurrido si yo hubiera matado a Arkady cuando tuve oportunidad de hacerlo. Adelante, Evan. Trata de negar que es así.

—Hiciste lo que debías —dijo Evan—. O sea, no es como si hubieras dejado escapar a Arkady. Lo *exiliaste*. Tuvo tratos con el Wyrm, trató de arrebatarle tus derechos de nacimiento en un duelo...

—Un duelo *amañado* —murmuró Albrecht.

—... trató de arrebatarle la Corona de Plata y te torturó hasta casi matarte. Y mientras tanto, estuvo a punto de permitir que un túmulo fuera profanado. Y aun entonces, tú contuviste tu mano.

—Sí, menudo Ahroun estoy hecho —gruñó Albrecht—. El rey Mierdero I. Ése soy yo.

—Maldición —dijo Evan—. Supongo que eso ha sonado bastante mal. Lo siento. Pero no era eso lo que quería decir. La cuestión es que, a pesar de todo lo que te hizo, no enloqueciste sin más y lo convertiste en fertilizante. Lo castigaste con justicia.

Albrecht resolló y cruzó los brazos sobre su voluminoso pecho.

—La gente habla sobre el modo en que un rey trata a sus enemigos, Albrecht —insistió Evan—. Si es salvaje e implacable, caminan de puntillas a su alrededor y hacen lo posible por no enojarlo. Pero si es honorable y justo, sienten que pueden confiar en él.

—Eso lo has leído en un manual de negocios de la Nueva Era, ¿a qué sí? —dijo Albrecht sin volverse y con una sonrisa en los labios.

—Lo he visto, Albrecht —dijo Evan. Se arrodilló en el suelo, junto a la cama, y puso su mano sobre la de Mari—. Tanto Mari como yo estábamos presentes el día que exiliaste a Arkady. Lo vimos con nuestros propios ojos. Hiciste que nos sintiéramos orgullosos y aún seguimos sintiéndonos así.

—¿Ah, sí? —dijo Albrecht mientras se volvía. Lanzó a Evan una mirada fulminante—. ¿Crees que ella estaría de acuerdo en esto, muchacho? ¡Mírala! Sí, mostré misericordia para con Arkady y ahora esa decisión vuelve para morderme el trasero. A ella ya se lo ha mordido y si tú la hubieras acompañado... o si hubieras ido en su lugar, puede que ahora mismo estuvieras muerto. Y todo porque dejé que esa repugnante bolsa de basura siguiera con vida.

—Jonas, no te hagas el ingenuo, joder —repuso Evan al tiempo que se ponía en pie sin dejarse intimidar por la mirada de Albrecht—. Eso no es más que mierda autocompasiva.

Albrecht tuvo que pestañear un par de veces antes de recobrar la facultad del habla. Daba las gracias a Dios por tener el sol a su espalda en aquel mismo momento. Con suerte, de ese modo Evan no vería la mirada de completo asombro que se había pintado en su rostro.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído —dijo Evan. Hablaba con un tono de voz que Albrecht conocía bien. Con la espalda recta y los brazos cruzados,

se erguía recto y digno como un viejo árbol—. Ambos sabemos cómo estaban las cosas por entonces. Ya sabes qué clase de infierno tuvo que atravesar Arkady para llegar hasta los Estados Unidos desde Rusia y lo primero que hiciste cuando lo tuviste a tu merced fue enviarlo de regreso. Le *ordenaste* que fuera.

—Lo mandé a su cuarto sin cenar —musitó Albrecht.

—No, casi había llegado a ser rey, Albrecht, ¿recuerdas? —dijo Evan—. La gente no sabía aún que era un traidor. Tú lo descubriste y lo exiliaste. Lo sentenciaste a regresar al lugar del que había salido sin ayuda de nadie. Le ordenaste que marchara solo y volviera a cruzar las puertas del Infierno. Tú lo sabías y él lo sabía también. No era más que el aplazamiento de una ejecución.

Albrecht no dijo nada.

—Pero —continuó Evan— permitiste que muriera mientras trataba de regresar a casa, luchando contra el Wyrn. Después de todo lo que te había hecho, aún le ofreciste la oportunidad de caer con dignidad.

Albrecht permaneció inmóvil unos momentos, tratando de pensar en algo que decir en vez de permanecer allí, pestañeando como un idiota aturdido, Evan le causaba ese efecto algunas veces. Sobre todo cuando el muchacho tenía razón y él se estaba comportando como un testarudo.

—¿Y bien? —dijo Evan al cabo de unos segundos de silencio. Colocó las manos a ambos lados y las introdujo en los bolsillos. Envuelto por completo por la sombra de Albrecht, ladeó ligeramente la cabeza. Albrecht se llevó el dorso de la mano al ojo sano y sorbió por la nariz en silencio.

Evan se inclinó hacia delante, un poco inquieto ahora que había terminado de sermonearle. Volvía a mostrarse tan respetuoso como de costumbre.

—Albrecht, yo... ¿qué ocurre?

—Es sólo que... —empezó a decir Albrecht—. Escúchate... —su voz temblaba. Volvió a sorber—. Mi pequeño hombretón... estás muy crecido —se pasó el dorso de la mano por el ojo sano y a continuación esbozó una sonrisa afectada.

Evan suspiró y puso los ojos en blanco.

—Capullo.

—Gilipollas.

La mirada de Albrecht se dirigió hacia Mari y a continuación hacia la izquierda, a la puerta. Su orgulloso y noble perfil resaltaba acusadamente frente al mundo iluminado por el sol que se abría al otro lado de la ventana.

—Pero tienes razón —suspiró sin mirar a Evan—. Supongo que no *todo* lo que ha pasado es culpa mía.

—Sería una arrogancia pensar eso —dijo Evan.

Albrecht se volvió hacia el joven y volvió a esbozar la misma sonrisa afectada.

—Sí, supongo que sí. Yo diría que vas a ser bastante sabio cuando seas mayor, muchacho.

Evan se encogió de hombros...

—Es parte de mi trabajo.

Albrecht asintió y volvió a mirar a Mari una vez más. Un momento después, se volvió hacia la puerta y dijo:

—Viene alguien.

Como si lo esperaran, ese alguien abrió la puerta sin llamar. Era Nadya Zenobia, la Furia Negra de más avanzada edad de todo el Clan de Finger Lakes. Había cuidado a Mari desde el principio. Era una afroamericana delgada y de aspecto duro que había logrado sobrevivir en el mundo de los Garou hasta alcanzar una saludable mediana edad. Traía una cesta llena de sábanas limpias y camisones como el que Mari llevaba y un gran cubo de madera lleno de agua caliente apoyado tranquilamente sobre lo demás.



—Fuera —dijo sin mirar a Evan o Albrecht los ojos. Sabía tan bien como Albrecht y Evan que al ocuparse de Mari en su estado estaba caminando por la cuerda floja. La letra de la ley Garou ordenaba que ningún hombre lobo sano cuidara a un congénere débil o enfermo.

—Pero si no estamos más que... —empezó a protestar Evan.

—Sí, señora —intervino Albrecht. Atravesó la habitación y le puso una mano en el hombro a Evan—. Vamos, muchacho. Mari lleva mucho tiempo tendida, ya lo sabes. Esta señora va a limpiarla y todo lo demás. Ya sabes, cambiar las sábanas y... —lanzó una mirada hacia la bacinilla que había debajo de las caderas de Mari—... lo otro.

Evan ofreció aún cierta resistencia, lo que obligó a la Furia Negra a abrirse camino a empujones entre Albrecht y él para llegar junto a la cama.

—Pero somos sus compañeros de manada. ¿No deberíamos ayudarla o algo así?

—Estar a su lado es una cosa, muchacho —dijo Albrecht mientras lo empujaba suave pero inexorablemente hacia la puerta. Nadya dejó la ropa en un banquillo situado a los pies de la cama y encendió un palito de acre incienso sobre la cómoda de la pared opuesta—. Esto es diferente. ¿Crees que Mari quiere que veamos cómo la limpian? ¿Crees que quiere que veamos lo completamente impotente que está? Nada de eso. Le daría tanta vergüenza que ni siquiera podría quejarse.

—Oh, vale —dijo Evan. Se detuvo para arrancar la lanza fetiche que había clavado en la puerta al entrar y lanzó una mirada a Nadya. La mujer le estaba limpiando la frente a Mari con un trapo de algodón mientras murmuraba suavemente en su oído—. No estaremos lejos —le dijo—. Y yo volveré dentro de pocos minutos. Cuida bien de ella.

—Lo haré —dijo la mujer. Ni siquiera levantó la mirada—. Como su Alteza desee.

Albrecht sacó a Evan del cuarto y cerró la puerta tras ellos. Inspiró una gran bocanada de aire fresco y después de volvió hacia la ventana mientras la Theurge echaba las persianas. No había nada que él pudiera hacer y lo sabía, de modo que empozó a andar. Evan se situó a su derecha y lo acompañó.

—¿Qué significaba eso? —preguntó cuando estuvieron a cierta distancia de la cabaña—. Lo de «como su Alteza desee».

—Significa exactamente lo que estás pensando —gruñó Albrecht mientras su mirada permanecía obstinadamente fija al frente—. Le dije que permaneciera con Mari. Aun después de que Antonine se marchara y me dijera que no había nada más que pudiera hacer, le dije que se quedara y lo siguiera intentando.

—O sea, que le ordenaste que la cuidara durante su enfermedad.

—Sí.

—¿Y no se negó ni nada parecido?

—No. Se limita a gruñir y comportarse como si tuviera constantemente el síndrome premenstrual.

—Yo me lo tomaría como gratitud, en ese caso —dijo Evan— Nadya aprecia a Mari y no le gusta más que a nosotros tener que ver cómo se consume sin hacer nada. Le has hecho un favor, diría yo.

Siguieron caminando en silencio, sumidos en sus propios pensamientos y tratando de disfrutar de la compañía del otro el máximo tiempo posible. Al fin, fue Albrecht el que rompió el silencio.

—¿Sabes qué es lo más injusto de todo este asunto de Arkady? —dijo antes de que hubieran llegado a ningún lugar concreto.

—¿El qué?

—Ese bastardo comunista ni siquiera tuvo la deferencia de dejarse matar. Logró regresar a su casa de una pieza. ¿Te lo puedes creer? Menuda mierda.

—Ya lo creo —gruñó Evan, mirando hacia delante—. Los Colmillos Plateados son tan poco considerados...

Albrecht miró de soslayo a su joven amigo y compañero de manada y le dio un fuerte empujón con el hombro.

—Cuidado, listillo —dijo con una sonrisa mientras Evan se desplazaba varios pasos hacia un lado—. He oído que también son muy quisquillosos con su herencia.

—Sí —musitó Evan—. Eso parece.

Estaba sonriendo mientras regresaba junto a Albrecht, lo mismo que el propio rey, pero ninguna de las dos sonrisas era genuina. Aunque ambos hombres parecían contentos de encontrarse en el exterior, las preocupaciones y dudas sobre la condición de Mari revoloteaban por sus mentes.

Caminaron en silencio hasta llegar a un punto situado en el corazón del túmulo y allí encontraron al Guardián de la Puerta, sentado bajo un árbol en forma Lupus, rascándose el hombro con una de las patas traseras. Levantó la mirada mientras Evan y Albrecht se acercaban pero no hizo ademán de ponerse en pie o acercarse a ellos.

Evan habló primero:

—Entonces te marchas esta noche, ¿no?

—Mañana —lo corrigió Albrecht—. Tiempo de sobra para descansar, hacer el equipaje y asegurarme de que el puente lunar está tendido entre Tierra del Norte y Cielo Nocturno.

—¿No crees que sería mejor reunir antes algo de apoyo? —le preguntó Evan—. Algunos guerreros, por ejemplo, para ayudarte en la lucha contra Jo'ellath'mattric.

—Todos los guerreros que necesito están ya allí, esperando.

—¿No crees que parecerás un poco... agresivo si te presentas allí y empiezas a dar órdenes sin más?

—No me importa lo que parezca —dijo Albrecht—. Lo único que quiero es que esa cosa muera y quiero que sean los habitantes de esa parte del mundo los que se ocupen de ella.

—¿Y entonces por qué vas tú?

—Porque esa gente no es capaz de actuar junta. Tengo que estar allí para asegurarme de que las cosas se hacen bien.

—¿Y entonces por qué no llevas contigo una partida de guerreros en los que puedas confiar?

—Porque allí llevan siglos cagándose en mi tribu. Si voy con un puñado de guerreros, parecerá que se trata de un Colmillo Plateado loco que está reuniendo las tropas para tratar de reverdecir viejas glorias.

—Creía que no te importaba lo que pareciera.

—Eso sólo se aplica a lo que *yo* parezca. No quiero dejar a toda mi tribu en entredicho con un asunto de tanta importancia a las puertas. Pero si no hay nadie allí que pueda responsabilizarse de las cosas y conseguir algunos resultados, tendré que hacerlo yo. Soy el rey. Es mi deber.

—Muy bien —dijo Evan—. En ese caso, sólo puedo decir una cosa más.

—¿El qué?

—Ten cuidado, ¿vale? No quiero perderte también a ti.

Albrecht no dijo nada durante varios segundos. No había pensado en lo que supondría para el muchacho que él muriera antes de que Mari se recuperara. Se quedaría solo, tan solo como había estado antes de que Albrecht lo encontrara.

—¿O sea que no vas a decirme que me vaya a saltar por un acantilado ni nada parecido? —dijo.

Evan logró esbozar una sonrisa y sacudió la cabeza.

—Aún no. Creo que reservaré eso para más tarde, cuando aparezcas y digas «ya te lo había dicho».

—Y lo haré. Puedes estar seguro.

—Nunca lo he dudado —dijo Evan—. Aun cuando sospecho que te estás comportando como un idiota testarudo, sigo teniendo fe en ti. Mari y yo, los dos la tenemos. Al fin y al cabo, eres el rey, ¿no?

—Ya lo creo que lo soy, joder.

Con estas palabras, hizo un gesto dirigido al Guardián de la Puerta, quien se puso en pie, estiró las patas traseras y empezó a acercárseles. El lobo miró a Albrecht con aire expectante, moviendo las orejas y ladeando la cabeza. La punta de su cola se alzó ligeramente, lo que revelaba el disgusto que le preocupaba tener que esperar a un lado durante tanto tiempo.

—Necesito un puente con el Túmulo de Tierra del Norte —dijo Albrecht—. Me esperan —asintió en dirección a Evan sin apartar la mirada del lobo que tenía a los pies—. Él se queda.

El Guardián de la Puerta bajó la cola para indicar que había comprendido y se apartó. Unos pocos pasos más allá, había un claro immaculado que se extendía alrededor de un estanque de agua clara y al llegar allí dio comienzo a un aullido bajo y melódico. Moviéndose en todas direcciones mientras cantaba, para así asomarse al mundo espiritual e invocar la guía y el apoyo de quienes moran en él. Las mitades espirituales de los cuerpos de Evan y Albrecht se orientaron hacia el corazón del túmulo como virutas de hierro en un imán. Sobre el estanque, el aire empezó a vibrar y emitir resplandores trémulos y se volvió opaco mientras un portal circular se abría frente a sus ojos.

—Parece que es hora de irse —dijo Albrecht a Evan—. Recuerda todo lo que te he dicho, muchacho. Quédate junto a Mari. ¿Me has entendido?

—Te he entendido —respondió Evan.

—Bien —y con estas palabras, Albrecht cruzó el portal y regresó a su hogar.

## Capítulo dos



Tajavientres se agazapaba en forma Homínida en lo alto de un risco rocoso situado en las montañas sudoccidentales de lo que antaño había sido Yugoslavia, con un par de binoculares fetiche frente a los ojos. Le mostraban el mundo espiritual al otro lado de la Celosía, donde estaba desatándose una tormenta que parecía reflejar la misma excitación que él sentía. En medio del tumulto reinante, se veían formas contrahechas que revoloteaban y se apelotonaban con aire casi juguetero. Muchas de ellas parecían grandes anguilas negras, tan gruesas como el brazo de un hombre y con enormes bocas llenas de dientes curvados hacia dentro. Volaban por la tormenta impulsadas por amplias alas membranosas y se azotaban las unas a las otras con las finas colas terminadas en punta.

En el mundo material nadie podía ver u oír la tormenta pero eso no quiere decir que careciese de consecuencias. Ningún ser vivo había dado a luz a un solo retoño desde que comenzara la tormenta, y la lluvia que solía caer en aquel lugar sabía ahora apagada y metálica y despedía un tenue olor a humo de carbón. De noche, todos los animales domésticos en treinta kilómetros a

la redonda aullaban y gemían de terror aunque sus amos humanos no podían descubrir la razón. Por supuesto. Tajavientres podía verla con claridad. Los efectos de la tormenta espiritual se estaban vertiendo al mundo físico. Eso hizo que sonriera como no lo había hecho desde que Arastha le diera una lección sobre el poder, varias semanas atrás. Bajó los binoculares, entornó la mirada a causa de la intensidad de la luz del mundo físico y se volvió hacia Garramarga, quien se encontraba tras él en forma de lobo. Los brillantes ojos ambarinos del Theurge lo escudriñaban y le recordaban el modo arrogante e inquisitivo en que Alarido Espino —uno de sus dos compañeros muertos— solía mirarlo.

*¿Qué ves?*, le preguntó Garramarga con el habla hecha de gruñidos y movimientos que utilizaba su especie.

—Estamos cerca —respondió Tajavientres—. Puedo sentirlo. La tormenta está respondiendo con mucha fuerza a las vibraciones de la cadena que hay cerca de aquí.

*Sí. El túmulo está cerca. Puede que ni a dos kilómetros de distancia.*

—Dos kilómetros —repitió Tajavientres, maravillado—. Lo habremos encontrado antes de que termine la semana. Puede que antes de que termine el día si logramos reunir al número suficiente de los nuestros.

*Sí, dijo Garramarga. Yo los traeré aquí. Pero primero ella debe saber que estamos cerca.*

—Sí —asintió Tajavientres, al tiempo que sentía que, en su interior, la excitación se volvía hueca y se marchitaba—. Arastha querrá ser la primera en entrar en el túmulo. Regresaré a la colmena para verla. Ordena a todos que se reúnan en este lugar.

*Sí, dijo Garramarga. Y con esto, se volvió y desapareció por donde había venido. Una vez que hubo desaparecido, Tajavientres bajó la cabeza y trató de prepararse para el viaje de regreso.*



---

Arastha estaría complacida con sus noticias. Excitada. Querría recompensarlo. Tajavientres se estremeció. Ni siquiera la había visto desde que le encomendara aquella misión. No había sido tiempo suficiente.

## Capítulo tres



La noche acababa de caer cuando Albrecht salió del puente lunar en el túmulo de Tierra del Norte. Frunció los labios y respiró profundamente. No le gustaba tener que dejar a Evan y Mari detrás pero a pesar de todo estaba encantado de volver a estar en casa. Saludó con un gesto de la cabeza a Eliphaz Standish, su Guardián de la Puerta y oyó que el portal del puente lunar se cerraba tras él. Se quitó el guardapolvos desgastado y se lo puso sobre los hombros.

Era allí, en aquel lugar remoto de las Montañas Verdes, en el Vermont meridional, donde Albrecht había pasado su infancia. Allí había jugado con otros cachorros Colmillos Plateados. Había cortado árboles hasta convertirlos en leña utilizando sólo un hacha de mano para practicar y ganar fuerzas. A los pies del Gran Roble, lo había aprendido todo sobre Gaia y el deber de los hombres lobo de proteger Su tierra. En el enorme patio trasero de la mansión real, los otros cachorros y él se habían instruido en el combate con armas y sin ellas. En la biblioteca de la mansión, había pasado aburridas horas aprendiendo historia de los Garou,

política, tácticas militares y la genealogía de los más importantes Colmillos Plateados.



No había mostrado más o menos aptitudes de las normales en ninguna de las materias que se había visto obligado a estudiar, salvo en esgrima, en la que era capaz de derrotar a los demás muchachos sin apenas esforzarse. En todo lo demás había demostrado sólo una destreza pasable, así que había parecido destinado a caer en el olvido, tal como su madre y su padre habían hecho antes que él. Sin embargo, había atraído la atención de todo el mundo una tarde de agosto cuando, con trece años, en mitad de una pelea, había explotado a la gloria de su forma Crinos por vez primera. Las posibilidades de que experimentara un Primer Cambio a edad tan temprana habían sido casi nulas, habida cuenta de que sus dos padres eran sólo Parentela, pero el brillo de su pelaje blanco como la nieve había sido testimonio de la pureza de su sangre Garou.

Aquel día, Albrecht se había convertido en el favorito de Jacob Morningkill, por entonces rey del protectorado. Hijo de Isiah Morningkill, Jacob era el rey más viejo y más fuerte que Albrecht hubiera podido imaginar. Se había abierto camino demostrando más inteligencia y más fuerza que aquellos que lo cuestionaban. Gobernaba con puño de hierro pero era capaz de reconocer la gloria y el honor cuando los veía. El anciano había amado a Albrecht como un padre a pesar de que en realidad era su tatarabuelo. Después del Primer Cambio de Albrecht había consagrado todo su tiempo a enseñar a su descendiente lo que significaba ser un hombre destinado a convertirse en rey.

Después, a Albrecht se le había partido el corazón al ver cómo se iba hundiendo en la senectud conforme pasaban los años. Si antaño el anciano había gobernado con sabiduría y honor, ahora lo fiaba todo a la fuerza bruta y la intimidación. Si antaño había disfrutado de la lealtad y el respeto de los nobles de su corte, su sanguinolenta paranoia se los había arrebatado hasta que sólo habían quedado a su lado aquellos que estaban demasiado asustados o eran demasiado decentes como para darle la espalda. Y mientras que hasta entonces había preparado a Albrecht para sustituirlo en el trono un día, las habilidades y la fama crecientes del muchacho habían roído de celos a Morningkill, hasta que un día lo había enviado al exilio. Durante mucho tiempo, Albrecht se había refugiado en la botella y había aprendido a odiar al viejo rey por haberlo tratado de aquella manera. Había pasado muchas noches acurrucado en el sillón de un apartamento barato, sin otra compañía que una televisión barata y una botella de whisky barato, farfullando que si algún día llegaba a ser rey, no sería tan malo.

Pero había tenido que renunciar a toda esa amargura cuando, pocos años atrás, un ataque por sorpresa contra el túmulo de Tierra del Norte había dejado mortalmente herido al rey y éste lo había llamado de regreso para ocupar el trono. Albrecht había regresado a regañadientes, había estado a punto de perder sus derechos a manos del traidor Arkady, en quien el viejo rey había confiado antaño y sólo había logrado conservar el poder sumergiéndose en la Umbra profunda para recuperar la legendaria Corona de Plata de ahora llevaba. Este acto había convertido la mansión y las tierras circundantes en su hogar, y al protectorado de Tierra del Norte en *su* protectorado. Lo había convertido en el rey de su tribu entera y, por extensión, el rey de los hombres lobo del mundo entero.

Sí, la mayoría de los hombres lobo nunca lo vería de ese modo pero algunos sí. Muchos de los ancianos reconocían el significado del hecho de que Albrecht pudiera *llevar* la corona. Muchos jóvenes seguían a sus mayores. Y hasta aquellos a quienes no importaban los símbolos se daban cuenta de que era un líder que no actuaba como la gente esperaba de un Colmillo Plateado. Aquéllos que le otorgaban el beneficio de la duda veían a un hombre poderoso que guiaba a sus fieles con una fe renovada en sí mismo y en la Nación Garou. Veían en él un reflejo de Jacob Morningkill cuando era más joven y estaba más cuerdo.

Tratando de no pensar demasiado en las implicaciones de esta comparación, Albrecht salió de los bosques y se dirigió al Gran Roble, que se erguía colosal sobre la mansión real. Entre las nudosas e impresionantes raíces de aquel árbol se encontraba el colosal trono de roble que se estaba convirtiendo rápidamente en el centro de la autoridad de los Colmillos Plateados en Norteamérica. Su trono.

Mientras Albrecht se aproximaba al árbol, pudo ver una loba negra con una mancha blanca en la barbilla acurrucada entre las raíces, con el cuerpo medio oculto a pesar de que no parecía hacer esfuerzos por ocultarse. Albrecht la saludó con un ademán y cambió de dirección para acercarse directamente a ella. Una vez que estuvo dentro del círculo formado por las raíces del Gran Roble, la loba se levantó y se le acercó. Era Regina, la Protectora de Albrecht, la guerrera más antigua del clan y la que custodiaba el lugar cuando Albrecht estaba fuera.

—Hola —dijo Albrecht mientras Regina rodaba una vez sobre su espalda como muestra de deferencia hacia su rey—. Todo ha estado tranquilo, por lo que veo.

Regina se sacudió una vez y a continuación se incorporó en su forma Homínida. Era una mujer con un poco de sangre hurón que

trataba con todas sus fuerzas de manifestarse en un semblante ante todo anglo-europeo. La parte de su cuerpo que se veía estaba decorada por cicatrices que eran como símbolos en un mapa y sus ojos eran siniestros y distantes.

—En el exterior sí —dijo ella—. Hoy no ha habido ataques. Ni siquiera hemos tenido un solo muerto.

—Bien. ¿Algún mensaje de Cielo Nocturno?

—Sí —la Protectora frunció el ceño—. El perro faldero de ese lugar dijo que querría verte cuando llegaras.

—¿El perro faldero? —preguntó Albrecht—. ¿El administrador?

Regina bufó despectivamente.

—Sí. Así es como se llamaba así mismo.

—¿Entonces se han hecho ya todos los preparativos?

—Sí. El puente lunar se abrirá como pediste. Te esperan con ansiedad, o eso es lo que dijo el perro faldero.

—Vaya, me alegro de saberlo —dijo Albrecht—. ¿Algo más que debiera saber?

—Tienes un visitante —dijo Regina—. Vino un desconocido mientras estabas con Mari. Dijo que no se marcharía sin hablar contigo.

Albrecht se volvió hacia la mansión y vio que estaba encendida la luz de una de las habitaciones inferiores que no solía utilizarse más que en las reuniones familiares.

—¿Qué quiere?

—No lo sé.

Albrecht frunció el ceño.

—¿Y quién es?

—No lo sé —volvió a decir Regina—. No he hablado con él ni con nadie que lo haya hecho. Sólo vi que lo escoltaban al interior para esperar a que regresaras. Es un Garou. Probablemente

americano, aunque no de la zona. Viaja solo en vez de con una manada. Eso es todo lo que puedo decirte.

—Ya veo —dijo Albrecht—. ¿Y se muestra amistoso al menos o se pavonea de un lado a otro como si el lugar fuera suyo?

—Se ha comportado —dijo la Protectora—. Y Eliphas lo dejó pasar sin rechistar. Parecen caerse bien.

—De modo que llegó hasta aquí por un puente lunar —dedujo Albrecht—. Supongo que desde muy lejos. O con mucha prisa.

—O ambas cosas —dijo Regina mientras se encogía de hombros—. Ahora que estás de vuelta, iré a buscarlo. Si es que quieres verlo. Si no, los guardianes y yo lo echaremos.

—No —dijo Albrecht después de pensarlo durante unos pocos segundos—. Mándamelo aquí, al árbol y luego ve a descansar un poco. Llevas despierta desde la salida del sol y estoy seguro de que no has echado ni una cabezada mientras yo estaba fuera.

—Nada de descansos —asintió la Protectora—. En especial cuando tú no estás.

—Entonces te mereces uno —dijo Albrecht—. Ve a buscar al misterioso visitante, habla con los Guardianes y luego vete a la cama.

La mujer asintió y se dirigió a la casa sin rechistar. Albrecht la observó mientras lo hacía y luego se volvió hacia el trono. Se acercó a él y puso una mano sobre uno de sus fuertes y altos brazos. Era inamovible y antiquísimo, como un segundo árbol poderoso que hubiera crecido directamente entre las raíces del primero. Era un símbolo de toda la fuerza y la dignidad a las que los Colmillos Plateados de todo el mundo eran herederos. Encarnaba su divino derecho a gobernar sobre toda la Nación Garou.

Albrecht se quitó el guardapolvos sacudiendo los hombros y lo arrojó sobre el respaldo del trono, como si no fuera más que una silla de comedor normal y corriente. El extremo deshilachado de

la prenda quedó colgado sobre el glifo curvo que había sido dibujado en el centro mismo del respaldo por las garras del artesano que había tallado el trono.

*Eso está mejor, pensó Albrecht. Ahora parece un poco más mundano y mucho más comfortable.*

Sintiéndose un poco más relajado, se encaramó a una de las raíces del Gran Roble y colocó el pie izquierdo sobre el asiento de su trono. Entonces, tras apoyar la mano izquierda en la rodilla y meter la derecha en el bolsillo del pantalón vaquero, se volvió hacia la casa y esperó a que su invitado se presentara.

Un momento más tarde, un duro y cansado guerrero emergió de la casa. Llevaba una larga chaqueta de color gris sobre una camisa del mismo color, y unos vaqueros descoloridos y rotos a la altura de las rodillas. Llevaba el negro y revuelto pelo a la altura de los hombros. Tenía una perilla negra y entrecana y parecía llevar varios días sin dormir. Sin embargo, y por incongruente que pudiera parecer, llevaba un collar de oro alrededor del cuello y bajo los puños deshilachados de su chaqueta asomaban brazaletes de oro. Hasta el alto bastón en que se apoyaba al caminar, con un aire digno de Moisés, estaba rematado en una cobra tallada que si no estaba hecha de oro, lo parecía al menos. Albrecht había visto a aquel hombre en el Túmulo de Finger Lakes, no hacía mucho. Había llevado a Mari hasta allí después de que fuera atacada y herida en Europa. Gracias a él seguía viva y al cuidado de gente en la que Albrecht confiaba.

—Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte —dijo Albrecht—. No esperaba volver a verte tan pronto.

Mephi se detuvo frente a Albrecht y el trono y se inclinó.

—Rey Albrecht —dijo—. Mis disculpas por presentarme sin ser invitado.

Albrecht desechó sus palabras con un ademán.



—Mierda, no te preocupes por eso. ¿Te están tratando bien?

—Como si estuviera en mi propia casa —dijo Mephi. Albrecht sonrió al oírlo y se adelantó para estrecharle la mano y darle unas palmadas en el hombro.

—No quiero parecer maleducado pero ¿qué estás haciendo aquí? La última vez que hablamos, parecías tener mucha prisa. Dijiste que había lugares a los que tenías que ir.

—Así era —dijo Mephi mientras le soltaba la mano y se apartaba un poco—. Tenía que llevar un mensaje al Túmulo del Coyote Pintado, en las afueras de Nuevo México.

—Conozco ese lugar —dijo Albrecht—. Los Pioneros Aullantes eran de allí. Fuiste, ¿verdad? Para decirles a sus amigos y familiares que habían muerto.

—Sí —dijo Mephi—. Ellos y una mujer de la que no te hablé. Era una antigua y buena amiga mía que murió con el último de los Pioneros en Hungría. Yo estaba allí cuando ocurrió, así que pensé que era mi obligación llevar la noticia a su hogar.

—Estoy seguro de que todos a los que dejó atrás apreciaron el gesto.

—Confío en que sí.

—Y ahora estás de vuelta —dijo Albrecht—. ¿Sabes?, si hubieras venido mañana, ya no me habrías visto.

—Ya me lo imaginaba —respondió Mephi—. Cuando hablamos en el Túmulo de Finger Lakes, ya me di cuenta de que estabas empezando a inquietarte. Saltaba a la vista que estabas impaciente por participar en lo que está ocurriendo.

—Es cierto —dijo Albrecht.

—Por eso he vuelto a toda prisa. Pensé que podría ir contigo.

—¿Ah, sí? —dijo Albrecht.

—Si quieres que te acompañe, claro —dijo Mephi—. El Guardián de la Puerta me dijo que ibas a ir solo pero de veras creo que podría serte de ayuda.

—Eliphaz habla demasiado —murmuró Albrecht. A continuación le dijo a Mephi—. ¿No te parece que es un poco presuntuoso por tu parte?

—Puede que sí —dijo Mephi—. Pero también creo que eso no te importa demasiado. Yo poseo habilidades que necesitas y no tienes. También creo que te vendría bien tener compañía en tierra extraña ahora que tus dos amigos han tenido que quedarse atrás.

—Crees que me conoces muy bien, ¿no es así?

—Sé muchas cosas *sobre* ti —dijo Mephi—. Cuando nos conocimos te dije que *La Saga de la Corona Plateada* era mi cuento más popular. La utilizo muy a menudo. Ofrece una imagen bastante clara de la clase de persona que eres. Sé, por ejemplo, que eres lo bastante inteligente como para no rechazar la ayuda que se te ofrece cuando la necesitas.

—¿Y cómo podrías ayudarme tú? —preguntó Albrecht.

—Para empezar, yo ya he estado en esa parte del mundo. Sé cómo están las cosas por allí. Ya conozco Cielo Nocturno, que es donde supongo que iríamos primero. Allí está asentado el poder y allí es donde más probabilidades tienes de encontrar guerreros dispuestos a ayudarte. Además de eso, soy un lingüista más que aceptable y un guerrero no exento de habilidad que estaría orgulloso de combatir a tu lado.

Albrecht suspiró pero tuvo que admitir que a Mephi no le faltaba parte de razón. Puede que algo de experiencia de primera mano sobre el área a la que se dirigía le fuera de utilidad y desde luego contar con alguien que hablase el idioma aceleraría enormemente las cosas. Además, era posible que algunos de los guerreros de Cielo Nocturno estuvieran más dispuestos a seguir a alguien

a quien ya considerasen un héroe que a un Colmillo Plateado al que sólo conocían por algunas historias.

—Muy bien —dijo—. No te falta parte de razón. Necesitaré ayuda cuando esté allí y ya has demostrado que posees las habilidades necesarias al traer a Mari hasta aquí sana y salva en medio de todo este lío. Pero ¿sabes qué es lo más curioso?

—¿El qué?

—No has mencionado una sola vez lo de Mari. Como si no te debiera nada —dijo Albrecht.

—No me debes nada —dijo Mephi—. Sólo estaba haciendo lo que tenía que hacer.

—Lo sé —dijo Albrecht—. Y a causa de eso me encantaría tenerte a mi lado durante esto viaje.

—Me siento honrado, rey Albrecht —dijo Mephi con una nueva reverencia—. No te fallaré.

Los dos hombres permanecieron en silencio un momento, contemplando lo que tenían delante. Albrecht no conocía a Mephi demasiado bien y sólo en los últimos tiempos había empezado a recibir noticias sobre él desde otros clanes pero todas ellas lo pintaban como un tipo duro y un aliado fiable. Por descontado, hubiera podido elegir compañeros mucho peores para aquella misión. Por supuesto, cuando Evan se enterase de que Albrecht no iba a ir solo, se sentiría muy decepcionado. Bueno, el muchacho tendría que aprender a soportarlo. Mari aún lo necesitaba a su lado.

—De acuerdo —dijo Albrecht en medio del silencio, mientras se volvía con una mirada vaga hacia el este, más allá de los pastos—. Dices que sabes cómo andan las cosas por allí.

—Sí —dijo Mephi—. Bastante mal.

—¿Qué posibilidades crees que tenemos tú y yo de convencer a Konietzko para que nos permita siquiera participar en sus planes de enfrentarse a esa maldita cosa?

—Pocas —dijo Mephi—, pero todo es posible. El hecho de que consiguieras esa corona lo demuestra.

—Supongo que sí —dijo Albrecht—. Bien visto. Ahora vuelve dentro y descansa. Te veré mañana. Partiremos a la salida del sol.

Mephi asintió y empezó a dirigirse a la mansión.

—Eh, Mephi —dijo Albrecht antes de que el Caminante se hubiera alejado demasiado—. Una cosa más —Mephi se detuvo y se volvió.

—¿Sí?

—Gracias por anticipado. Tengo la sensación de que voy a necesitar tu ayuda.

Mephi bajó la mirada, se encogió de hombros y esbozó una sonrisa triste.

—No te preocupes. Además, no tengo asuntos urgentes que atender en casa.

Y con esas palabras, se volvió de nuevo hacia la mansión y reanudó su camino. Cuando por fin desapareció en su interior, Albrecht se dio la vuelta y se dejó caer sobre el trono. Apoyó las manos en los brazos del sitial y descansó la cabeza sobre el guardapolvos, que seguía donde lo había dejado. Levantó la mirada hacia el cielo y trató de ordenar sus ideas sobre lo que pretendía hacer. Estaba a punto de atravesar el océano para adentrarse en una guarida de políticos expertos y endurecidos veteranos de guerra para pedirles que lo acompañaran en una misión para encontrar y destruir a un espíritu de milenios de edad del que nadie había oído hablar hasta hacía muy poco. Y su reputación y la notoriedad de la Corona de Plata eran sus únicos argumentos para convencerlos.

---

—Maldición —dijo en voz baja mientras le sonreía al cielo—.  
Ojalá Mari y Evan pudiesen estar presentes cuando lo intente.

## Capítulo cuatro



—Es precioso, ¿verdad? —dijo Arastha con voz melosa mientras tiraba del brazo de Tajavientres—. Ven. Mira.

Tjavientres avanzó a trompicones. Garramarga, ella y él se encontraban en una antecámara semicircular conectada a una bóveda subterránea aún más grande situada al otro lado del enrevesado túnel que habían seguido para llegar hasta allí. Una luz azul sin fuente precisa inundaba la sala y ahuyentaba todas las sombras.

Tjavientres siguió sin rechistar a Arastha hasta la siguiente sala y Garramarga hizo lo mismo tras adoptar su forma Homínida. Nadie más había llegado tan lejos hasta entonces. Los demás seguían aún en una cámara próxima a la superficie, preparando una posición defensiva en los valles y cañones que conducían a la entrada de aquel sistema de cavernas.

La sala en la que entraron los tres era una bóveda de paredes lisas con un gran pilar en el centro que parecía brotar de un agujero negro situado en el suelo. Al otro lado del pilar había una antecámara idéntica y por toda la estancia se veían pictogramas tallados de todas las formas y tamaños imaginables, unidos en

patrones enmarañados que resultaban imposibles de aprehender para el ojo. Cubrían toda la bóveda, desde el suelo hasta el techo, y a continuación volvían a descender por el pilar central. Tajavientres distinguió símbolos que parecían glifos Garou, runas nórdicas, signos cuneiformes, letras angélicas, jeroglíficos egipcios y marcas aún más antiguas y extrañas, pero no pudo encontrarles significado.

En el centro de la cámara, una fosa ancha y envuelta en sombras ocupaba gran parte del suelo. Desde tres puntos equidistantes situados a lo largo de su borde, tres vigas de piedra se extendían sobre el vacío hasta encontrarse en una plataforma circular de piedra dispuesta en el centro. Y desde el techo el pilar central de la sala atravesaba esta plataforma y se hundía en la oscuridad que se extendía más allá. Las palabras, imágenes y símbolos que lo cubrían por entero se adentraban en la tintórea negrura del olvido. Tajavientres miró abajo y no pudo encontrar el final del pilar ni el fondo del agujero. Por lo que él sabía, se extendía hasta las mismas profundidades del Abismo.

—Es impresionante —dijo Garramarga mirando a su alrededor con lo que Tajavientres asumió que sería asombro—. Es antiquísimo y lleva mucho tiempo perdido, pero no está aletargado del todo. Aún hay poder de la tierra en este lugar.

—¿Él está aquí? —preguntó Arastha. Soltó a Tajavientres y tomó a Garramarga de las manos. Tajavientres exhaló un suspiro de alivio y se apartó de ella para acercarse al borde del agujero—. ¿Puedes sentir al Hijo Olvidado?

—Sí —replicó Garramarga—. Pero está enterrado a gran profundidad y sujeto por fuertes barreras.

—¿Y él puede sentirnos? —preguntó Arastha.

—Él sólo sabe que quiere ser libre —respondió Garramarga mientras sacudía la cabeza.

—¿Y cómo podemos liberarlo? —preguntó Tajavientres.

—Aún no está preparado para ser libre —respondió Garramarga—. El ritual de Alarido Espino en el Tisza lo despertó pero no limpió su mente de hambre y cólera. Además, está demasiado débil. Apenas ha tenido sustento en estos eones.

—¿Qué es lo que necesita? —preguntó Tajavientres. Al oírlo. Arastha esbozó una sonrisa de complicidad y lo miró pero dejó que Garramarga contestara.

—Esencia de pensamientos —dijo el Theurge—. Que sus servidores espirituales le arrebatan a sus víctimas.

—¿Te refieres a las Perdiciones de las tormentas? —preguntó Tajavientres.

—Sí —intervino Arastha con entusiasmo—. Las mismas que viste nacer en el Tisza.

—Recolectan recuerdos para que su amo y señor pueda devorarlos —dijo Garramarga—. Y al hacerlo, se hace más fuerte.

—¿El Hijo Olvidado come recuerdos? —preguntó Tajavientres—. ¿Qué clase de espíritu es?

—Es un servidor de Comealmas —dijo Garramarga—, quien precedió a Lethargg, el Impulso de la Apatía, en los Tiempos del Alba, antes de que la zorra Tejedora lo estropeará todo. Lo crearon cuando nuestro Padre fue liberado, para ayudarnos a olvidar las cosas que Él destruía llegado su momento. Pero cuando Él nos fue arrebatado, el Hijo Olvidado no supo ya qué recuerdos debía arrebatarse y cuáles debía respetar.

—Así que trató de devorarlos todos —dijo Arastha con voz queda—. Devoraba cualquier recuerdo que sus servidores pudieran llevarle. Y por el sencillo crimen de no saber cómo cumplir con su cometido fue golpeado, torturado y sepultado en las profundidades de la Tierra. Perdido durante eones, sobreviviendo con los pocos recuerdos que el mundo de la superficie repudiaba.



—Si ha estado tanto tiempo perdido, ¿cómo habéis podido encontrarlo?

—Porque parte de la prisión del Hijo Olvidado está en contacto con la Zona Onírica —dijo Garramarga— y de tanto en cuanto sus sueños han tocado los de otros a través de ella. En el pasado era demasiado débil para ponerse en contacto con nadie por este medio pero su fuerza ha ido en aumento a medida que la disposición de la humanidad a ignorar y olvidar sus problemas iba creciendo. En especial en lugares como éste, donde el racismo, el genocidio y la crueldad han sido moneda de cambio durante siglos. La gente de todo el mundo sabe la clase de horrores que suceden aquí pero prefiere no pensar en ello. Los propios actos y el sufrimiento que provocan alimentan a las Perdiciones que merodean por la zona, pero la voluntaria ignorancia con que otros reciben estos actos y el sufrimiento que *esto* provoca alimentan al Hijo Olvidado. No basta para darle la fuerza que necesita para liberarse pero le ha permitido ponerse en contacto con aquellos que pueden ayudarlo. Yo soy uno de ellos. Tu compañero de manada, Alarido Espino, era otro.

—Nunca me contó nada de esto —dijo Tajavientres.

—Bien —dijo Arastha—. Le ordené que no se lo dijera a nadie hasta que estuviéramos seguros de haber encontrado la prisión, no fuera a ser que nuestros enemigos descubrieran nuestros propósitos y se decidieran a actuar.

—Pero ahora estamos aquí —dijo Garramarga—. Tan cerca de conseguirlo... Sólo tenemos que alimentarlo y darle fuerzas.

—Pues yo tengo muchísimos recuerdos que sacrificar —dijo Tajavientres— si él quiere devorarlos.

—Oh, no, nada de eso mi buen Tajavientres —dijo Arastha. Se acercó a él y lo alejó del borde del agujero. Al sentir el leve

contacto de la mujer en su hombro, se puso muy tenso—. Aún te necesito. Tanto a ti como a Eric Roba-Fuegos.

Tajavientres le dirigió una mirada malhumorada pero no dijo nada.

—Debes encargarte de la defensa de nuestro tesoro recién hallado —continuó Arastha—. Te encomiendo que apuestes centinelas y fortifiques el terreno que rodea estas cavernas. Hasta que no las hayas utilizado para asegurar la seguridad de este lugar, no debes sacrificar las experiencias de tu antigua vida.

—Sí, señora Arastha —murmuró Tajavientres mientras la esperanza se esfumaba de su mirada.

—Bien. Y ahora, Garramarga, hablemos de la profanación de los túmulos.

—Nuestros túneles están ya funcionando, señora Arastha —dijo Garramarga—. Pero podemos acelerar el proceso por medio de puentes lunares. Sígueme —cruzaron la caverna y penetraron en la pequeña estancia situada al otro lado de la que habían utilizado para entrar. En ella había un pequeño estanque de piedra de forma cóncava, lleno de agua transparente y con un guijarro blanco en el fondo.

»Ésta es la piedra de la senda del túmulo —dijo—. Aún siento su energía. Podemos utilizarla para abrir puentes que comuniquen con los fosos más poderosos de la región. A medida que la energía de nuestro Padre converja en este lugar, lo pervertirá y profanará y contribuirá aún más a revivir al Hijo Olvidado. También conozco un ritual que me permitirá dirigir la energía contra los barrotes de su prisión. Puedo utilizarlo para romper determinados barrotes y así permitir que sus servidores lo alcancen. Cuando haya recobrado todas sus fuerzas, podré liberarlo.

Los ojos de Arastha destellaron, señal de un deleite orgásmico.

—Entonces regresaré al instante a las demás colmenas y lo organizaré todo. ¿Qué necesitas para hacer que este maravilloso sueño se haga realidad?

—Más Theurge para invocar a los servidores del Hijo Olvidado —dijo Garramarga—. Y para ayudarme en mi ritual.

—A mí también me serán útiles —dijo Tajavientres—. En la Penumbra hay Perdiciones suficientes para asegurar nuestra defensa si pueden ser controladas. Por supuesto, otro contingente de guerreros nacidos bajo la Luna Llena no nos haría ningún daño.

—Entonces lo tendrás —dijo Arastha—. Y cuando nuestra obra haya concluido, las recompensas que recibirás serán muy dulces. Las del Padre, las del Hijo Olvidado y las mías.

Tjavientres se limitó a asentir. No quería de Arastha más que la oportunidad de hacer su sacrificio al Hijo Olvidado.

## Capítulo cinco



Albrecht y Mephi abandonaron el túmulo de Tierra del Norte la noche siguiente, solos, a la salida de la luna, tras un largo día invertido en los preparativos de la ausencia del rey. Lo primero que Albrecht tuvo que hacer tras despertarse y desayunar fue dar las órdenes pertinentes y asignar tareas específicas a la Protectora, el Guardián de la Puerta, el Custodio de la Tierra y el Enemigo del Wyrm. Encontrar el equilibrio apropiado de poderes entre ellos resultó un poco delicado pero repartió las responsabilidades adicionales en función de la edad y les dijo a quienes no estaban de acuerdo que se aguantaran.

Después de esto, pasó toda la tarde explicándole a todos los moradores de la mansión y los miembros del clan adónde se marchaba y por qué. Les contó un poco más sobre lo que le había ocurrido a Mari pero les aseguró que estaba bajo la protección de Evan. A continuación les presentó a Mephi, les dijo a todos que el Caminante iba a acompañarlo y se aseguró de que supieran que era él quien la había salvado de una muerte segura en Yunque-Klaiven.

Cuando todo ello hubo terminado —*al fin*— devoró una copiosa cena y preparó su equipaje. Cogió un par de mudas de ropa cómoda, una amoladora para Amo Solemne, una capa escarlata de entretiempos, sus manguitos de piel aislante, una vaina de piel para la espada y un collar fetiche que Jacob Morningkill le había dado después de su Primer Cambio. Por último, incluyó una chaqueta de cuero larga y brillante que Evan y Mari le habían regalado las últimas Navidades. Prefería su viejo y gastado guardapolvos y no solía ponerse la chaqueta pero aquella ocasión parecía merecedora de un toque de distinción. Sí, seguía llevando las botas militares, los gruesos vaqueros azules y un jersey de cuello vuelto con hombreras acolchadas y coderas pero tampoco es que fuera a casarse ni nada por el estilo. Además, puesto que Mari y Evan no podían acompañarlo, le parecía una buena cosa llevar consigo algo que se los recordase.

Al anoecer, Albrecht lo había metido todo en un gran petate, se lo había cargado a la espalda y se había dirigido al corazón del túmulo. Eliphaz Standish y Mephi se reunieron con él poco después, mientras la luna irrumpía por el horizonte. Eliphaz había abierto entonces el puente que conectaba con Cielo Nocturno y Mephi y Albrecht se habían marchado. Sólo se detuvieron una vez a mitad de camino para descansar y almorzar y luego continuaron. Ahora, en el Túmulo de Cielo Nocturno, en Hungría, salieron del puente lunar a última hora de la tarde. No fueron recibidos sólo por el Guardián de la Puerta sino por un hombre de aspecto agrío, corto de talla, con una gran nariz y una melena negra y ensortijada. El hombre se acercó a Albrecht, levantó la mano y empezó a hablar en un idioma que salía tan deprisa de su boca que el rey no podía ni identificarlo. No obstante, fuera lo que fuese lo que estaba diciendo, no parecía demasiado contento.

Mephi hizo ademán de replicar mientras levantaba una mano abierta pero Albrecht lo detuvo.

—¿Qué demonios está diciendo? —miró a los ojos al hombre de cabello negro y le dijo—. ¿Hablas inglés?

—Sí —respondió el hombre mientras miraba a Albrecht con los ojos entornados—. Lo conozco más o menos —entonces volvió a mirar a Mephi y empezó de nuevo a hablar en su propia lengua.

—Ya es suficiente —dijo Albrecht, alzando la voz por encima de las demás—. Hablemos en inglés.

Mephi se puso tenso al oír esto pero el hombre hizo lo que Albrecht decía.

—Estaba diciendo —empezó— que soy Korda Lazslo, el guardián de esta fortaleza —señaló con un gesto al lobo de color pardo que había junto a él—. Éste es Sombra de Fuego, el Protector del Espíritu de la Puerta —Sombra de Fuego ladeó ligeramente la cabeza y miró a Albrecht y Mephi.

—Estupendo —dijo Albrecht—. Encantado de conoceros. Ahora...

—Nos envía el margrave —lo interrumpió Lazslo—. Para daros la bienvenida y preguntaros vuestras intenciones. Traes a un extraño contigo sin invitación del margrave. Así que explícate. No permitiremos que ningún espía o usurpador entre en el Túmulo de Cielo Nocturno.

Albrecht miró a Mephi por el rabillo del ojo y murmuró:

—¿Crees a este tío?

—Es sólo una formalidad —dijo Mephi entre dientes—. No esperaban que nadie te acompañara.

—Lo que sea —dijo Albrecht. Entonces, tras volverse hacia Lazslo, dijo—. Basta de juegos y escuchadme los dos. Recordáis perfectamente a Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte. No hace tanto que estuvo aquí. Está aquí porque yo se lo he pedido, pues

posee experiencia directa con los problemas que Jo'ellath'matric os ha causado a todos.

Lazslo se encogió y Sombra de Fuego arrugó el hocico al escuchar el nombre del espíritu del Wyrm.

—Los dos estamos aquí —continuó Albrecht— porque ese maldito monstruo está liando muchísimo las cosas. No estamos aquí para usurpar ni para espiar. He venido a ayudar.

Sombra de Fuego soltó un bufido escéptico.

—¿Y a cambio? —preguntó Lazslo.

Albrecht titubeó al oírlo, así que fue Mephi quien respondió.

—A cambio, Lord Albrecht pide que el Margrave Konietzko convoque a sus nobles guerreros para unirse en su batalla contra este antiguo enemigo. Todo por la gloria de Gaia.

—Eso mismo —añadió Albrecht.

Sombra de Fuego relajó la cola para mostrar que estaba satisfecho con la respuesta y Lazslo se relajó también. Hizo una leve reverencia e inclinó la cabeza en actitud de deferencia.

—Te creo, Rey, y os doy la bienvenida a tu camarada y a ti. Podéis dejar vuestro equipaje aquí y Sombra de Fuego mandará a un paje que lo lleve a la habitación que os han preparado en la fortaleza.

Albrecht y Mephi dejaron sus mochilas en el suelo y Lazslo les indicó que lo siguieran. Mientras caminaban, Lazslo volvió a hablar en su lengua nativa. Mephi asintió y respondió en el mismo idioma.

—Parece que Konietzko lleva gran parte del día reunido con otros líderes de clan —dijo el Caminante a Albrecht en voz baja—. Ha mencionado a Garras Rojas, Furias Negras, Hijos de Gaia y algunos más.

—Bien —dijo Albrecht—. Pero no te he oído mencionar a los Colmillos Plateados.

—Es que él no lo ha hecho —respondió Mephi—. Supongo que tú eres el único. Lo más probable es que también yo sea el único de mi tribu.

—Bien —gruñó Albrecht—. Al menos contaremos con el respeto que esas tribus suelen ofrecer a las nuestras. Que es bien poco, por supuesto.

El resto de la corta caminata transcurrió en silencio y Albrecht fue cobrando conciencia de la grandeza del lugar. El corazón de aquel protectorado era una ominosa montaña cubierta de niebla situada en el corazón de una poderosa e imponente cordillera. El camino en el que desembocaba el puente lunar era una vereda ancha y sinuosa, pavimentada como una vía romana. Discurría por una serie de pasos rocosos que hubieran sido escenarios perfectos para una emboscada de haber logrado alguien internarse en el túmulo. Aunque no podía verlos, Albrecht sabía que había Guardianes ocultos por todo el camino, observándolos y apuntándolos con sus armas. Se preguntó cuántos de ellos sabrían quién era o reconocerían la corona que llevaba en la cabeza.

La vereda serpenteaba a lo largo de un camino de fuertes altibajos y terminaba a los pies de la misma montaña. Había un colosal arco tallado en la base del edificio y Albrecht supo que habían llegado a la entrada a la fortaleza del Margrave Konietzko. El arco era tres veces más alto que un hombre y durante los muchos años que los Garou habían pasado defendiendo el lugar había sido cuidadosamente refinado y retocado. En el dintel se veía una serie de glifos tallados que representaban, respectivamente, un túmulo, la luna y las estrellas, el trueno y el rayo y la tribu de los Señores de las Sombras. Por sí solos no resultaban especialmente descriptivos pero leídos en conjunto tenían sentido a un nivel instintivo, algo así como el significado que transmite el lenguaje corporal. *Éste es el Túmulo del Cielo Nocturno*, rezaba el



mensaje. *Por la Gracia del Abuelo Trueno, los Amos de las Sombras honramos y protegemos este lugar.*

Había más guardias apostados a ambos lados de la entrada pero Lazslo ni siquiera se detuvo para saludarlos. Condujo a los invitados al vestíbulo de la fortaleza, luego a una gran sala de recepción que había más allá y por fin al salón principal. El suelo y las paredes del lugar estaban pulidos con todo cuidado, como los lugares en los que mora el hombre. Bancos, mesas, sillas y banquillos dominaban las habitaciones comunes y los fríos suelos de piedra estaban cubiertos por gruesas alfombras. Había tapices y pinturas en las paredes, así como escenas extraídas de historias del Registro de Plata en las que los Señores de las Sombras habían desempeñado papeles principales. Cada cuatro o cinco metros a lo largo del salón, había un nicho tallado en la pared en cuyo interior se veían estatuas de héroes de antaño o representaciones en yeso de armas y fetiches famosos dentro de cajas de cristal dispuestas sobre pedestales. Una mezcla de antorchas y luces eléctricas escondidas iluminaba el interior del lugar, que en su conjunto se parecía más al interior de un edificio común que al corazón de una montaña.

Varias habitaciones y pasillos más tarde, Lazslo condujo a Mephi y Albrecht hasta una intersección en «T» que rodeaba a una gran estatua en mármol de un guerrero valiente y orgulloso. La figura estaba ataviada para la batalla y sostenía una ominosa espada curva en la mano derecha. Llevaba la cabeza muy alta y una luz montada sobre ella daba la impresión de que estaba mirando al sol con aire arrojado, presto para la aventura. Albrecht miró la estatua, leyó la placa que decía «Boris Golpe de Trueno» y entonces bufó y puso los ojos en blanco.

—No queda mucho —dijo Lazslo. Se situó frente a Albrecht y se volvió para hablar a sus invitados mientras caminaba—. Si

seguís a la izquierda después de cuatro puertas, la quinta habitación a la derecha está preparada y a vuestra disposición. De haber sabido que ibas a traer a alguien contigo, habría preparado una más espaciosa.

—Así está bien —dijo Mephi.

—En cualquier caso —continuó Lazslo, sin dejar de caminar hacia atrás—, podéis descansar allí después de reunirnos con el consejo, si lo deseáis. Si no es de vuestro agrado, podemos...

—Gracias —dijo Albrecht al tiempo que lanzaba una mirada en la dirección que Lazslo indicaba—. Estoy seguro de que estará bien.

Lazslo se inclinó una vez más y entonces giró en redondo con un movimiento suave. Mephi y Albrecht pasaron por debajo de la estatua, giraron a la izquierda y recorrieron en silencio otro largo pasillo, sometidos a las miradas curiosas de los habitantes del lugar junto a los que caminaban. Por fin, Albrecht se detuvo y se dirigió a Lazslo:

—¿Quién nos espera en la reunión que está manteniendo el margrave?

Lazslo se detuvo y pensó un momento.

—Líderes de los clanes más importantes de la región —dijo—. Helena Cólera Lenta de la tribu de las Furias Negras. Rápido-como-el-Río de los Garras Rojas. Guy Dientesabueso del Clan de las Fuentes de la Montaña. Sergiy Caminante del Alba del Clan del Amanecer. Guerreros de todos sus protectorados. La Reina Támara Tvarivich del Clan de la Luna Creciente también ha venido, aunque hasta el momento se ha mostrado un poco... problemática.

—No me digas —dijo Albrecht. Si lo que había oído de Tvarivich era cierto, se trataba de una brillante líder y estratega que moraba en un túmulo ruso. Lo más probable es que hubiera

acudido con la idea de compartir el mando con Konietzko y hubiera sido rechazada—. He oído hablar de ella y también de algunos de los que has mencionado.

—Esperábamos más visitantes —dijo Lazslo—, pero no todos han podido venir. Los guerreros de la región tienen problemas propios de los que ocuparse. Las cosas están cambiando deprisa en este hemisferio.

—Bueno, las cosas están a punto de empezar a cambiar para mejor —dijo Albrecht—. Para eso estamos aquí.

Sin responder a estas palabras, Lazslo condujo a los dos recién llegados hasta unas puertas dobles de madera y allí se detuvo. Las abrió con las dos manos y a continuación se apartó con elegancia y les indicó con un gesto que entraran en la sala. En el interior, todas las conversaciones se detuvieron mientras más de una docena de pares de ojos se volvían hacia ellos.

Albrecht apenas había tenido tiempo de evaluar la atmósfera general que reinaba allí dentro cuando Lazslo estuvo de nuevo a su lado, guiándolo hasta el centro de la estancia. Rostros amargos y sombríos de hombres y mujeres lo rodeaban por todas partes y supuso que sus expresiones no se debían sólo al hecho de haber sido interrumpidos. El aire estaba cargado de tensión y frustración y la llegada de nuevos invitados era sólo una complicación más que nadie parecía necesitar.

La habitación, por su parte, tampoco invitaba al discurso agradable o la relajación. Era demasiado pequeña y estaba mal iluminada, considerando el número de gente que la ocupaba en aquel momento. En el centro había una gran mesa oval, a la que se sentaban apiñados la mayoría de los presentes. No había sillas ni bancos a su alrededor, lo que permitía que más gente aún se amontonara por todas partes. De hecho, los únicos bancos presentes en la sala eran los cuatro o cinco que habían sido

apartados contra las paredes y en los que ahora se sentaban personas que, evidentemente, carecían de la importancia necesaria para ocupar un sitio alrededor de la mesa. Éstos desgraciados y otros como ellos esperaban sentados o en pie bajo tapices en los que se veía cómo hacían pedazos a sus adversarios los héroes de las leyendas de los Señores de las Sombras.

Albrecht vio todo esto mientras entraba acompañado por Lazslo. Un espacio se abrió al pie de la mesa mientras dos hombres se apartaban respetuosamente y Albrecht lo ocupó. Advirtió entonces que la mesa estaba cubierta de pergaminos, mapas polvorientos y toda clase de utensilios de escritura pero no tuvo tiempo de dedicarles más que una mirada fugaz. Ahora que se encontraba allí, podía sentir todas las miradas sobre él, incluida la del anciano que se sentaba frente a él, a la cabecera de la mesa.

—Margrave Konietzko —dijo Lazslo—, honorables invitados, permitidme que os presente a Lord Jonas Albrecht, rey del protectorado americano de Tierra del Norte, de la tribu de los Colmillos Plateados.

Albrecht miró en derredor mientras sus palabras eran traducidas a aquellos que no hablaban inglés. No es que esperara un estallido de aplausos ni nada por el estilo pero nadie pareció impresionado. La mayoría de ellos siguió mirándolo con frialdad. Puede que fuera la idea de utilizar «rey» y «americano» en la misma presentación lo que los desagradaba. Después de un silencio corto e incómodo, el Margrave Konietzko alzó una mano a modo de saludo y habló:

—Bienvenido, Rey Albrecht, al Clan del Cielo Nocturno —dijo en un inglés con marcado acento—. Tu fama te precede, aun tan lejos de tu hogar. No te invitamos a este consejo, lo admito, pero no pretendíamos ofenderte. Únete ahora a nosotros y dinos por qué has venido.

Albrecht miró al anciano mientras hablaba, en busca de alguna señal de sarcasmo o desdén. No encontró ninguna, pero eso también podía deberse a que Konietzko era una maldita estatua de piedra. Se erguía orgulloso y completamente relajado, con el rostro cubierto por la sombra que proyectaba la tenue luz reinante.

Su cano cabello era largo y liso y ni un solo pelo de su capa estaba desordenado. La espada que ceñía al costado era tan grande como Amo Solemne y las yemas de los dedos acariciaban la vaina de cuero. Exudaba la absoluta confianza de un lobo en su guarida. En muchos aspectos, recordaba a Albrecht al aspecto que tenía el Rey Morningkill, sentado en su trono bajo el Gran Roble. Era la viva imagen del guerrero fuerte y dueño de sí, merecedor de la confianza, la admiración y el respeto de sus súbditos. Por encima de todo, su respeto.

—Estoy aquí —respondió Albrecht— a causa de toda la mierda que esta ocurriendo y sobre la que nadie está haciendo nada —el respeto y la deferencia no eran una misma cosa—. Sé que el Wym ha estado tratando de utilizar el espíritu mancillado del Tisza para liberar a un monstruo llamado Jo'clath'matric y sé lo que ese Jo'clath'matric es capaz de hacer. Es hora de que se haga algo al respecto y yo soy el hombre indicado para hacerlo.

Después de una nueva ronda de traducciones, un hombretón situado en medio de la mesa replicó algo con tono airado en lo que Albrecht creía que era alemán. No entendió las palabras pero su desprecio resultaba evidente.

Se volvió en busca de Mephi y advirtió de forma ausente que Lazslo ya no se encontraba a la vista.

—¿Qué ha dicho? —preguntó al Caminante—. ¿Y quien demonios es?

—Ése es Guy Dientesabueso —susurró Mephi—. El líder del clan de las Fuentes de la Montaña. Está preguntando quién te crees que eres.

—Ya veo —dijo Albrecht—. Gracias. Quédate ahí y sigue traduciendo —entonces se volvió hacia Dientesabueso y dijo—. Para ser honesto, a mí no me importa demasiado quiénes sois. Sé que todos sois Garou y que sois guerreros y sé que me necesitáis.

Se produjo un estallido de indignación por toda la sala pero sólo una persona replicó directamente a Albrecht. Era un hombre gigantesco que se cubría la espalda con una piel de oso, situado dos puestos más allá de Konietzko. Su voz era tan fuerte y profunda como un martillazo. Mientras el hombre hablaba, Mephi traducía sus palabras a Albrecht pero nadie le dijo que era Sergiy Caminante del Alba, del Clan del Amanecer.

—Eso resulta poco reconfortante, viniendo de un Colmillo Plateado, me temo —dijo el enorme hombre—. O de un americano.

—Esto no tiene nada que ver con tribus o países —dijo Albrecht. Se había tenido que tragar una réplica airada que en aquel momento hubiera resultado contraproducente. Aquél era el efecto de la influencia de Evan, sin duda—. Tiene que ver con un problema que necesita una solución.

—¿Tu solución? —preguntó una mujer de cabello negro y tez olivácea situada cerca de él—. ¿Es que la incompetencia de este consejo te ha convocado desde el otro lado del océano?

—No, no es así —respondió Albrecht. Ni siquiera necesitaba que Mephi le dijera de quién se trataba. Se parecía bastante a Mari, así que debía de ser la Furia Negra que Lazslo había mencionado—. No estaría aquí si pensara que sois unos incompetentes, pero es necesario que actuéis juntos.

Mephi se encogió.

Un hombre desaliñado y sucio con el pelo enredado y la barba descuidada, que llevaba un chaleco de piel y unos pantalones hechos jirones por toda vestimenta fue el primero en responder. Adoptó su forma Glabro, más hirsuta si cabe, y golpeó la mesa con ambos puños.

—¿Cómo te atreves? —gritó en lengua Garou, lo que eliminó la barrera del idioma—. Aquí no te necesitamos ni te queremos!

Albrecht, negándose a dejarse intimidar por la furia del hombre, adoptó también la forma Glabro.

—Tú eres Rápido-como-el-Río, el Garra Roja, ¿verdad? —respondió en la misma lengua—. Bueno, respóndeme a esto, dos patas, ¿cómo le va a tu tribu últimamente? Si lo que he oído es cierto, sois incapaces de mantener limpios vuestros ríos y de defender vuestros túmulos. Tu tribu se ha dedicado a matar humanos en vez de enfrentarse al verdadero problema. No me digas que no necesitas nada mejor. Eso es mierda de caballo!

—Y tú —saltó, volviéndose hacia Dientesabueso—. ¿Acaso no está el Clan de las Fuentes de la Montaña en Suiza? Para no necesitar ayuda has venido desde muy lejos —entonces se volvió hacia Helena Cólera Lenta—. Y tú puedes tragarte tu sarcasmo. No creo que quieras que empiece a hablar de lo que tu tribu ha permitido que ocurriera —por fin, se volvió hacia Caminante del Alba—. Y en cuanto a ti, siendo como eres un Hijo de Gaia, deberías saber que no es sabio juzgar a alguien basándose en su procedencia o sus ancestros. Deberíais avergonzaros. No me extraña que un espíritu del Wyrn de un millón de años de antigüedad se esté abriendo camino a bocados hasta vuestros patios traseros!

Todos los que habían hablado a Albrecht hasta el momento seguían furiosos pero fue Konietzko el primero en hablar, irrumpiendo en la tensión con palabras frías y medidas.

—Rabietas de niños —dijo con voz suave. Miró a Albrecht y luego a los demás que rodeaban la mesa—. Todos vosotros. Este consejo ha sido un ejercicio de frustración desde que empezó —todos los ojos se volvieron lentamente hacia el margrave y varios de los presentes se relajaron.

—Creo que Lord Albrecht tiene razón, al menos en parte —continuó Konietzko con un gesto de cabeza dirigido a la mesa—. Llevamos bastante tiempo tratando en vano de encontrar el emplazamiento de la prisión de Jo'clath'mattric. Dos manadas de bravos guerreros han muerto intentándolo desde el asunto del Clan Yunque-Klaiven y a pesar de haber prevenido la liberación de Jo'clath'mattric, la profetizada manada del Río de Plata nos ha proporcionado hasta el momento pocas armas que utilizar contra nuestro nuevo enemigo.

—Puede, entonces, que lo que necesitemos sea una nueva perspectiva. Dejad que Lord Albrecht se siente entre nosotros y comparta con nosotros lo que sabe. Que combine sus habilidades de guerrero con las nuestras para que juntos seamos más fuertes —entonces se volvió hacia Albrecht y le dijo—. ¿Tus guerreros están acampados en la falda de la montaña con los demás que han venido a unirse a mí?

Albrecht sintió un ligero calor provocado por el azoramiento detrás de las orejas pero no apartó la mirada.

—No —dijo.

El margrave ladeó la cabeza.

—¿No los habrás traído a la fortaleza? Este lugar no ha albergado guerreros de los Colmillos Plateados desde que el anciano Corazón de Furia demostró ser demasiado débil para defenderlo.

Albrecht pestañeó una vez y dijo:



—No —podía sentir cómo aumentaba el calor. Puede que Evan hubiera tenido más razón de la que él hubiera querido admitir—. No he traído ningún guerrero conmigo.

—Una coalición de soldados aliados, entonces —dijo el margrave—. Eso suena más típico de los americanos.

El calor del interior de Albrecht se encendió y esta vez había en él algo más que azoramiento.

—Nada de coaliciones —gruñó—. Sólo nosotros dos y las habilidades que traemos a esta mesa.

—¿Sólo dos? —dijo Konietzko, mientras sus cejas se unían y su ceño se fruncía—. ¿Es posible que Jo'ellath'mattric no sea un enemigo tan formidable como todos temíamos? ¿O simplemente piensas que el liderazgo de un Colmillo Plateado es lo único que necesitamos para vencer? No serías el primero que lo creyese.

Cuando el margrave dijo esto, Caminante del Alba esbozó una sonrisa ladeada, Helena Cólera Lenta enarcó una ceja, Rápido-como-el-Río soltó un bufido y Albrecht estuvo a punto de perder los estribos. Casi saltó sobre la mesa en forma Crinos para dejar que todos supieran lo que pensaba de ellos y sus estúpidas tradiciones centenarias. Lo hubiera hecho de no ser porque Mephi suspiró y bajó la cabeza. La reacción del Caminante le dijo que si insistía ahora, sólo conseguiría parecer un cachorro furioso más aún de lo que ya lo parecía. De modo que volvió a ponerle el tapón a su furia y regresó a la forma Homínida.

—No es así —dijo para responder a la puya del margrave—. No he venido para tomar el mando. Pero algo no marcha bien y no puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer todo lo que esté en mi mano para ayudar. Y si eso resulta típico de los americanos, se me ocurren formas de ser mucho peores.

—Entonces, dime —dijo Konietzko—, ¿cómo pretendes ayudarnos? Sé que eres un guerrero de gran renombre pero ¿cuánto

conoces el mundo espiritual? ¿Acaso posees la intuitiva comprensión de la sagrada geometría y la metafísica astral de un Theurge? Pues ésas son las cualidades que necesitaremos para localizar la prisión de Jo'clath'mattric.

—Bueno...

—¿Y estás versado en nuestro folclore? —continuó Konietzko—. ¿Conoces cuentos antiguos de esta región que puedan ofrecernos pistas importantes en esta búsqueda?

—No, no los conozco —admitió Albrecht—. Pero en el pasado...

Konietzko sacudió la cabeza.

—Eres un valiente guerrero, Lord Albrecht —dijo— y si lo que se cuenta es cierto, un buen rey en tu hogar. Pero un buen rey debe reconocer cuándo lo superan los acontecimientos y debe delegar sus responsabilidades en aquellos que son expertos. Ésta es una de esas ocasiones.

Cualquier otro Colmillo Plateado, y en especial uno que en origen proviniera de aquella región, hubiera perdido los estribos si un Señor de las Sombras le hubiera hablado así. De hecho, era muy probable que Konietzko lo hubiera visto varias veces desde que se hizo con el control de aquel clan. Pero Albrecht no era ningún necio, como parecían creer todos ellos. Quince años atrás, el Rey Morningkill le había dicho casi la misma cosa. Ahora podía prácticamente oír la voz de su tatarabuelo saliendo de la boca de Konietzko y ver la misma experiencia fatigada en los ojos de Konietzko. Ahora, como entonces, Albrecht se tragó su indignación y controló su temperamento.

Lo peor de todo era que el Señor de las Sombras tenía razón. Precisamente por esa razón formaban manadas y tenían diferentes responsabilidades los hombres lobo. Había aprendido aquella lección del Rey Morningkill y no iba a cuestionarla ahora.

Tendría que retroceder y tratar de recuperar parte del terreno que había perdido.

—Tienes razón —dijo al fin—. Venir hasta aquí sin guerreros que me apoyasen y presentarme ante vosotros sin información directamente relacionada con el problema ha sido una temeridad. Me doy cuenta de ello —a su alrededor, los líderes de los clanes sonrieron y asintieron unos a otros. Así eran las palabras que les gustaba oír de los Colmillos Plateados en presencia de Konietzko—. Pero aun así, sigo pensando lo mismo. Ahora estoy aquí y no me iré a ninguna parte hasta que haya hecho todo lo que pueda para enviar a Jo'ellath'mattric de regreso al infierno del que vino, de una vez y para siempre.

El asombro ante su audacia hizo que se abrieran los ojos y las bocas alrededor de Albrecht pero Konietzko mantuvo la calma. De hecho, el anciano entornó la mirada y observó a Albrecht con una expresión de brillante y lupina astucia. Los demás no dijeron palabra.

—Entonces es posible, creo, que haya una manera de que lo hagas, Lord Albrecht —dijo el margrave—. Si estás tan impaciente como dices.

—Lo estoy. ¿De qué se trata?

—¿Conoces a la reina Támara Tvarivich de vuestra tribu? Viene del Clan de la Luna Creciente, en los Urales.

—Nunca nos hemos visto —dijo Albrecht—. Pero he oído hablar de ella. Tu Protector me ha dicho que estaba aquí.

—Así es —dijo Konietzko con una pequeña e irónica sonrisa—. Ha venido invitada por mí e incluso ha traído un contingente de guerreros para participar en la campaña. Sin embargo, se niega categóricamente a colaborar con nosotros. Se niega incluso a aceptar mi hospitalidad y a alojarse en la habitación que mi protector le había preparado en la fortaleza. Sus guerreros y ella

permanecen en las afueras de casa, demandando que seamos nosotros los que acudamos a ellos.

—¿Qué? —preguntó Albrecht—. Eso no tiene sentido —sonaba como algo que podría hacer un viejo y senil Colmillo Plateado para obligar a su anfitrión Señor de las Sombras a acudir a él pero se suponía que la Reina Tvarivich era más sensata. En Rusia era una de las unificadoras más influyentes con que contaban los Colmillos Plateados. Por lo que Albrecht sabía, todas sus victorias se debían a la cooperación entre tribus.

—Cierto —dijo Konietzko— pero a pesar de ello se niega. Sus razones son personales y puede que tú puedas averiguar más. Tienen que ver con el Colmillo Plateado llamado Arkady, del Clan del Pájaro de Fuego.

Albrecht sintió que le ardía la sangre con sólo escuchar el nombre, pero logró reprimir toda reacción visible a excepción de una tensión en los músculos de la mandíbula.

—¿Qué pasa con él?

Konietzko respiró pesadamente en lo que casi era un suspiro y dijo:

—La Reina Tvarivich sigue teniendo mucha fe en ese antiguo héroe de tu tribu. Se niega a aceptar la sentencia que Sergiy Caminante del Alba, Rápido-como-el-Río y yo mismo decidimos en consejo con el Clan Yunque-Klaiven.

—¿Y eso qué significa, exactamente?

—Al llegar aquí —respondió el margrave—, la Reina Tvarivich nos contó que Arkady le había hablado hace tiempo sobre una amenaza que estaba creciendo sin que nadie lo supiera en esta región y cuyo nombre era Jo'cllath'mattric. Asegura que le reveló algo de gran importancia pero le pidió que lo mantuviera en secreto mientras él seguía investigando.

—Sé perfectamente que él estaba más involucrado en este asunto que nadie —siseó Albrecht—. ¿Y cuál es ese secreto?

—He ahí el problema —dijo Konietzko—. Porque, verás, no está dispuesta a contárnoslo. De hecho, dice que no le contará a nadie lo que Arkady le reveló hasta que yo convoque una nueva audiencia para juzgarlo. Una en la que los Colmillos Plateados puedan estar presentes y Arkady pueda hablar en su defensa. En ese momento, asegura ella, la inocencia de Arkady será revelada y podrá recuperar su honor «robado» guiándonos a la batalla contra Jo'cllath'matric.

—¿Que dice qué? —ladró Albrecht—. Debes de estar bromeando.

—Es el ultimátum que nos ha dado —dijo Konietzko—. La reina es joven y orgullosa y se niega a discutir el asunto. Pero puede que esté dispuesta a hablar contigo.

—Oh, ahora lo cojo —dijo Albrecht con una sonrisa privada de toda calidez—. Hablará conmigo porque tiene que hacerlo, ¿no? A causa de la corona que llevo.

—No podemos borrar de un plumazo nuestro juicio sobre Arkady —dijo Konietzko—, pero puede que tú seas capaz de mostrarle a Tvarivich la verdad y convencerla para que te revele lo que el traidor le contó. Puede que no sean más que mentiras y engaños pero hasta las mentiras pueden esconder un retazo de verdad. Si nos revelas la información de la reina, lo consideraríamos una contribución muy valiosa a nuestros esfuerzos.

Albrecht asintió. Lo enfurecía que el necio orgullo de la reina tuviera el potencial de hacer tanto mal como la traición de Arkady.

—Muy bien —dijo—. Si eso es lo que necesitáis, hablaré con ella.

—Excelente —dijo el margrave. A continuación volvió a dirigirse al resto de los congregados—. Entonces volveremos a reunirnos mañana. Lord Albrecht, te recomiendo que descanses y te invito a que acudas a nuestro comedor cuando tengas hambre. Te deseo suerte con la Reina Tvarivich y te aseguro que no le deseamos mal alguno. Sabemos que una lealtad demasiado celosa puede algunas veces estar fuera de lugar.

—También yo —dijo Albrecht en voz baja. Más que confiado, se sentía como si Konietzko le estuviera dando palmaditas en la cabeza como a un cachorro.

—Estoy seguro de que no nos defraudarás —dijo Konietzko—. Contamos contigo.

Y con estas palabras, despidió a los líderes y los soldados para el resto del día. Lanzando miradas furiosas a Albrecht o ignorándolo, los demás salieron de la sala y se dirigieron en su mayor parte al comedor. Mephi retrocedió un paso y permaneció tras Albrecht con aire incómodo, esperando a su oportunidad para marcharse. Mientras el margrave se movía para abandonar la sala, Albrecht reparó en un gran tapiz que cubría del techo al suelo la pared que había tras él y que le resultaba familiar a pesar de que nunca lo había visto. El causante era el personaje protagonista, que no era otro que el mismo que había visto inmortalizado en piedra en el pasillo central, Boris Golpe de Trueno. En el tapiz portaba una representación estilizada de una piedra del camino, decorada con glifos que significaban Cielo Nocturno. En la parte inferior de la pintura se veía a un Garou cuyo cuello estaba partiendo Golpe de Trueno. La víctima tenía una expresión lastimera y sus miembros eran débiles y flacos. En su armadura se veía el glifo de la tribu de los Colmillos Plateados así como otros más que querían decir «Corazón de Furia». El pobre desgraciado no parecía demasiado furioso, no obstante. Parecía impotente y

---

ridículo. Y mientras Albrecht abandonaba al fin la cámara de audiencias, casi era capaz de comprenderlo.

## Capítulo seis



Tras una rápida parada para dejar las armas en su habitación, Albrecht y Mephi se encaminaron al oscuro comedor de la fortaleza para tomar un bocado. Vieron a Cólera Lenta y Rápido-como-el-Río sentados juntos, en sus respectivas formas de empaquetamiento y rodeados por un puñado de guerreros procedentes de sus clanes. Cerca de ellos pero mirando en otra dirección se encontraba Sergiy Caminante del Alba, hablando a alguien con su gran voz atronadora. Guy Dientesabueso y sus guerreros se sentaban en una esquina de la sala, malhumorados y cariacontecidos, y los guerreros y servidores de Konietzko ocupaban todo el espacio restante. La única mesa disponible se encontraba cerca de una esquina, junto a la puerta trasera. Tratando de no llamar la atención, Albrecht condujo a Mephi hacia allí y se sentaron juntos.

—Me ha tomado el pelo —dijo Albrecht mientras un sirviente les ponía delante dos vasos de agua y desaparecía—. Y le he dejado.

—¿Perdón?

—El Rey Morningkill hacía eso mismo constantemente —dijo Albrecht—. Hasta yo mismo lo he hecho alguna vez. Es lo que se



hace cuando algún payaso se presenta en tu corte ladrando y comportándose como un idiota. Te haces el importante y el poderoso y tratas de conseguir que se sienta inútil. Entonces, justo cuando está a punto de marcharse con el rabo entre las piernas, le ofreces alguna mierda de encargo que no quieres hacer y haces que suene como si fuera algo de lo que él pueda ocuparse. He quedado como un cateto de pacotilla y la estupidez de Tvarivich no va a ayudar. Ha sido un completo desastre.

—Supongo que podría haber ido mejor —asintió Mephi.

Albrecht gruñó de irritación y clavó los codos sobre la mesa mientras se inclinaba hacia delante. No por primera vez, deseó haber dejado que Evan lo acompañara. El muchacho tenía un don para la diplomacia y sabía cómo conseguir que la gente lo tomara en serio. Era capaz de decir lo que Albrecht quería decir y hacerlo mucho mejor que él mismo. Mari también hubiera sido de gran ayuda. Seguro que le hubiera encontrado sentido a la «geometría sagrada» y la «metafísica astral» de Konietzko. Si Evan y ella hubieran estado allí, todos seguirían reunidos alrededor de aquella mesa, revisando una vez más los viejos mapas y cartas del Umbrá, tratando de dar con Jo'clath'matric. Y Tvarivich hubiera podido irse al infierno. Era precisamente una situación de ésas en las que más hubiera necesitado a sus camaradas pero por desgracia ninguno de ellos podía estar allí. Y por supuesto, el único al que podía echar la culpa en último caso era él mismo.

Antes de que las recriminaciones lo devoraran, sin embargo, un prolongado y melifluo aullido procedente del otro extremo de la sala lo distrajo. Lo emitía un alto y esbelto hombre lobo de tribu indeterminada que caminaba por el centro de la sala desde una mesa situada al otro extremo. El tipo venía en forma Crinos, suplicando la atención de todos los que quisieran escucharlo y, en efecto, todos los ojos de la estancia se volvieron hacia él.

—Gryffyth EspumadeMar —susurró Mephi—. El nuevo Cantacuentos del clan. Se nombró a sí mismo —el tono de voz de Mephi parecía sugerir que no había que esperar demasiado de la obra de EspumadeMar, pero puede que eso no fuese más que envidia profesional.

Cuando EspumadeMar hubo reunido la atención que consideró suficiente, se presentó y empezó a entonar una canción que había compuesto y que versaba sobre lo grande e importante que era el Margrave Konietzko. Recorrió la sala de un lado a otro con una enorme y estúpida sonrisa lupina en los labios, exhortando con sus cánticos y aullidos a la audiencia a que se uniera a él para ensalzar la «sombria determinación» de Konietzko, su «preclaro intelecto» u otras mierdas por el estilo. Algunos de los presentes empezaron a cantar a instancias de EspumadeMar y el propio Caminante del Alba coreó un par de versos para gran deleite del Cantacuentos. La melodía era pegadiza y parecía muy popular entre los presentes.

Pero Albrecht no pudo aguantar demasiado. No estaba de humor para oír nada más sobre lo grande que era Konietzko. El culto a la personalidad que parecía haber surgido a su alrededor no podía por menos que recordarle el rebaño de sicofantes e idiotas que había rodeado al Rey Morningkill y se habían negado a reconocer que las cosas estaban empeorando en Tierra del Norte conforme el monarca envejecía. Pensar en ello mientras le daba vueltas a sus errores políticos anteriores era más de lo que podía soportar en aquel momento.

Así que esperó hasta que EspumadeMar estuvo al otro extremo de la sala y de espaldas a él y entonces se levantó para abandonar el comedor. Mephi, que estaba muy ocupado gruñéndole a la espalda del Cantacuentos, reparó en su marcha y se apresuró a seguirlo. Esquivaron a un par de guerreros que acudían a la

sala para oír la canción de EspumadeMar y se marcharon a hurtadillas.

Una vez fuera del comedor, caminaron por el pasillo principal en sentido contrario a la corriente de gente que acudía a cenar. Albrecht andaba con los pulgares metidos en los bolsillos del pantalón y la chaqueta de cuero abierta, Mephi iba a su lado, a la derecha, con las manos metidas en los bolsillos del guardapolvos gris. Aparentemente, también el Caminante estaba molesto.

—No entiendo por qué le gusta tanto esa canción a la gente —dijo—. No es *tan* buena.

Albrecht gruñó. A él tampoco le gustaba, pero sólo porque estaba de mal humor.

—O sea, el ritmo y la métrica son muy forzados —se quejó Mephi—. Lo mismo podría ser Emily Dickinson. Y la parte sobre el vampiro de Transilvania... ¿Se puede estar más trillado? El terrorífico chupasangre en su siniestro castillo en lo alto de una montaña siniestra que roba vírgenes de las aldeas cercanas para convertirlas en sus esclavas. Ba-su-ra.

Albrecht sonrió a pesar de lo molesto que estaba.

—Y oh, el vampiro tiene casi un centenar de zombis que le limpian el castillo, por supuesto —continuó Mephi—. ¿Pero está preocupado nuestro margrave? Nada de eso! Los hace pedacitos como si fueran de papel y encuentra al vampiro en el sótano, descansando en su ataúd de terciopelo. Y cuando el vampiro despierta y se arroja sobre el intruso como un idiota, el margrave lo hace trizas... uno, dos, tres.

—No sé —gruñó Mephi—. A mí me ha gustado esa parte.

Mephi le lanzó una mirada de soslayo y puso los ojos en blanco.

—Ahrouns... ¿Sabes?, lo más probable es que ni siquiera ocurriera así. ¿Qué estaban haciendo los guerreros del margrave

mientras tanto? ¿Y su manada? ¿Y fue desde aquí hasta Transilvania *andando*? ¡Ya! Realismo, acuda a la parte de atrás.

—Sólo es una canción —dijo Albrecht—. ¿Estás diciendo que nunca has exagerado en una para que sonara mejor?

Mephi se enfureció.

—No tenía que hacerlo. Cuando yo cuento una historia, lo que hace que los héroes parezcan buenos es lo que ellos hacen, no lo que yo me invento.

—Oh —dijo Albrecht—. Supongo que puedo tomarme eso como un cumplido.

Mephi pareció un poco confundido al escucharlo, pero comprendió enseguida.

—Ya. Por *La Saga*. Deberías. Estuviste muy bien.

—Gracias.

Después de esto, caminaron en silencio durante un rato antes de que Mephi volviera a hablar.

—Entonces, ¿vamos donde creo que vamos?

—Sí —dijo Albrecht—. Creo que lo mejor será que vayamos y tratemos de hacer entrar en razón a esa Tvarivich esta misma noche. Siempre que quieras acompañarme y traducir, por supuesto.

—Claro —dijo Mephi—. Para eso estoy aquí. Pero ¿no te preocupa que parezca que no quieres oír la canción del margrave al marcharte tan poco después de que te... pidiera que hablaras con la reina?

—Dejemos que piensen lo que quiera —dijo Albrecht con cierta rigidez—. Tengo razones personales para hablar con Tvarivich.

—Ya veo. Vayamos entonces.

Mephi lo llevó hasta una puerta que daba a la parte trasera de la fortaleza y salieron a una noche fría y nubosa. Al instante, Albrecht sacó un paquete de cigarrillos de uno de los bolsillos de la

chaqueta y una caja de cerillas de otro. Le ofreció uno a Mephi, que no lo aceptó, y se pusieron en marcha. Antes de que pudiera encenderlo, aparecieron dos Guardianes del clan en forma Crinos y les preguntaron lo que estaban haciendo.

—Entregar un niño —dijo Albrecht en inglés mientras Mephi contestaba algo en húngaro. Se puso el cigarrillo en la boca y encendió una cerilla—. ¿Dónde está la maternidad más próxima?

Los guardias no parecían hablar inglés pero comprendieron lo que quería saber. Señalaron una vereda que conducía a la extensa planicie rocosa situada cerca de la falda de la montaña y le dijeron que se fuera a fumar allí. Él los saludo, encendió su cigarrillo y se dirigió hacia allá, seguido por Mephi.

Tardaron poco tiempo en encontrar la planicie de la parte trasera de la fortaleza y sólo un poco más en encontrar el campamento de la Reina Tvarivich. Estaba confinado en una esquina, detrás de un montón de grandes rocas, como reflejo del deseo de sus ocupantes de no mezclarse con los guerreros de los demás clanes. Albrecht y Mephi intercambiaron una mirada y se dirigieron hacia allí.

Cuando llegaron a las dos rocas más grandes que bloqueaban el campamento de los Colmillos Plateados, dos centinelas rusos se materializaron de las sombras y se interpusieron en su camino. Ambos eran altos y de constitución mediana y llevaban el cabello crecido hasta los hombros, tenían largas barbas y vestían ropa hecha para climas más fríos. Se erguían hombro con hombro, en la forma Glabro, bloqueando el paso. Ambos empuñaban klaives.

—No sigáis —dijo el de la derecha en lengua Garou.

—¿Quién va? —preguntó el segundo.

—Espero de veras que lo sepáis —gruñó Albrecht sin mostrar la menor señal de sumisión. Los dos centinelas se limitaron a mirarse y luego se volvieron hacia él sin comprender. Albrecht adoptó

su forma Glabro, repitió sus palabras en la Alta Lengua y a continuación añadió—. ¿Quién demonios sois?

—Somos Colmillos Plateados —replicó el de la derecha—. Visitantes.

—Venimos del Clan de la Luna Creciente —intervino el otro. Servimos a la Reina...

—Tvarivich —lo interrumpió Albrecht—. Sí, a ella venimos a buscar. ¿Dónde está?

—¿Sois os que acaban de llegar? —preguntó el primer centinela mirando a Albrecht y en especial a Mephi con escepticismo—. ¿Los americanos?

—Lo de menos es de dónde vengo —dijo Albrecht—. Yo también soy un Colmillo Plateado.

—Y no un Colmillo Plateado cualquiera —añadió Mephi. Como explicación, lanzó una mirada significativa hacia la corona que Albrecht llevaba en la cabeza.

Mientras Albrecht se la devolvía, los dos centinelas lo examinaron y empezaron a cuchichear en ruso.

—Es cierto, ¿no? —preguntó el primero en Alta Lengua al cabo de un par de segundos.

—¿De veras? —preguntó el otro—. ¿Eres tú? ¿Eres Albrecht?

—Sí, lo soy —gruñó.

Como un solo hombre, los dos Colmillos Plateados envainaron los klaives y adoptaron su forma Lupus. Como dos lobos grises y blancos estiraron las patas delanteras para tocar el suelo con los hocicos y rodaron tres veces sobre la espalda. Cuando volvieron a incorporarse, estaban moviendo las colas.

*Lo sabía, indicó el lobo de la derecha a su compañero. Te dije que era él el que se acercaba.*

Sí, dijo el segundo, dejando que su cola decayera un poco antes de reanudar su rápido movimiento. *Yo estaba equivocado. Lleva el círculo de plata.*

Albrecht irguió los hombros y empezó a relajarse un poco.

—Ya era hora de que hubiera alguien que la reconociera. Ya era hora, sí señor.

Los lobos volvieron a adoptar la forma Glabro y Albrecht introdujo de nuevo los pulgares en el cinturón. Los dos hombres encorvaron los hombros y se inclinaron ligeramente.

—Nos complace mucho conocerte —dijo el primer Colmillo Plateado.

—Nos honra —lo corrigió el segundo. A continuación se volvió hacia Mephi—. ¿Y éste es Evan?

—*Nyet* —respondió Mephi, un poco atribulado.

—Evan está en casa, con mi otra compañera de manada —dijo Albrecht—. Éste es Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte. Es un Caminante Silencioso de gran renombre allá en nuestro hogar y ha venido a presentar sus respetos a vuestra reina.

El primero de los Colmillos Plateados asintió.

—Sí, hemos oído mencionar su nombre a algunos de los otros visitantes.

—En tal caso tal vez podamos seguir con nuestros asuntos.

—Sí, Rey Albrecht —respondió el primer Colmillo Plateado—. Os llevaremos ante la Reina Tvarivich ahora mismo. Aunque puede que se muestre menos amable que nosotros. Arkady y ella estaban muy unidos. No confía en el juicio del margrave.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Llevadme ante ella.

Tal como les ordenaba, obedecieron. Se pusieron en marcha y Albrecht y Mephi los siguieron a unos diez pasos de distancia. Por educación, Albrecht recobró la forma Homínida mientras caminaba. Los centinelas los llevaron hasta una tienda amplia y alta

flanqueada por varias más de menor tamaño. Tras ellas, unos quince Garou en diversas formas estaban practicando maniobras de combate. No repararon en la llegada de los visitantes. Mientras Albrecht y Mephi llegaban a su lado, uno de los centinelas abrió la cortina de la tienda y dijo algo. Un momento después, su ocupante salió y se plantó frente a los recién llegados.

Era una mujer esbelta y poderosa, aproximadamente de la misma edad que Albrecht y una cabeza más baja, más o menos. Llevaba una capa blanca sobre una túnica del mismo color y ambas prendas estaban decoradas con una delicada tracería de runas de diferente procedencia bordada en plata. Una maza pesada colgaba de su cadera bajo la capa y su peso no parecía molestarla un ápice. Llevaba el pelo negro como el azabache recogido en un cuidadoso moño, en lo alto de la cabeza, y una diadema de filigrana de plata sobre la frente. La mujer examinó a Mephi de arriba abajo con mirada fría y a continuación dirigió su atención a Albrecht. Sus ojos se encontraron con la corona que llevaba en la cabeza y enarcó las cejas. Con una mirada, despidió a los dos centinelas.

—Bienvenidos, invitados —dijo en un inglés con acento ruso—. Que la gracia de Gaia sea con vosotros. Soy la reina Támara Tvarivich, defensora del Clan de la Luna Creciente, vástago de la Casa Luna Creciente y Theurge del Sacerdocio de Marfil.

Se inclinó entonces y dirigió una mirada expectante a sus visitantes.

—Eh —dijo Albrecht con un rápido gesto de la cabeza—. Encantado de conocerte. Tenemos que hablar. Éste es Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte, de los Caminantes Silenciosos, y si no sabes quién soy yo, es que no eres un Colmillo Plateado.

Tvarivich pestañeó.



—He oído hablar de Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte y sí, a ti te reconozco, Albrecht de la Casa Enemigo del Wyrm —dijo, tratando de disimular un acceso de enojo—. Tu reputación te precede.

—Eso parece —gruñó Albrecht—. Supongo que ya te imaginas por qué estoy aquí.

—Has hablado con los generales de los demás clanes, que se reúnen allí dentro —dijo Tvarivich. Sus ojos eran sendas ranuras y su mandíbula se iba tensando a medida que hablaba—. Te han dicho que Arkady me contó algo sobre Jo'clath'mattric pero que no se lo voy a revelar, a pesar de haber hecho todo este camino a petición del margrave Konietzko. Sin duda te habrán dicho el porqué, así que ahora vienes a hablar conmigo y a tratar de convencerme.

—Eso es bastante exacto —dijo Albrecht—. Salvo la última parte.

—¿Entonces no has venido a poner en tela de juicio mi opinión sobre Arkady del Clan del Pájaro de Fuego? —preguntó Tvarivich con una sonrisa sardónica—. Tenía entendido que no te era simpático.

—Yo diría que algo más que eso —musitó Mephi.

—Lo odio —dijo Albrecht—. No es ningún secreto.

—Sí —replicó Tvarivich—. Muchos aquí decidieron sentir lo mismo después de que los de ahí dentro pronunciaran su sentencia.

Albrecht bufó. Sabía muy bien a qué juicios se refería la reina. Las mismas y absurdas audiencias a las que con tanto interés había querido asistir Mari antes de verse implicada en el asunto de Jo'clath'mattric.

—Pero tú no crees en la culpabilidad de Arkady —dijo Albrecht—. A pesar de lo que diga el Conde Drácula ahí dentro.

—No —reconoció Tvarivich—. Su «juicio» fue una farsa. No se le permitió tomar la palabra. No se permitió que ningún Colmillo Plateado estuviera presente. Contra lo que dicta el sentido común, esos necios aceptaron hasta la palabra de tres Danzantes de la Espiral Negra.

—Bueno, está el asunto de que tuviera un Wyrm de la Tormenta bajo su mando...

—¿Eso? —repuso Tvarivich—. Arkady posee una sangre de la máxima pureza hasta la vigésima generación. Estuvo con nosotros frente al dragón del Wyrm, Gregornous Ala de Muerte y combatió a los ejércitos de Baba Yaga a mi lado. El Wyrm conoce el nombre de Arkady y todos sus viles engendros tienen buenas razones para temerlo. Por esa razón fue capaz de frenar la furia de un Wyrm de la Tormenta. Y sin embargo todos le dan la espalda y lo expulsan. El margrave teme su poder porque amenaza el suyo y por eso ha preparado esta parodia de justicia para hacer que caiga en desgracia. Y hasta que Konietzko lo reconozca...

—Señora —dijo Albrecht mientras se colocaba delante de Mephi—. Recuerdo bien lo fuerte que era Arkady y he visto a líderes mejores que Konietzko hacer exactamente eso que estás diciendo. El mejor rey que jamás haya dado la casa Enemigo del Wyrm me lo hizo a *mí*. Pero eso no es lo que ha ocurrido en este caso, te lo prometo.

—La Casa del Enemigo del Wyrm es un nido de decadentes niños americanos —bufó Tvarivich—. No trates de disimular la verdad, Lord Albrecht. Fueron tu casa y ese gran rey tuyo los que nos traicionaron. Nos disteis la espalda cuando más os necesitábamos. Tus promesas no valen nada.

—¿Cómo que os dimos la espalda?

—Arkady nos habló de ti —dijo Tvarivich. Su voz subió de volumen, como un reflejo del acceso de cólera e incredulidad que

Albrecht tuvo que contener—. Antes de que la Cortina de Sombras cayera, Baba Yaga levantó seis ejércitos contra nosotros. El valiente Arkady se presentó voluntario para recorrer toda Rusia solo y traer refuerzos desde más allá de sus fronteras. Se abrió paso luchando hasta el túmulo de tu tatarabuelo pero el Rey Morningkill se limitó a apaciguarlo con vagas promesas.

»Cuando ese rey murió sin haber reclutado un solo hombre para ayudarnos, Arkady se hizo con el control del túmulo. Pero apenas acababa de hacerlo cuando tú regresaste del exilio, asegurando que habías encontrado la perdida Corona de Plata. Lograste engañar a todos para que te siguieran y expulsaron a Arkady cubierto de oprobio. A duras penas logró regresar con vida para hacernos saber que no contábamos con aliados en el Oeste. Puede que esperaras que Arkady pereciera durante el viaje de vuelta y que el relato de tu traición se perdiera con él pero era demasiado fuerte. Logró regresar y nos lo contó todo.

»Y ahora vienes a mí y apoyas a aquellos que conspiraron contra él. Has hecho todo este camino para bailar a su son y repetir las mentiras que te cuentan. ¶Tú, que ni siquiera te dignaste acudir en auxilio de tu propia tribu! ¶No me digas que me equivoque ni lo mucho que deseas creerme! ¶Ya basta de mentiras! ¶No pienso escuchar más...!

—¶Maldita sea, señora, todo eso son gilipolleces! —estalló Albrecht, incapaz de soportar la retahíla de la reina por más tiempo—. Hasta la última coma. Si Arkady te contó eso, te ha estado mintiendo desde que regresó. No vino a solicitar ayuda al Rey Morningkill; vino aterrizado. Era un desecho cuando lo vimos por primera vez. Suplicó al rey que lo dejase entrar. Sí, yo no estaba allí cuando ocurrió, pero he oído la historia docenas de veces. Después de eso Arkady fue uno de los guerreros más

valientes de Morningkill pero cuando llegó allí por vez primera era un hombre desesperado que corría para salvar su vida.

La Reina Tvarivich abrió la boca para protestar pero una idea cruzó sus pensamientos y se contuvo.

—¿Viste a Arkady cuando *regresó* a Rusia? —preguntó Albrecht—. Apuesto a que también entonces estaba en un estado penoso.

—Estaba consternado por no haber conseguido ayuda —dijo la reina, sin tanta convicción como un momento antes—. Sucumbió a la desesperación.

—Te estoy diciendo que nunca le pidió ayuda a nadie —dijo Albrecht—. Pero sí que trató de hacerse con el control. Poco después de que el Rey Morningkill muriera, intentó hacerlo. Ésa es la verdad. Lo que no te dije es que *asesinó* a Morningkill. Comprometió las defensas del rey y permitió que una fuerza de ataque de Danzantes de la Espiral Negra llegara hasta el corazón mismo del túmulo. Hicieron pedazos a Morningkill y fue entonces cuando trató de reemplazarlo pero antes de que el rey muriera, revocó mi exilio. El último deseo del rey fue que yo lo sucediera.

—Una historia muy conveniente, sí. Él mismo te había exiliado —dijo Tvarivich—. ¿Por qué iba a...?

—Supongo que sospeché —dijo Albrecht.

—Y entonces, ¿para qué el truco de la corona, si Morningkill te había nombrado sucesor? —replicó Tvarivich.

—Porque Arkady me desafió —dijo Albrecht—. Me desafió a un duelo y lo preparó todo para que yo perdiera. El único recurso que me quedó fue ir a buscar la Corona de Plata. No es ningún truco, Tvarivich, seguí la pista a esta cosa de un lado a otro de la Umbra y tuve que sufrir lo que no está escrito sólo para tocarla. Y después de eso, el propio Halcón me juzgó digno de llevarla. Es la de verdad.

—Eso es lo que tú dices —dijo Tvarivich—. Como haría cualquier farsante.

—¿De veras crees que Halcón me hubiera permitido seguir adelante con semejante... *blasfemia* todo este tiempo? Me hubieran cogido y habría sido mucho peor que cuando estuve en el exilio.

—Quizá... —seguía teniendo los ojos entornados por el escepticismo pero su cólera se estaba disipando—. ¿Y dejaste que Arkady regresara a casa cuando la corona estuvo en tu poder? No me lo creo.

—Oh, yo quería que muriera —gruñó Albrecht—. En eso tienes razón. Pero aún más que eso, quería castigarlo. Quería que pasara por lo que yo había tenido que pasar por él y quería que supiera que todo era por su maldita culpa.

»Y lo hice. Le arrebaté todo lo que poseía. Su honor, su nobleza y hasta sus derechos de nacimiento. Lo exilié de la tribu y le ordené que regresara arrastrándose al lugar del que había salido. Y tal como cuentan todas las antiguas leyendas sobre la Corona, Halcón lo obligó a cumplir mi voluntad. Sólo por eso regresó a vuestro lado. Su verdadero rey se lo ordenó.

Tvarivich guardó silencio durante largo rato. Varias veces abrió la boca para hablar pero todas ellas titubeó, mientras la duda carcomía su fe tanto tiempo mantenida sobre la pureza de Arkady. Al fin, tras varias intentonas más, dijo:

—No tengo más que tu palabra. Tú, al igual que Konietzko, tienes razones más que de sobra para envidiar a Arkady y mucho que ganar con su desgracia.

—¡Maldición, mujer! —bramó Albrecht—. ¿De verdad estás tan ciega? ¡Estoy aquí para recordarte tu deber! Hay un espíritu del Wyrn amenazando con devorarnos y tú sigues sentada sobre una información importante por pura cabezonería.

—No te atrevas a decirme lo que debo hacer, falso rey! —las palabras de Tvarivich se convirtieron en gruñidos mientras crecía para adoptar la forma Crinos. Albrecht hizo lo propio en cuestión de instantes y los dos colosales hombres lobo intercambiaron miradas en una lucha furiosa por la supremacía. Una que se convertiría en una batalla cuerpo a cuerpo en cualquier momento.

—Esperad! —imploró Mephi mientras se interponía, aún en su pequeña forma Homínida, entre los gigantescos Colmillos Plateados—. ¿No hay manera de poder verificar lo que Albrecht está diciendo?

Albrecht bajó la mirada hacia el Caminante y, un instante más tarde, menguó y recobró la forma Homínida. Se dirigió a Tvarivich:

—Tú eres Theurge, ¿verdad? Sacerdocio de Marfil y toda esa mierda...

—Sí... —ella permaneció en Crinos pero retrocedió un paso.

—Bueno, ¿qué hay de la Corona de Plata? ¿Podrías verificar su autenticidad?

—Quizá —recobró la forma Homínida y giró sobre sus talones—. Seguidme.

Los condujo hasta un claro situado en los límites de su campamento, dominado por un solo árbol de grandes ramas. Albrecht no era ningún vidente de espíritus pero había tenido tratos suficientes con el tótem de su tribu como para reconocer el lugar preferido por Halcón para posarse cuando lo veía.

—Arrodíllate —dijo Tvarivich a Albrecht. Se sentó en la base del árbol, con la espalda apoyada contra su tronco y las piernas cruzadas debajo de ella—. No te preocupes, rey, te arrodillas ante Halcón, no ante mí.

—Sí, lo que tú digas —hizo lo que le pedía y se hincó sobre una rodilla. Pero no apartó la mirada de los ojos de la rusa. Observó

mientras ella cerraba los suyos, se sumía en una especie de trance y empezaba a hablar en su lengua materna. Albrecht conocía las palabras pues las había escuchado en numerosas invocaciones que sus propios Theurge habían realizado allá en Tierra del Norte.

—Llamo al padre del honor y la verdad, al gran Halcón que sobrevuela todas las mentiras. Tus hijos necesitan tu ojo clarividente y solicitan tu ayuda.

El agudo grito de un ave de presa se alzó en los cielos y, antes de que se diera cuenta, Albrecht sintió unas garras afiladas en los hombros y la cabeza. Los servidores espirituales del mismísimo Halcón descendieron volando del árbol y se posaron sobre él y a su alrededor. Antes de que pasara mucho tiempo, el claro entero estuvo lleno de aves plateadas. Al principio parecieron deambular de un lado a otro pero no tardaron en orientarse todas ellas hacia Albrecht y la corona que llevaba. Entonces, al unísono, los espíritus realizaron un acto muy poco propio de aves: una reverencia, con las alas desplegadas hacia delante y las cabezas inclinadas. Al cabo de un instante volvieron a levantar el vuelo, como palomas perturbadas a mitad de su comida.

El lugar recobró la solidez del mundo físico y Albrecht vio que Tvarivich lo estaba mirando fijamente, o para ser más precisos, a la corona que llevaba.

—Es la Corona de Plata. Y tú... Tú eres su rey. *El rey.*

—Sí, puedes jurarlo —dijo él—. Me alegro de que haya quedado aclarado.

—Pero Arkady...

—Arkady te mintió.

Mephi dio un paso al frente.

—Piénsalo con detenimiento, Reina Tvarivich —dijo—. Arkady sobrevivió a un viaje que ni el más valiente de tus soldados hubiera podido acometer con esperanzas, ni antes ni después. Debió

de contar con alguna ayuda y todos sabemos lo que eso significa. Debió de hacer algún tipo de pacto con el Wyrm y de ese momento de debilidad derivó la tragedia que el Rey Albrecht te ha descrito. ¿Tan difícil resulta de creer eso, cuando la alternativa es tan absurda?

—¿Absurda?

—Si crees a Arkady —se explicó Mephi— tendrás también que creer que cinco líderes de clan de la región perfectamente razonables han conspirado para arruinar a uno de los mayores guerreros que cualquiera de nosotros ha conocido jamás. Y sin ninguna razón. Y *además*, tendrás que creer que el Rey Albrecht ha cruzado el océano desde su protectorado sólo para poder mentirte a la cara.

»¿Qué resulta más fácil de creer, Alteza? ¿Que un guerrero desesperado tomó la decisión equivocada en un momento de debilidad o que algunas de las más brillantes luminarias del mundo occidental quieren engañarte para que lo creas así?

Cuando Mephi dejó de hablar, Albrecht soltó mentalmente un suspiro de alivio. Hubiera confiado en que Evan acudiría en su defensa de aquella manera pero no sabía si el Caminante vería las cosas de forma tan preclara. Para ser un extraño, Mephi tenía una de las visiones más objetivas que Albrecht hubiera podido pedir. Y eso parecía estar haciendo efecto. La reina soltó un suspiro ruidoso y sus hombros se doblaron bajo el peso de la desesperación y la fe traicionada.

—No quiero creerlos —susurró—. Arkady es el mejor de todos nosotros. ¿Cómo podría habernos traicionado? ¿Cómo podría esforzarse tanto para conseguir que lo creyéramos y no desplomarse por el peso de la vergüenza?

—No lo sé —dijo Albrecht—. Pero él sabe que su necio orgullo lo ha estropeado todo. Puede que creyera que podría empezar



desde cero si llegaba lo bastante lejos. O puede que sólo esperase que si se arrojaba al fuego las veces necesarias, acabaría por quemarse. Ésa clase de cosas pasan por la mente de un exiliado. Yo lo sé.

—Puede —suspiró Tvarivich—. ¿Y ahora quieres que me incline ante sus acusadores y me retracte de mi apoyo?

—Para un minuto —dijo Albrecht mientras se le aproximaba un poco más—. No he venido hasta aquí para presionarte por esos capullos. Sólo quería que supieras la verdad de lo que ocurrió entre Arkady y yo, porque merecías conocerla.

»Estoy aquí para que pongas lo que Arkady te reveló sobre la mesa y así podamos luchar contra Jo'clath'mattric como los guerreros en que Gaia nos ha convertido, en lugar de como políticos e intrigantes. Ése es el deber al que me refería: no besarle el culo a Konietzko sino combatir contra el Wyrm a su lado.

»Esos tíos no tenían derecho a juzgar a uno de los nuestros sin dejarnos ni decir esta boca es mía. En eso tenías razón. Pero ni siquiera eso importa porque cuando expulsé a Arkady de la tribu yo ya lo había sentenciado como traidor. Y eso fue lo que convirtió su traición en una realidad a los ojos de Halcón. Por eso no se ha presentado para defenderse así mismo. Sabe que no puede. No es culpa nuestra que las demás tribus se nos hayan adelantado para hacerlo «oficial».

—¿Le has dicho algo de esto a los demás? —preguntó Tvarivich. Ahora parecía confiar un poco más en él—. ¿Saben lo que acabas de contarme?

—Aún no —dijo Albrecht—. Es importante resolver primero las cosas en el seno de la tribu. Tenemos que unirnos antes de volver a asumir la posición que nos corresponde por derecho en la Nación Garou. Por ahora, podemos dejar que crean lo que quieran

siempre que estén haciendo lo que deben. Además, tenemos preocupaciones más importantes y acuciantes.

—Sí —dijo Tvarivich con solemnidad—. Como contarle al consejo lo que sé sobre Jo'cllath'mattric —parecía haber superado la conmoción provocada por lo que Albrecht acababa de contarle y lo estaba digiriendo bien.

—Te diré una cosa, reina Tvarivich —dijo Albrecht—. ¿Por qué no nos cuentas primero a nosotros lo que Arkady te reveló? De ese modo Mephi y yo te diremos si algo no encaja con lo que ya sabemos y podremos entrar en ese consejo como deberían hacerlo los Colmillos Plateados: fuertes y unidos.

—No estoy seguro —dijo Mephi—. ¿Cómo podemos saber si debemos confiar en lo que puede haberle contado?

—No creo que tengamos demasiadas alternativas —dijo Albrecht—. Ya has oído esos tíos en el consejo. No saben dónde deben ir y no parece que las cosas vayan a mejorar. Aunque todo lo que le ha contado a la Reina Tvarivich sea una mentira, si ponemos a la gente suficiente a pensar sobre ello, puede que logremos encontrar la verdad que se esconde detrás. En todo caso, no podemos asumir sin más que se trata de una mentira y guardárnosla. Tenemos que correr el riesgo de que parte de ello sea verdad.

—Así que, una vez más, tenemos que correr un gran riesgo.

—Eh, todo es posible, ¿recuerdas? —dijo Albrecht.

—De acuerdo —le concedió Mephi—. Supongo que es justo. Oigámoslo.

—Muy bien —empezó a decir Tvarivich—. Tened en cuenta, por supuesto, que Arkady me contó todo esto hace tiempo, antes de que nadie hubiera cuestionado su integridad, de modo que lo discutí con él de buena fe. Todo ocurrió en el transcurso de una visita suya a mi túmulo, en los Urales, para participar en la

celebración de la victoria sobre los ejércitos de Baba Yaga. Una mañana me despertó antes del alba y me pidió consejo sobre un sueño que aseguraba que acababa de tener.

»En el sueño, él entraba en una sombría farsa del hogar ancestral de los Colmillos Plateados en la Umbra y era atacado por unas Perdicionas serpentina y aladas que no se parecían a ningunas otras que hubiera visto jamás o de las que yo hubiera oído hablar —Albrecht y Mephi intercambiaron una mirada pero no dijeron nada—. Se enroscaron a su alrededor y lo hirieron pero él las abrió en canal y acabó con todas. Sin embargo, mientras los cadáveres de las Perdicionas se desintegraban entre sus dedos, dieron luz a otros espíritus. No Perdicionas como las serpientes, me aseguró Arkady, sino sirvientes espirituales de Halcón.

—¿Estás bromeando? —preguntó Albrecht.

—No. Describió a los espíritus halcón como pútridos y mutilados, como si las Perdicionas los hubieran digerido pero fueran aún reconocibles y conservaran la facultad de volar. Una vez que Arkady los liberó, se reunieron en una bandada y se alejaron volando sobre una estepa yerma y un bosque de árboles putrefactos. Lo llamaron con la voz de sus ancestros, según me contó. Arkady los siguió y se encontró frente al foso lleno de agua estancada de un enorme castillo de basalto en el que se veía el blasón de su familia, sólo que invertido, sobre la puerta. Entonces la puerta se abrió ante él y entró. Una vez en el interior, siguió el sonido de las alas de los sirvientes espirituales por corredores serpenteantes, entre fantasmas confundidos que vagaban de acá para allá, hasta llegar a la escalera central del castillo.

»Arkady subió las escaleras hasta el tejado de la más alta de las torres del castillo y allí los espíritus halcón de sus ancestros empezaron a volar sobre él describiendo círculos mientras le susurraban historias sobre tiempos pasados y túmulos en los que

éstas tenían lugar. Mientras escuchaba estas historias, algunas de las cuales recordaba aún al despertar, Arkady miró desde lo alto de la torre y contempló un mundo en miniatura que respondía a lo que los halcones le estaban refiriendo. Cuando los espíritus mencionaban un túmulo, una luz se encendía en el punto en el que el túmulo se hallaba. Muy pronto, toda la tierra que rodeaba el castillo de Arkady estaba iluminada por una brillante malla de luz.

»Pero entonces la sombra del Wyrn, me contó, cayó sobre muchos de estos túmulos mientras él observaba y apagó su luz. Una tras otra, las luces fueron cediendo a la oscuridad, hasta que estuvo tan oscuro que resultó casi imposible ver nada. Aquello desesperó a Arkady y le preguntó a los espíritus halcón cómo podía eliminar la sombra y volver a encender los túmulos. Pero los espíritus le dieron la espalda y le dijeron que era imposible. Entonces todos ellos remontaron el vuelo y le gritaron, «la luz de la esperanza se ha apagado. Aquí permanecerá el hijo olvidado. Para siempre el hijo olvidado». Recordaba esta parte a la perfección. Entonces los espíritus desaparecieron en la lejanía, dejando a Arkady en lo alto de la torre, hasta que una sombra cayó sobre él desde atrás. En aquel momento despertó, antes de poder ver qué era lo que la proyectaba.

»Después de despertar, trató de quitarle importancia pensando que no era más que una simple pesadilla pero encontró sangre en la almohada y más sangre aún, sólo que seca, entre las sábanas, en los mismos lugares en los que había sido herido por las Perdiciones. Al verlo acudió al instante a mí y me contó el sueño tal como lo recordaba. Fue entonces cuando admitió, acaso para él lo mismo que para mí, que lo había tenido en otras ocasiones, aunque nunca con consecuencias físicas.

»En todo caso, como Theurge que soy, siempre me han intrigado los sueños de Halcón, en especial cuando son los miembros de nuestra tribu los que los tienen. Cuando Arkady me contó éste, hablamos largo y tendido sobre él, tratando de encontrar algún significado. Arkady creía que Halcón lo había utilizado para poner a prueba su fe y resolución, del mismo modo que cuenta la leyenda bíblica sobre Abraham e Isaac.

—No estoy muy seguro de *eso*... —dijo Mephi.

—Nunca había oído que Halcón pusiera a prueba a otro Colmillo Plateado de esa manera —prosiguió Tvarivich—, pero una parte del sueño me intrigó más que su posible significado. La parte concerniente a los túmulos que los espíritus halcón mostraron a Arkady parecía de especial importancia. Algunos de ellos están en manos de los Garou; otros en las de los engendros del Wyrn. Algunos no han sido utilizados o siquiera activados desde hace siglos. De algunos de ellos no he oído hablar jamás. Pero lo que me resultaba especialmente interesante era el hecho que todos aquellos que reconocía se encontraban básicamente en la misma región de Europa meridional.

—Los Balcanes —dijo Albrecht. Mephi asintió.

Tvarivich también lo hizo.

—Como supongo que sabéis, durante los últimos años hemos perdido varios túmulos, a manos de la Tejedora o del Wyrn o por culpa de nuestra negligencia. Y, por alguna razón, muchos de éstos son precisamente los que Arkady vio en su sueño desde la torre de basalto. De modo que decidí que los situáramos en un mapa. Empezamos por aquellos que conocíamos por su nombre y continuamos emplazándolos con relación a hitos del paisaje que Arkady era capaz de reconocer. Trabajamos en ello durante días, se diría que sin pausa. Cuando terminamos, habíamos trazado un mapa con la posición de la mayoría de los túmulos, e incluso

interpolamos con precisión casi exacta la posición del punto elevado que Arkady ocupaba en el sueño y desde el que dominaba el mundo en miniatura.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Mephi.

—Arkady me lo pidió —dijo Tvarivich.

—Muy bien —dijo Albrecht—. De modo que teníais el mapa. ¿Qué hicisteis luego?

—Tratamos de descifrar el significado general del mensaje —dijo Tvarivich—. Como ya os he dicho, Arkady estaba convencido de que era Halcón quien se lo enviaba, como una prueba para él. Se enfadó y trató de convencerme de que Halcón le había dado la espalda. El hecho de que los espíritus halcón lo abandonaran y no dejaran de llamarlo «el hijo olvidado» era lo que hacía que lo creyera. Hasta dijo que se lo merecía por no haber conseguido refuerzos en el Oeste.

—Se lo merecía —dijo Albrecht—. Pero no por eso. Por lo demás, estaba en lo cierto.

—Eso parece ahora —dijo Tvarivich—. Pero en aquel momento yo no estaba de acuerdo. No tenía razón para ello. De hecho, te culpaba a ti por su fracaso, Lord Albrecht. Pero por mucho que lo intenté, no logré convencerlo de que era inocente.

»Arkady creía que Halcón le estaba ofreciendo un camino de redención por su fracaso. Creía que el sueño le ordenaba ir al lugar que había visto y que habíamos localizado juntos y que correspondía a una montaña de granito situada en lo que ahora es la zona neutral situada entre Kosovo y Serbia.

—O sea, tierra del Wyrn —dijo Mephi.

—Sí —respondió Tvarivich—. Decía que estaba seguro de que si llegaba hasta ese lugar, podría volver a comunicarse con Halcón y éste le diría lo que debía hacer para redimirse. Yo no creía que necesitara ninguna redención pero sí que me parecía que Halcón

le había encomendado aquella misión. Le deseé suerte y le ofrecí ayuda. Todo lo que me pidió fue que mantuviera el sueño en secreto hasta su regreso. No quería provocar un estallido de paranoia y pánico entre nuestros hermanos de tribu, que lo consideraban el mejor de todos nosotros. O eso dijo en aquel momento.

—Porque si hubieran sabido que Halcón le había dado la espalda —Albrecht esbozó una sonrisa despectiva— hubieran empezado a preguntarse quién iba a ser el siguiente, ¿verdad?

—Ése era su temor.

—Y, por supuesto, tenía que hacerlo solo porque no quería apartar guerreros del campo de batalla para perseguir a sus demonios personales. Apostaría a que te dijo algo así.

—Lo hizo —asintió Tvarivich—. Conoces bien su forma de pensar.

—Sólo conozco a los de su clase —gruñó Albrecht.

—Ya veo. En todo caso, cuando Arkady partió al fin, dijo que pretendía hacer una parada en el Clan del Amanecer para asistir al Rito de Reconocimiento de un pariente. Aseguraba que quería ver cómo concedía Halcón su favor a alguien que lo merecía una última vez antes de partir en su largo y solitario viaje. Sin embargo, fue allí donde se enfrentó al Wyrm de la Tormenta y se condenó a los ojos de los demás. Nadie ha sabido nada de él desde entonces.

—Bien —dijo Albrecht—. Pero no sé qué tiene esto que ver con Jo'ellath'mattric. Me dijeron que sabías algo sobre él, específicamente, pero aún no me has contado nada de eso.

—En realidad, sí que lo ha hecho —dijo Mephi—. Sólo que no así.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Quizá deberías explicárselo —dijo Tvarivich con un leve gesto de la cabeza dirigido a Mephi.

—Claro —se volvió hacia Albrecht y dijo—. Cuando estuve en el Tisza, presencié un ritual que varios Danzantes de la Espiral Negra llevaban a cabo. No lo supe hasta más tarde, pero tenía como propósito tratar de liberar a Jo'cllath'matric de su prisión partiendo las cadenas que lo maniatan. Bien, pues mientras realizaban el ritual, no dejaban de llamar a Jo'cllath'matric, «el Hijo Olvidado».

Una luz se encendió en la mente de Albrecht y entonces respiró profundamente.

—Y eso era lo que los espíritus estaban diciendo en el sueño de Arkady. El hijo olvidado está justo aquí. No estaban hablando de Arkady; estaban hablando de Jo'cllath'matric.

—Oí por primera el relato de la misión de Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte en el Tisza cuando Konietzko envió a sus mensajeros para invitar a todos los líderes de los clanes a reunirse con él aquí, en Cielo Nocturno. Cuando el mensajero me relató la historia de los esfuerzos realizados hasta el momento por el margrave, no sólo reconocí el nombre de Descanso del Búho, que era uno de los que aparecía en el sueño de Arkady, sino también el del Hijo Olvidado.

—Y supusiste —dijo Arkady— que quizá no fuera Halcón el que había llamado a Arkady, después de todo.

—Sí —dijo Tvarivich—. Se me ocurrió que, consumido por los reproches, Arkady podía haberse dejado engañar y podía estar dirigiéndose a una trampa.

—Pero ¿no ocurrió todo eso después del asunto de Yunque-Klaiven? —dijo Albrecht—. ¿No pensaste que era posible que Arkady hubiera sabido desde el principio quién era el que lo estaba llamando?

—Sí —dijo Tvarivich—. Pero me negué a aceptar esos pensamientos. En cambio, empecé a temer por su seguridad. Sabía que la



orden del consejo haría que se ocultara pero temía que siguiera tratando de llegar a su destino sin darse cuenta del peligro que podía esperarlo allí. Y por esa razón vine aquí y presenté mis demandas ante el nuevo consejo del margrave. Confiaba en que si utilizaba lo que sabía para conseguir que cambiaran de idea, podría conseguir que Arkady saliera a la luz.

—Para someterse a un nuevo juicio —dijo Mephi.

—Sí. En el que podríamos limpiar su nombre y yo podría advertirle de los peligros que había estado a punto de afrontar sin darse cuenta. Entonces podría reemprender su búsqueda, pero esta vez respaldado por un ejército. Puede que entonces dejase de dudar sobre sí mismo y su fe en Halcón se renovara. Tal fue mi deseo desde el principio.

—Odio decirlo, Reina Tvarivich —dijo Albrecht—. Pero eso no tiene pinta de ir a pasar en un futuro próximo. Arkady se había descarriado mucho antes de empezar a tener estos sueños. De hecho, lo más probable es que empezara a tenerlos precisamente por eso.

—Puede —dijo Tvarivich en voz baja—. Puede que sea así.

Durante un momento prolongado, ninguno de ellos habló y el único sonido que pudo escucharse fue la respiración de la reina que trataba de contener un intenso suspiro de decepción. Albrecht sabía lo que debía de estar pasando. En los primeros días de su exilio, una vez que la cólera provocada por la injusticia de la situación se había esfumado, pensar en el Rey Morningkill le había hecho respirar de la misma manera. Pero, por el amor de Gaia, ¿había sabido desde el principio dónde había estado Jo'ellath'mattric y no se lo había contado a *nadie*?

—He sido una necia por no compartir lo que sabía —dijo Tvarivich al fin—. Ahora me doy cuenta. Al margen de mis deseos de ayudar a Arkady, no debería habérselo ocultado a los demás.

Pero, sabiendo lo poco digno de mi ayuda que ha sido desde el principio, ¿cómo puedo volver ahora y enfrentarme a ellos?

—Puedes, porque es lo más honorable —dijo Albrecht—. Debes hacerlo. Algunas veces hay que admitir que se ha cometido un error y tragarse el orgullo. Así es como funciona. Entonces todo el mundo lo olvida y la guerra continúa. Y si esos tíos *no son capaces* de olvidarlo, bueno...

—Al infierno con ellos —terminó Mephi.

—Sí —sonrió Albrecht—. Eso mismo.

—Muy bien —dijo Tvarivich—. Hablaré con ellos, tal como demanda el honor y les contaré lo que sé.

—Bien —dijo Albrecht—. Más vale tarde que nunca. El margrave quiere volver a reunir el consejo mañana para seguir haciendo planes y estoy seguro de que lo que vas a llevarles a la mesa los hará saltar por los aires.

—Estaré preparada —dijo Tvarivich con cierta tristeza.

## Capítulo siete



Era poco más de la una de la tarde cuando Albrecht volvió a reunirse con el margrave y los demás líderes de clan. Abrió las puertas de par en par y entró en la sala seguido un paso atrás por Tvarivich, a su izquierda, y Mephi, a su derecha.

La cámara tenía más o menos el aspecto que Albrecht esperaba. Dientesabueso, Cólera Lenta, Rápido-como-el-Río, Caminante del Alba y Konietzko se encontraban allí, de pie junto a la mesa situada en el centro de la sala. Sin embargo, pocos de los guerreros y consejeros que la última vez habían contribuido a llenar la estancia seguían en la estancia. Los ausentes, supuso Albrecht, estarían ejercitándose con los soldados de Konietzko, visitando la fortaleza o departiendo con los suyos en sus propios campamentos.

Todo el mundo levantó la mirada cuando entraron pero, por fortuna, su aparición fue recibida con menos impaciencia y fastidio que el día anterior. Aquel día los demás parecían frescos y ansiosos, un poco más dispuestos a escuchar. También estaban observando a la Reina Tvarivich con sorpresa y algo que podía interpretarse como un atisbo de respeto ofrecido a su pesar. La

impresión duró sólo un instante pero supuso una recepción mucho más digna que la que Albrecht había obtenido la última vez.

—Lord Albrecht —dijo Konietzko en inglés mientras Mephi cerraba las puertas tras ellos—. Ya hemos empezado. Únete a nosotros, por favor.

Albrecht, Tvarivich y Mephi se acercaron a la mesa y los demás líderes de los clanes les hicieron sitio.

—Parece que has tenido más éxito de lo que ninguno de nosotros esperaba —continuó Konietzko—. Reina Tvarivich, nos sorprende que hayas decidido reunirse con nosotros al fin.

Sergiy Caminante del Alba subrayó el sentimiento con una carajada y los demás emitieron sonidos que variaban entre prosaicos gruñidos y suspiros de aceptación. Rápido-como-el-Río y Guy Dientesabueso parecían los menos satisfechos.

—¿Qué quiere ahora? —gruñó Rápido-como-el-Río.

—¿Has venido a discutir tus términos en persona, Tvarivich? —preguntó Dientesabueso, al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho y fulminaba a la reina con la mirada—. Lo siento, pero no tenemos tiempo para más juegos.

—Nada de juegos —repuso Tvarivich en el alemán nativo de Dientesabueso—. Estamos aquí con espíritu de alianza y honesta cooperación. Como deberíamos haber hecho desde el principio.

—En efecto —dijo Konietzko con aún más sorpresa—. Entonces, ¿estás dispuesta a someterte al veredicto del consejo de Yunque-Klaiven?

—Ese veredicto ya no importa —dijo Tvarivich serenamente en inglés—. El peligro representado por la bestia Jo'clath'mattric anula cualquier otra consideración. El Rey Albrecht ha discutido las cosas conmigo y estamos de acuerdo.

—Es cierto —dijo Albrecht muy despacio, para que los traductores no perdieran el hilo de sus palabras—. Y los tres estamos aquí para ayudar.

—Por supuesto —dijo Helena Cólera Lenta con una sonrisa dulcemente venenosa—. Queréis hacer vuestra parte. Tú ya has hecho la tuya, Lord Albrecht y ahora, gracias a un cambio providencial, la joven Reina Tvarivich quiere hacer lo mismo.

—Así es —dijo Tvarivich, sin dejarse atrapar por el sardónico cebo de Cólera Lenta—. Estaba equivocada.

—Entonces, por favor, Reina Tvarivich —dijo Caminante del Alba mientras un murmullo de asombro recorría la mesa—, todos debemos saber eso tan vital que hubiera podido conseguir que cambiáramos nuestro veredicto sólo para poder oírlo.

—¿Te lo ha contado ya, Albrecht? —Dientesabueso esbozó una sonrisa despectiva—. ¿De Colmillo Plateado a Colmillo Plateado?

Albrecht estaba decidido a dejar que Tvarivich se las hubiera por sí sola con aquellos pomposos ingratos pero aun así tuvo que resistirse al impulso de enseñarle su dedo a Dientesabueso. O partirle la nariz.

—Lo he hecho, sí —replicó Tvarivich—. Pero ahora prefiero compartir con el concilio entero lo que Arkady me contó a hacerlo con uno de sus miembros individuales. Aunque éste sea el Rey Albrecht.

Mientras Tvarivich recorría la sala con la mirada para acallar cualquier conato de desacuerdo con su afirmación, Albrecht se encontró intercambiando miradas con Konietzko desde el otro lado de la mesa. Los astutos ojos del margrave lo examinaban, buscaban cualquier señal de debilidad de carácter o espíritu. Lo escudriñaban sin titubeos. Albrecht sintió que la rabia hervía en su interior por la audacia de aquel anciano —aquel Señor de las Sombras— pero mantuvo la compostura y le devolvió a Konietzko una

mirada igualmente inquisitiva. Al fin, el margrave inclinó la cabeza una fracción de pulgada hacia un lado.

—Por supuesto, Reina Tvarivich —dijo—. Y ahora, si eres tan amable, cuéntanos lo que sabes.

La Reina Tvarivich lo hizo así y relató a la asamblea lo que casi con las mismas palabras había contado la noche pasada a Albrecht y Mephi. Rememoró el sueño de Arkady y la decisión que, según creía, había tomado él al respecto. A continuación les refirió lo que había decidido más tarde y sus acciones posteriores. Tuvo que detenerse más a menudo que el pasado día para responder a las preguntas de una audiencia más nutrida pero en menos de una hora les había contado lo que había estado ocultando desde su llegada. Entonces sacó el mapa que había hecho basándose en la información de Arkady y sus propias extrapolaciones. Lo puso sobre la mesa, entre las cartas que mostraban la infección del Wyrn y la actividad de las tormentas del Umbra, que los líderes de los clanes habían elaborado a lo largo de los últimos meses.

—Aquí —dijo al fin, indicando una montaña en el centro del diagrama que había trazado—. Éste, creo, es el enlace físico con el lugar del mundo espiritual en el que está encadenado Jo'ellath'mattric. Así lo deduzco basándome en lo que Arkady me contó y en lo que he averiguado desde entonces.

—Qué conveniente que Arkady te diera justo lo que necesitabas para averiguarlo —respondió Helena Cólera Lenta con una sonrisa despectiva que le valió un asentimiento de aprobación por parte de Guy Dientesabueso—. Todo lo que has deducido está basado en información relacionada con las mentiras de ese traidor. ¿Cómo esperas que confiemos en ello? ¿Cómo puedes *tú* confiar en ello?

—Todos estos mapas y cartas confirman lo que yo he descubierto —dijo Tvarivich, tomando varios documentos de la mesa y hojeándolos—. Todos ellos muestran que las Perdiciones se están reuniendo alrededor de estas montañas en números cada vez mayores. Y esas tormentas que habéis estado rastreando en la Umbra parecen estar moviéndose en la misma dirección. La evidencia apoya todo lo que he dicho.

—Lo único que *yo* veo es la preparación de una emboscada —dijo Guy Dientesabueso—. Orquestada por el propio Arkady y puesta en marcha utilizándote a ti como medio para transmitirnos sus mentiras. Con toda inocencia.

—¿A alguno de los presentes se le ha ocurrido que todos esos engendros del Wyrm pueden estar reuniéndose allí porque también ellos han estado tratando de encontrar el lugar? —dijo Albrecht—. O sea, mirad todo lo que han estado haciendo últimamente. Saben que Jo'cllath'mattric está por ahí, en alguna parte y están tratando de desenterrarlo antes de que nosotros sepamos dónde mirar. No me entendáis mal. Creo que Arkady le estaba mintiendo a la Reina Tvarivich pero sé que no es un mentiroso *tan* bueno. Él utilizaría una mentira lo más sencilla y próxima a la verdad posible.

—Puede —le concedió Caminante del Alba—. Pero ¿cuál es la mentira y qué deberíamos creer?

—Bueno, para empezar, yo creo que sí tuvo el sueño que le contó a la Reina Tvarivich tal como ella nos lo ha referido —dijo Albrecht—. Creo que vio esos túmulos y que se suponía que debía inferir su posición en relación a ellos, tal como hizo. Hasta creo que vio la sombra del Wyrm, tal como aseguraba. Pero creo que en el sueño había algo más de lo que dijo. Creo que al final, cuando la sombra cayó sobre él, no despertó bañado en sudor frío. Creo que vio lo que le había enviado el sueño y apuesto a que

habló con ello. Apuesto a que lo quería o lo necesitaba de alguna manera, así que se puso en contacto con él de la única manera posible. Y cuando lo llamó, Arkady quiso ir a buscarlo.

—Es posible —asintió Dientesabueso con una sonrisa maliciosa—. No sería la primera vez que Arkady hubiera tenido tratos con sirvientes del Wyrm.

—Sigue siendo demasiado fácil —ladró Rápido-como-el-Río en la Alta Lengua al tiempo que golpeaba la mesa con los nudillos, irritado—. Es una trampa.

—Lo siento, Reina Tvarivich, Lord Albrecht —dijo Caminante del Alba—. Creo que estoy de acuerdo. Es posible que Arkady te ofreciera esta información con el propósito de fingir su propia desaparición mientras lo «investigaba». Luego, dado que era una figura tan renombrada e importante, seguro que sus camaradas se hubieran precipitado a una región infestada de servidores del Wyrm para averiguar lo que había sido de él. Y entonces caerían víctimas de su engaño.

—Un ardid que, potencialmente, hubiera podido repetir hasta el infinito —dijo Helena Cólera Lenta—. Sacrificando a quienes acudieran a su rescate a su nuevo amo hasta que Jo'clath'mattric renaciera en este mundo.

—Salvo que un determinado incidente que se produjo más allá de mi protectorado se interpuso en su camino —termino Caminante del Alba—. El incidente que reveló su traición de forma prematura y nos obligó a actuar en Yunque-Klaiven.

—O puede ser —dijo Albrecht a regañadientes— que Arkady supiera lo que le estaba pasando y estuviera tratando de advertirnos. No pudo revelarnos todo lo que necesitábamos para encontrar al engendro del Wyrm pero sí lo suficiente para que pudiéramos encontrar el resto por nosotros mismos puede que al final conservara algo de honor. *Puede.*



—¿Y mientras él estaba vendiendo su alma —dijo Cólera Lenta— un último retazo de ésta suplicaba a gritos la redención? Qué romántico.

—No lo sé —admitió Albrecht—. Ninguno de nosotros puede estar seguro. Pero si una posibilidad está ahí, no podemos ignorarla sin más. Yo soy la prueba viviente de eso.

—Eso dice la historia —dijo Dientesabueso—. Pero tales consideraciones no son las que nos han traído aquí. Estamos aquí para examinar lo que sabemos y decidir lo que vamos a hacer basándonos en eso. Así que decidamos. ¿Qué vamos a hacer con esta nueva información que se nos ha presentado?

Todos los ojos se volvieron hacia Konietzko en busca de una respuesta, ignorando a Albrecht. Sólo Tvarivich tuvo la cortesía de mirar a éste en primer lugar. Hasta Mephi buscó automáticamente al margrave.

—La simple verdad —dijo el margrave tras un largo y meditabundo silencio— es que, a pesar de las revelaciones de la Reina Tvarivich, seguimos sin tener más pruebas que antes. Tenemos los sueños de un traidor, especulaciones e inferencias, pero no hechos sólidos. Aunque todo lo que nos acaban de contar fuera cierto, lo mejor que podríamos hacer ahora es organizar una misión de reconocimiento y enviarla a...

—¡No! —gritó Albrecht, atrayendo todas las miradas. Hasta el margrave se encogió a causa de la sorpresa—. Ya habéis perdido demasiada gente así. No he venido hasta aquí para permanecer de brazos cruzados mientras seguís sacrificando buenos guerreros en pequeños grupos sólo para confirmar algo que te estamos diciendo que ya sabemos —clavó un dedo en el mapa que la Reina Tvarivich había desplegado sobre la mesa y adoptó su forma Glabro para dirigirse a todos los presentes en la Alta Lengua—. Jo'clath'mattric está aquí. Las fuerzas del Wyrn han estado

convergiendo en esta montaña y lo están buscando. Si les damos más tiempo, lo encontrarán y lo liberarán. ¿Me entendéis? Eso no puede permitirse. No lo permitiré. Y si alguno de vosotros ama a Gaia lo bastante como para luchar por Ella, tampoco lo permitirá. Estoy hablando de vuestro maldito deber y empiezo a estar harto de que lo ignoréis!

Un silencio se posó en la sala tras esta afirmación y la mesa se llenó de expresiones de pasmo. La única excepción era el rostro del margrave. Por vez primera, Albrecht vio una emoción verdadera en ella, y era una rabia hirviente e indignada. Albrecht conocía aquella mirada demasiado bien. Era la última expresión que había visto en el rostro de su tatarabuelo y el recuerdo era como un tizón en su memoria que trataba de secar su determinación. Ésa misma rabia había inundado los ojos del Rey Morningkill la noche que al fin había estallado y había exiliado a Albrecht de Tierra del Norte. El anciano había permanecido allí, sentado en su trono, rodeado por su corte y había desafiado a Albrecht a reafirmarse. Lo había desafiado a decir una palabra más, a cruzar la línea sin retorno... y Albrecht lo había hecho. Era la mirada de un rey que no toleraría desafíos en su propio trono.

Pero ahora, al igual que entonces, Albrecht no estaba dispuesto a dejarse intimidar. Tal como había desafiado a su anciano rey muchos años atrás, no retrocedió ahora ante Konietzko. Por supuesto, su estallido ante Morningkill no había sido más que una prueba de arrogancia y testarudez, pero desde entonces había aprendido a elegir sus batallas. Esta vez tenía razón y no podía echarse atrás. Había demasiado en juego. Además, se dijo, el Margrave Konietzko no era el Rey Morningkill; Morningkill estaba muerto. Ningún hombre tenía sobre él más poder que el que él mismo le concediera.

Y mientras se miraban fijamente, pareció que el Margrave Konietzko reconocía esta convicción en Albrecht. Tras un instante, la piel que rodeaba sus ojos se tensó y la comisura de sus labios se alzó una fracción de centímetro.

—Tienes razón, Lord Albrecht —dijo con lentitud—. Puede que hayamos sido en exceso cautelosos. Puede que estemos vacilando cuando lo que deberíamos hacer es actuar. No lo haremos más, pues. Tenemos un deber para con Gaia, el deber de impedir que Jo'ellath'mattric sea liberado. Estamos obligados a hacer lo que esté en nuestras manos para cumplir con ese deber.

—Coño, sí —dijo Albrecht—. Y hay que empezar cuanto antes.

—Entonces lo haremos —dijo Konietzko. Entonces se volvió y examinó a todos los demás con una mirada que recorrió la sala entera—. Recomiendo a todos los presentes que reúnan a sus guerreros, los preparen para la batalla y acudan con ellos al campo situado a los pies de la fortaleza. Cuando estén todos reunidos, regresad aquí para que podamos empezar a planificar la ofensiva. Parece que ha llegado la hora, al fin, de llevar esta batalla al campo del enemigo.

A su alrededor, todos los ojos se llenaron de impaciencia enardecida y los guerreros esbozaron sonrisas depredadoras. Aquella era la clase de noticias que estaban esperando. Para eso se habían reunido allí. Habían venido a luchar y la hora había llegado al fin.

—Muy bien —dijo Albrecht—. Por fin estamos hablando en serio.



—Un momento de tu tiempo, Lord Albrecht —dijo el Margrave Konietzko unos minutos más tarde mientras los consejeros

abandonaban la estancia para preparar a sus soldados, tal como se les había pedido—. Quiero hablar contigo.

Albrecht no tenía soldados propios a los que dirigirse pero pretendía acompañar a Tvarivich a su campamento. Cuando Konietzko lo llamó se detuvo, hizo un gesto a Mephi y la reina —quienes se habían detenido a su lado— y se mantuvo junto a la puerta mientras los líderes de los clanes y sus ayudantes vaciaban la estancia. Al cabo de un momento, sólo el margrave y él quedaban allí. Aun así, la habitación parecía pequeña y estrecha.

—¿Qué pasa? —preguntó Albrecht mientras se metía los pulgares en los bolsillos. Konietzko y él se miraron fijamente desde los dos lados de la atestada mesa.

—Esas cosas que acabas de decir —replicó el margrave con parsimonia—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que un Colmillo Plateado se atrevió a hablarme de ese modo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que *cualquiera* se atrevió a darme lecciones sobre mi deber para con Gaia.

Albrecht se guardó su respuesta. Las únicas cosas que podía pensar para replicar eran cosas que le habían enseñado en el pasado las duras miradas de Mari y Evan.

—Quería que supieras —continuó el margrave— que esta vez... esta *única vez*, ha sido más que suficiente.

—Ya te he oído —dijo Albrecht con la sombra de una sonrisa en los labios—. Suponía que sería así.

Y con estas palabras, giró sobre sus talones y dejó al margrave a solas en la sala de audiencias.



Unos minutos más tarde se reunió con Mephi y Tvarivich en el exterior, mientras se dirigían al campamento de la reina. Mephi fue el primero en oírlo mientras corría hacia ellos y ambos se detuvieron para esperarlo.

—¿Algún problema ahí dentro? —preguntó el Caminante.

—Nada importante —gruñó Albrecht—. Sólo unas palabras de aliento entre aliados.

—Ahá —replicó Mephi.

Albrecht se encogió de hombros.

—Antes de que regresemos al campamento, no obstante, tengo que hablar a solas con la Reina Tvarivich un segundo.

—Claro —dijo Mephi—. Me adelantaré y le diré a vuestros hombres que vais para allá.

Albrecht asintió y Mephi se alejó a la carrera.

—¿Qué ocurre, Rey Albrecht? —dijo Tvarivich mientras empezaban de nuevo a caminar—. ¿Algo va mal?

—Puede que no ahora mismo —dijo Albrecht con la mirada al frente en lugar de hacia ella—. Pero algo que dijiste la pasada noche me ha hecho pensar. Algo que Arkady dijo también, antes de que yo lo enviara de regreso a Rusia. Me dijo que yo no me hacía idea de cómo eran las cosas por allí. Que no conocía el poder de la Bruja.

—Desafía toda descripción —dijo Tvarivich mientras fruncía el ceño al recordar.

—Sí. Y la pasada noche, me pareció por tus palabras que contabais con recibir ayuda del exterior para enfrentaros a ella. Dijiste que os habíamos traicionado por no enviarla.

La Reina Tvarivich sacudió la cabeza.

—Eran mentiras de Arkady. Yo creía que habíais decidido abandonarnos conscientemente.

—Bien —dijo Albrecht—. Pero al principio me preguntaba por qué era Arkady el único que había logrado salir de allí de una pieza y luego supe que se debía a sus tratos con el enemigo. No puedo imaginarme lo malas que han debido de ser las cosas para vosotros.

—Si aún quieres saber cosas, nuestros Galliard pueden contarte muchas historias. ¿Quieres oír algunas antes de que partamos?

—No —dijo Albrecht mientras metía las manos en los bolsillos de la chaqueta—. No he sacado el tema por eso. Lo he sacado porque lo único que he hecho ha sido pensar. No *hice* nada sobre ello ni me impliqué personalmente. Pero ahora...

—Ahora estás aquí —dijo Tvarivich mientras su mirada se perdía.

—Exacto —dijo Albrecht—. Estoy aquí porque se trata de un asunto personal. Uno de mis compañeros de manada ha caído. Arkady está implicado. Tenía que venir. Pero cuando en Rusia necesitasteis ayuda, no creí que fuera mi lucha, no como ahora —se detuvo, aspiró profundamente y dijo—. Supongo que lo que estoy tratando de decir es que...

—No lo hagas —dijo Tvarivich, mientras se paraba y cruzaba los brazos por debajo de la capa—. ¿Qué podrías responderte, Roy Albrecht? ¿Que lo comprendo? ¿Que no importa porque al final obtuvimos la victoria solos? ¿Que, para empezar, un rey no tendría que disculparse con sus súbditos?

—No, a menos que pienses que es cierto —dijo Albrecht, tratando de no parecer demasiado esperanzado.

—Bien, porque no es así —replicó Tvarivich—. Necesitábamos vuestra ayuda y no nos la prestasteis. Cayeron muchos Colmillos Plateados que podrían haberse salvado. No puedo perdonaros

---

eso. Ésa clase de absolución está en manos de Halcón. Y del tiempo.

—¿Y qué ocurre hasta entonces? —dijo Albrecht—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Tú y yo? —preguntó Tvarivich—. Cumplir con nuestro deber. Es lo único que podemos hacer. La guerra continúa, a pesar de todo.

—Sí —dijo Albrecht—. Supongo que es así.

## Capítulo ocho



Varias horas más tarde, los líderes de los clanes regresaron de la fortaleza para dirigirse a los hombres y mujeres que se habían reunido en la planicie rocosa del exterior. De los casi sesenta guerreros elegidos para tomar parte en la ofensiva, casi dos terceras partes eran hombres del margrave. Dientesabueso y Tvarivich habían contribuido con los dos grupos más numerosos después de aquél y el resto había venido con Cólera Lenta, Rápido-como-el-Río y Caminante del Alba. Se mezclaron unos con otros mientras esperaban a que llegasen sus líderes pero permanecieron cerca de sus equipajes y sus armas para poder ponerse en marcha en cualquier momento. Cuando los líderes hicieron al fin acto de presencia, los soldados guardaron silencio y se prepararon para escuchar.

El Margrave Konietzko venía a la cabeza, llevando un gran rollo de papel enrollado a modo de pergamino alrededor de dos postes de metal de gran longitud. Los demás líderes lo seguían en fila de a uno y cuando finalmente se detuvo frente a los guerreros reunidos se situaron a su alrededor. Desenrolló el papel y clavó los postes en la tierra endurecida. El papel mostraba un mapa



topográfico de la Serbia meridional. Cerca de su centro se había marcado la localización que la Reina Tvarivich les había proporcionado, así como otros dos puntos situados al norte y al sur de ella. Cuando el mapa estuvo dispuesto a su satisfacción, Konietzko se volvió hacia los guerreros y tomó la palabra.

—Durante algún tiempo —dijo—, hemos sabido que esta región es un hervidero de servidores del Wyrm. Muchos de vosotros me habéis acompañado en incursiones a los linderos de este creciente mal pero a pesar de todo los engendros del Wyrm no han dejado de aumentar en número. Las misiones de reconocimiento más ambiciosas han sido en general ineficaces, además de costosas en sangre de nuestros camaradas. Y en todo este tiempo, la razón de la acumulación del enemigo ha sido un misterio.

Gruñidos furiosos por toda la audiencia recalcaron esta afirmación.

—Pero al fin —prosiguió el margrave—, hemos resuelto el misterio. Gracias a los esfuerzos de muchos, hemos descubierto que una presencia espiritual hasta el momento desconocida se oculta en estas montañas —señaló el punto central marcado en el mapa— y que lleva encarcelada allí desde tiempos inmemoriales. Durante los últimos meses hemos visto evidencias de que está despertando y de que su prisión está debilitándose y todo esto ha provocado el aumento de la actividad de los engendros del Wyrm. Estos servidores del mal están buscando la entrada a la prisión de Jo'ellath'mattric en la Umbra con el propósito de liberarlo y lanzarlo sobre un mundo desprevenido.

Muchos de los gruñidos se convirtieron en aullidos lanzados desde el fondo de la garganta.

—Es, por tanto, decisión de este consejo, que tomemos la iniciativa y ataquemos antes de que nuestros enemigos lo hagan. Sabemos que su objetivo se encuentra aquí —volvió a indicar la

marca central del mapa— y que la montaña es el punto clave en una extensa prisión espiritual que retiene a Jo'clath'matric. Es necesario hacerse con el control del lugar para mantener la integridad de las barreras. Por tanto, atacaremos la región con todas nuestras fuerzas, romperemos las filas de nuestros enemigos y estableceremos una defensa fuerte para que no puedan liberar a Jo'clath'matric. Éste es nuestro objetivo final.

Mientras los guerreros ponderaban sus palabras, el margrave se volvió hacia Guy Dientesabueso, que se adelantó con los brazos en jarras. Sus guerreros lo vitorearon y él los saludó con un gesto de la cabeza.

—No será tarea fácil —dijo el hombre lobo suizo cuando contó con la atención de todos los presentes—. Los engendros del Wym son muy numerosos en el lugar al que nos dirigimos. No hay líneas claras de aproximación o suministro y una vez que nuestro despliegue sea completo no podremos recibir refuerzos. Y lo que es más, no contamos con puentes lunares establecidos en ningún reducto sólido de la zona. Además, el movimiento por tierra de una fuerza de este tamaño no atraería tan sólo la atención de los servidores del Wym sino también la de las tropas serbias, las del ELK y las fuerzas de pacificación de la ONU. Por ello, dirigiremos nuestras fuerzas a un túmulo de los Señores de las Sombras recientemente descubierto en Szeged —señaló al punto norte marcado en el mapa, en la Hungría meridional—. Desde allí, el Margrave Konietzko, la Reina Tvarivich y Helena Cólera Lenta obligarán a las Lunas capturadas a abrir puentes lunares temporales para nosotros. Los cruzaremos en dos oleadas y emergeremos en las colinas, aquí y aquí —mientras proseguía, tocó el mapa para indicar las localizaciones de las que estaba hablando—. Nuestro objetivo se encuentra en algún lugar de esta montaña. La Reina Tvarivich sospecha que debe de haber un túmulo allí que hace las

veces de ancla para la prisión de Jo'cllath'matric. Debemos encontrar el camino a ese túmulo y conquistarlo. Los datos geográficos con que contamos sugieren que existe un sistema de cavernas bajo este punto, de modo que abriremos nuestros puentes lunares en el valle que conduce a él y empezaremos la búsqueda allí. Si nuestros esfuerzos resultan infructuosos, nos reagruparemos y enviaremos grupos de búsqueda por las laderas para investigar la cima —Dientesabueso hizo una pausa y se volvió hacia Konietzko—. Margrave.

—Gracias —Konietzko volvió a adelantarse—. Contamos con poca información táctica sobre las ventajas y debilidades del enemigo en este campo de batalla. Hemos examinado el terreno, el clima y las condiciones de la Umbra para tratar de establecer conclusiones estratégicas pero no sabemos si el enemigo ha tenido tiempo de establecer sus defensas o sigue registrando la zona. En este último caso, deberíamos de poder irrumpir en su dispositivo y ponerlo en fuga. De no ser así, tendremos que establecer una fuerte línea de defensa al instante, antes de que tengan tiempo de atacar. En cualquiera de los dos, debemos movernos inmediatamente, pues cualquier demora sólo redundará en beneficio de nuestros enemigos.

El margrave hizo una pausa para dejar que sus palabras hicieran efecto y entonces prosiguió con tono grave.

—Como todos sabéis, sois los únicos guerreros que podemos apartar de la defensa de otros enclaves importantes en la región. No contaremos con refuerzos ni con líneas de retirada. Nos toca a nosotros impedir que el enemigo libere a esa terrible bestia y algunos tendremos que dar la vida para conseguirlo. Pero si somos valientes y fuertes y tenemos fe en Gaia, venceremos. La victoria será nuestra. Mataremos a nuestros enemigos y viviremos para luchar otro día en nombre de Gaia.

Estas palabras provocaron un aplauso y los Garras Rojas y otros Garou de ascendencia lupina aullaron para mostrar su entusiasmo. El margrave sonrió, complacido por el celo creciente que manifestaba su audiencia. Se volvió hacia Albrecht y asintió una vez. Albrecht le devolvió el gesto y a continuación se dirigió a la audiencia.

—Muy bien, damas y caballeros —le dijo—. Hagámoslo. Ya hemos esperado bastante.

## Capítulo nueve



—¿Cómo es posible? —demandó Tajavientres a los exploradores metis que se encogían frente a él. Agarró a los dos bastardos malformados por la camisa y los zarandeo, agitado—. Este lugar lleva siglos perdido. ¿Cómo han podido encontrarlo tan poco tiempo después que nosotros? ¿Es que hay un traidor en nuestras filas? ¿Un espía? Si lo hay, yo...

—¿Acaso importa? —dijo Garramarga con la mirada fija en el vacío que se abría a sus pies. Se encontraba junto con los otros dos en el corazón del túmulo que mantenía prisionero al Hijo Olvidado. Tenía los brazos cruzados y no miraba a Tajavientres. Parecía estar escudriñando el Abismo, como si buscara un reflejo en él. Había pasado toda la semana organizando la conexión de los puentes lunares desde aquel lugar a las colmenas aliadas y los orificios ampollados y similares a esfínteres que, suspendidos en el aire, rodeaban el perímetro del vacío eran el testimonio de su trabajo. Ahora estaba recuperando fuerzas para prepararse para el ritual que atacaría las cadenas de la prisión del Hijo Olvidado—. No sé de qué va a servir saber eso.

—Me servirá a mí! —gritó Tajavientres mientras arrojaba a los metis al suelo y se volvía hacia Garramarga—. Yo le dije a Arastha que este lugar sería seguro. Le dije que no había nada que temer.

—A Arastha no le preocupaba que nuestros enemigos encontrasen este lugar, Tajavientres —dijo Garramarga—, ¿recuerdas? Puede que confíe en ti.

—Sí —dijo el explorador desde el suelo—. No hay nada de que preocuparse. Ni siquiera son demasiados...

—¿Que no hay nada de qué preocuparse? —gritó Tajavientres—. Saben que estamos aquí! Nos están buscando y puede que haya más de camino.

—Pero contamos con Guardianes de sobra —lloriqueó el metis—. Estamos bien defendidos.

—Entonces dile a los Guardianes que se preparen! —gritó Tajavientres—. Ahora mismo! Van a atacarnos! Me prometí a Arastha que este lugar sería seguro y lo será! No lograrán llegar!

El metis se escabulló sin siquiera contestar mientras Tajavientres temblaba y apretaba los puños a ambos lados del cuerpo. Cuando hubo desaparecido, Garramarga se volvió a mirarlo al fin. En las profundidades de la capucha, los ojos ambarinos del Theurge parecían divertidos.

—¿Tan importante es su opinión para ti? —preguntó—. No representa más que una cabeza de la hidra de una colmena. ¿Por qué te preocupa tanto?

Tjavientres se estremeció y adoptó de repente su brutal forma Glabro, aparentemente sin darse cuenta. Se precipitó hacia Garramarga y le gritó a la cara:

—No tiene que ver con ella! —chilló—. Tiene que ver con lo que ella me prometió!

Garramarga ladeó la cabeza en un gesto despreocupado y entonces dijo:

—Ah, tu sacrificio. Lo olvidaba.

—Arastha me lo prometió —le espetó Tajavientres—. No consentiré que me lo arrebaten unos necios débiles y equivocados que piensan que están salvando el mundo.

—Y que no comparten tu iluminación —dijo Garramarga—. Por supuesto que no.

—Y tampoco consentiré que se mofen de mí —gruñó Tajavientres—. No hagas que te mate antes de que tus aliados lleguen aquí para ayudarte a realizar ese ritual del que tanto hablas.

—No me amenes, Tajavientres —dijo Garramarga—. Sabes muy bien lo que Arastha te haría.

Tjavientres retrocedió entonces, rechinando los dientes y flexionando las cortas garras de su forma Glabro.

—Entonces métete en la cámara de la piedra del camino y ponte a trabajar —dijo—. No me des razones para poner a prueba su misericordia. Haz lo que debes y despierta al Hijo Olvidado. Por el bien de todos nosotros.

—No te preocupes —dijo Garramarga—. Ha llegado la hora. Cuando haya descansado un poco más y lleguen los otros, empezaremos.



Albrecht fue el último en emerger del puente lunar abierto desde Szeged y un estallido de ruido se abatió sobre él desde todas direcciones cuando lo hizo. Y junto con el ruido, un vendaval que arrastraba una criatura del Wyrms que lo golpeó en la espalda. A pesar de que había adoptado ya la forma Glabro, el impacto lo hizo caer y lo arrojó rodando por una ladera. Apenas podía entrever el terreno circundante. El cielo estaba cubierto de nubes

alborotadas. La tierra estaba ya manchada de sangre y con marcas de garras. Había una muchedumbre de perdiciones e incontables serpientes aladas se retorcían por el cielo.

Albrecht rodó en medio del caos por un momento y entonces creció para adoptar su enorme forma Crinos. Clavó las garras en el suelo y resbaló hasta detenerse. La criatura del Wyrm que lo había golpeado —una cosa cubierta de escamas y llamada scrag— bajó deslizándose la ladera y saltó sobre él. En un solo movimiento, Albrecht se puso en pie, desenvainó el gran klaive, Amo Solemne y clavó su punta en la cara de la monstruosidad. La criatura se detuvo con un húmedo y satisfactorio crujido y cayó al suelo.

Albrecht sacó a Amo Solemne y se limpió los restos y la sangre de la criatura de la cara mientras trataba de orientarse. Descubrió que, en contra de lo esperado, el puente lunar lo había arrojado a la Penumbra en lugar de al mundo físico. Sin embargo, antes de que pudiera preguntarse el porqué, escuchó un grito de socorro lanzado desde la colina más próxima por uno de sus guerreros y corrió en aquella dirección para ayudarlo. Al llegar a la cumbre, sorprendió a un puñado de Perdiciones Ooralath, semejantes a sabuesos, haciendo trizas el cuerpo del desgraciado hombre lobo que había pedido auxilio.

Antes de que las Perdiciones pudiesen siquiera darse la vuelta, Albrecht saltó entre ellas y blandió Amo Solemne al tiempo que lanzaba dentelladas con sus colosales mandíbulas. Abrió a dos de ellas en canal antes de que las otras supieran que había llegado y le partió el cuello a una tercera antes de que ninguna pudiera reaccionar. Otra de aquellas criaturas con aspecto de perro saltó sobre él desde su lado ciego, pero él rodó sobre los hombros y la arrojó por los aires con los pies. Mientras aterrizaba agazapado a cuatro patas, la Perdición chocó con su única compañera



superviviente y ambas cayeron al suelo echas un ovillo. Albrecht se precipitó sobre ellas y las empaló con su espada.

Mientras se desintegraban y los pedazos de sus cuerpos blindados desaparecían en la tormenta, Albrecht comprobó el estado del hombre lobo al que habían estado atacando. La víctima era una mujer llamada Ilanya Pie de Plata, una de las guerreras de Konietzko. Yacía de espaldas en un charco de sangre. Abierta desde el esternón a la entrepierna. Tenía la boca y los ojos muy abiertos y el viento de la tormenta zarandeaba los jirones de su carne desgarrada. Ya estaba revirtiéndose a su forma tribal, el equivalente para un hombre lobo de los estertores de la muerte. Se apartó de mala gana y divisó un grupo de Colmillos Plateados que se estaban reuniendo al abrigo de una cresta elevada. No había más hombres lobo a la vista. Se reunió con los Colmillos y formaron rápidamente un anillo defensivo para ofrecerse su mutuo apoyo frente a la tormenta. La Reina Tvarivich estaba entre ellos, también en su forma Crinos.

—¿Qué demonios ha pasado? —gritó Albrecht por encima del rugido de la tormenta—. ¿Cómo es que hemos acabado aquí?

—Es lo mejor que han podido hacer las Lunas con esta tormenta —respondió Tvarivich.

—Vale. ¿Estamos muy lejos? ¿En qué dirección tenemos que ir?

—Por allí —dijo Tvarivich señalando con la maza, que estaba manchada de algo líquido, espeso y azul—. No está lejos.

—Entonces vamos.

La rusa asintió y le indicó la dirección a los demás. Juntos, se encaminaron hacia allá. Rechazaron a unas pocas Perdiciones que se dejaron caer sobre ellos y siguieron una larga y sinuosa caminata a través de las colinas de la Penumbra. No obstante, sabían que llegaría un momento en que no podrían seguir avanzando

frente a la creciente furia de la tormenta. Así que se detuvieron y Albrecht y Tvarivich se asomaron al mundo físico por encima de la Celosía.

En el mundo físico se encontraban ahora a unos doscientos metros de la elevada montaña de granito que, de acuerdo a la información de Tvarivich, era la prisión de Jo'cllath'mattric. Sin embargo, en aquel momento estaban en el borde de un barranco que separaba dos altas colinas, donde estaba teniendo lugar una batalla. Una fuerza de Danzantes de la Espiral Negra y varias manadas de fomori y Perdiciones materializadas se extendían por la rocosa extensión como gusanos en un cadáver. Los guerreros que ya habían llegado —en su mayoría soldados que habían acompañado a los invitados del margrave desde sus clanes respectivos— estaban dispersos y no oponían demasiada resistencia, como si se hubiesen enfrentado a un ataque por sorpresa. Las manadas individuales se defendían bien pero los engendros del Wyrm eran más numerosos y estaban mejor organizados. El enemigo estaba separando los grupos aislados de Garou cada vez más. Si las cosas no cambiaban, el enemigo vencería y podría retirarse a una posición de fuerza más próxima a la montaña. Pero Albrecht moriría antes de permitirlo. Se irguió cuan largo era en su forma Crinos y levantó a Amo Solemne frente a sí para que todos cuantos lo rodeaban pudieran verlo.

—Espíritus de la guerra, afilad mi hoja —aulló por encima del estrépito de la tormenta. Algunos de los Colmillos plateados que se encontraban cerca de él se unieron a su aullido—. Espíritus de Luna, afilad mis garras y concededme vuestra protección. Madre Gaia, que tu cólera viva en mí.

Los espíritus a los que invocaba despertaron y respondieron uno por uno, concediendo al Rey Albrecht y a muchos de sus guerreros las bendiciones que habían solicitado y entonces,

cuando estuvo hecho, Albrecht y los Colmillos Plateados desaparecieron del mundo espiritual.

Albrecht fue el primero en aparecer en el mundo físico, segundos más tarde, y su aparición no pasó inadvertida. Amo Solemne brillaba con fuerza en su mano derecha y parecía vibrar de excitación. Su mano derecha terminaba en cinco largas garras de plata que reflejaban los relámpagos del cielo. Venía ataviado en lo que parecía una coraza fina como una gasa, forjada en plateada luz de luna y tan liviana como ésta. Avanzó un paso y profirió un rugido, y las piedras se estremecieron con el poder de su furia. Un rayo cayó muy cerca y el estallido del trueno hizo resonar su llamada a la batalla mientras más y más guerreros se materializaban a su alrededor.

## Capítulo diez



Tajavientres entró corriendo en el corazón del túmulo y se encontró con cinco hombres ataviados con túnicas negras como la de Garramarga, arrodillados todos junto al borde del Abismo y cantando de forma monótona. Los Theurge habían llegado poco después de que el ataque comenzara y habían dado comienzo a su ritual de inmediato. Ahora sus palabras resonaban como un eco en el foso mientras los portales de los puentes lunares parecían estremecerse de forma sincopada.

—¿Qué ocurre? —preguntó una de las figuras. Tajavientres no distinguió cuál.

—¿Dónde está Garramarga? —demandó.

—Con la piedra del camino —respondió otro de los Theurge.

Tajavientres corrió por el perímetro de la cámara hasta llegar a la antecámara situada al otro lado extremo de la entrada por la que había llegado. En su interior se encontraba Garramarga, inclinado sobre la cuenca que contenía la piedra del camino. Con exquisito cuidado, estaba colocando unas finas varillas de cristal por toda la cuenca en un complicado patrón que recordaba al que

formaba la prisión del Hijo Olvidado. Tajavientres recordaba bien el dibujo.

Sin mirarlo, Garramarga preguntó:

—¿Sí, Tajavientres?

—He venido a ver cómo marcha el ritual —dijo Tajavientres—.

¿Falta mucho para que termine?

—Apenas acabo de empezar —respondió Garramarga—. En este momento, mis aliados están invocando a los servidores del Hijo Olvidado para que puedan atender a su amo cuando aparezca.

—Supongo que eres consciente de que nos están atacando —dijo Tajavientres—. ¿Cuánto va a tardar?

—Las tormentas de la Umbra contribuirán a debilitar las cadenas —dijo Garramarga—. Pero el ritual sólo permite romperlas de una en una. Llevará tiempo.

—**N**o tenemos tiempo!

—No te preocupes —respondió Garramarga—. Conforme vaya rompiendo las cadenas, el patrón entero se irá debilitando. Después de algún tiempo, las fuerzas en desequilibrio empezarán a hacer el trabajo por nosotros. Pero hasta entonces, las energías que debo canalizar requieren de un control muy delicado. Si es necesario que vigiles mis progresos hazlo en silencio. Debo concentrarme.

—Tú sigue con ello —dijo Tajavientres mientras se volvía para marcharse—. Y deprisa, antes de que la Nación Garou entera llegue aquí.



Albrecht se lanzó hacia el campo de batalla y una manada entera de Danzantes de la Espiral Negra abandonó su posición en el centro de la línea para salir a su encuentro. Aunque eran fieros guerreros Ahroun, arrojó a uno de ellos a un lado con las garras y abatió al siguiente con Amo Solemne como si no fuesen más que cachorros. Los Colmillos Plateamos que venían tras él aplastaron a los Espirales mientras caían. Tres enemigos más lo rodearon y trataron de desgarrar sus defensas pero la armadura que Luna le había concedido repelió sus garras. Albrecht les cercenaba los brazos y los abría en canal con las garras cuando se acercaban demasiado. Uno cambió a Hispo y trató de hacerlo caer pero él rodó sobre su espalda y le cortó las piernas a otro de sus camaradas. Un golpe en vertical propinado por las garras de plata destripó al siguiente Espiral y Tvarivich cargó desde atrás y le aplastó el cráneo al que estaba en forma Hispo cuando se disponía a cargar de nuevo. Albrecht aulló órdenes mientras los cinco Danzantes de la Espiral Negra caían a su alrededor, presa de espasmos, sollozando y revirtiendo a sus formas tribales. Los demás Colmillos Plateados obedecieron sus órdenes y lo siguieron hacia sus aliados.

Los primeros soldados a los que alcanzaron eran los que rodeaban a Guy Dientesabueso. Habían alcanzado a los Theurge que mandaban a las Perdiciones materializadas pero estaban teniendo dificultades para acabar con ellos. Albrecht se les unió y acabó con una Psychomachia desde atrás. Al otro lado de la Perdición de las pesadillas, Dientesabueso tenía entre las fauces la garganta de un Danzante de la Espiral Negra, que aún seguía retorciéndose. Estaba de espaldas a Albrecht y no hubiera visto a la Psychomachia hasta que hubiera sido demasiado tarde. Mientras el rey se le acercaba, Dientesabueso miró a su alrededor con el hocico sanguinolento y se puso en pie. Antes de que ninguno de ellos

podiera pronunciar palabra, otro Danzante se desplomó entre los dos, con el cráneo aplastado por la maza de Tvarivich.

—Hacia el centro del barranco! —ordenó Albrecht, señalando con Amo Solemne—. ¡Abríos camino luchando!

Sin esperar una respuesta con palabras, Albrecht le arrebató otro Espiral a uno de los hombres de Dientesabueso y le partió la espalda sobre la hoja de Amo Solemne. El guerrero le devolvió el favor al instante, recogiendo la alabarda fetiche que había dejado caer y empalando a una Perdición que cargaba por el costado ciego de Albrecht. Éste arrancó la chillona criatura del extremo de la alabarda y ayudó a continuación al guerrero postrado a incorporarse. Entonces se separaron para ayudar a otros camaradas mientras Dientesabueso ladraba la orden que Albrecht le había dado. Como un solo hombre, sus soldados y los que seguían a Albrecht acabaron con sus enemigos restantes y empezaron a abrirse camino hacia el otro extremo del angosto valle.

En el lado opuesto del campo de batalla, los soldados de Sergiy Caminante del Alba estaban cayendo con rapidez. Sólo el enorme Hijo de Gaia parecía estar teniendo algo de fortuna en su defensa pero por muy grande y poderoso que fuera en comparación con la manada de Ooralaths que lo estaba acosando, seguía pareciendo un oso acorralado. Se erguía frente a los cuerpos gravemente heridos de una manada entera de sus guerreros, saltando y moviéndose y esquivando tan deprisa como una mangosta a pesar de su tamaño. Aunque él no tenía oportunidad de atacarlas, las Perdiciones que lo rodeaban no podían llegar hasta ninguno de los heridos. Algunas de ellas huyeron mientras caían más guerreros de Caminante del Alba pero seguían siendo demasiadas hasta para alguien tan grande y poderoso como él.

Cuando parecía que no podría seguir conteniéndolas, los Colmillos Plateados y los soldados de Dientesabueso cargaron contra

la manada de Ooralaths por la espalda. Libre al fin para dar rienda suelta a su furia, Caminante del Alba golpeó a la Pesadilla de menor tamaño con tal fuerza que la hizo volar por encima de sus salvadores y se partió el cuello contra una roca. Después de ese golpe brutal, acabar con el resto fue coser y cantar. En el repentino silencio que se abatió sobre todos ellos, algunos de los guerreros de la fuerza combinada de Dientesabueso y Caminante del Alba empezaron a relajarse y trataron de recobrar el aliento.

—¡Los Garras Rojas están cayendo! —les gritó Tvarivich antes de que su sangre tuviera tiempo de enfriarse.

—¡Eor aquí! —dijo Albrecht.

Los guerreros aullaron y lo siguieron sin titubeos. Hasta Dientesabueso y Caminante del Alba obedecieron. Como un solo hombre, convergieron en el punto en el que Rápido-como-el-Río y sus camaradas Garras Rojas que aún sobrevivían estaban luchando desesperadamente por sus vidas. Los Furias Negras que seguían a Helena Cólera Lenta obedecieron también las órdenes de Albrecht y se abrieron camino a golpes hasta los Garras. En un abrir y cerrar de ojos, los últimos engendros del Wyrm se encontraron rodeados y murieron antes de haber tenido tiempo de comprender cómo había cambiado el curso de la batalla.

Se hizo el silencio en el campo después de eso, interrumpido sólo por los sollozos y gemidos de los heridos. Albrecht ordenó a los guerreros que lo rodeaban que «se aseguraran» y se dispersaron por todo el campo de batalla para acabar con los Danzantes que aún no hubieran muerto. A continuación reunieron a los Garou heridos formando una congregación exhausta en el centro del barranco. Las heridas que estos guerreros habían recibido de las Pesadillas se curaron rápidamente y un grupo formado por tres de los soldados supervivientes de Caminante de la Mañana y los Theurge de los Garras Rojas y los Furias Negras se encargaron



de los más graves imponiéndoles las manos y elevando plegarias a Gaia.

Nadie creyó apropiado aullar o celebrar la victoria en aquella batalla; todo el mundo seguía conmocionado, de hecho. Albrecht se arrodilló y trató de recobrar el aliento. Su armadura mística estaba desgarrada y rota en varios puntos y las garras de su pezuña derecha ya no despedían resplandores plateados. La cólera de Gaia que había brillado en sus ojos, alejando de sí a los adversarios de menor talla para arrojarlos en brazos de sus aliados, se había apagado ya.

Finalmente, fue Tvarivich quien rompió el silencio.

—¿Dónde están Konietzko y sus hombres? —preguntó mientras se inclinaba sobre uno de los caídos de Caminante del Alba y le cerraba los ojos.

Albrecht se incorporó, mucho más alto que todos cuantos lo rodeaban, y realizó un rápido recuento mental. En efecto, aun contando a los muertos y los heridos, faltaba una tercera parte larga de sus fuerzas.

—Por allí —dijo Dientesabueso al mismo tiempo, señalando con una garra ensangrentada—. Pero las defensas de los engendros del Wyrn son mejores de lo que habíamos previsto.

—El paso estaba minado —dijo Helena Cólera Lenta apretando los dientes.

—Trataron de enterrarnos con escombros que caían sobre nosotros desde las laderas —añadió Caminante del Alba.

Albrecht miró a su alrededor y se percató de que, en efecto, la tierra parecía mucho más quebrada y rocosa que su reflejo en la Umbrá.

—Nos estaban esperando —continuó Caminante del Alba—. Los engendros del Wyrn son mucho más numerosos de lo que...

---

—¿Así que están por allí? —lo interrumpió Albrecht con impaciencia.

—Los hombres del margrave han aparecido más cerca al punto de reunión que nosotros —dijo Dientesabueso—, pero puede que hayan caído en una trampa.

—Sigamos entonces —dijo Albrecht.

—Sí —gruñó Tvarivich—. Guíanos.

## Capítulo once



Por vez primera desde que salieran de Szeged varias horas atrás, Albrecht y sus guerreros se aproximaban al punto de encuentro previsto y ya podían oír el ruido de la batalla en la distancia. El rey se volvió hacia los demás, que se reunieron a su alrededor mientras escuchaban los aullidos y el entrechocar de las armas que llegaban de más adelante.

—Dientesabueso, Helena —dijo—. Llevad a vuestros guerreros a esa colina por el lado occidental. Que el resto me siga por el lado este. Y deprisa. Nuestros camaradas cuentan con nosotros.

Los demás lo obedecieron sin vacilación. Se dividieron en dos unidades y se separaron como les había indicado. Empezaron a proferir aullidos y a entrechocar las armas, tanto para dar confianza a sus aliados como para aterrorizar a sus enemigos.

Cuando los hombres de Albrecht, que por pura casualidad habían tomado la ruta más corta, llegaron al otro lado, vieron que una batalla desesperada estaba teniendo lugar en el valle que se abría frente a ellos. Konietzko y aquellos de sus soldados que habían sobrevivido hasta el momento luchaban al otro extremo, acorralados contra las paredes de granito de la montaña por una

línea tras otra de Perdiciones materializadas y los Danzantes de la Espiral Negra que las controlaban y apoyaban. La presencia de numerosos cadáveres dispersos señalaba el lugar en el que los defensores habían establecido la línea originalmente, así como el precio sangriento que habían tenido que pagar para repeler a los atacantes. El aire estaba lleno de aullidos, gritos, gruñidos y alaridos y Albrecht pudo oír desesperación en los sonidos que estaban profiriendo los guerreros de Konietzko.

Con un rugido, Albrecht extendió su espada hacia delante y ordenó a sus tropas que cargasen. Siguiendo su ejemplo, se desparamaron colina abajo y cayeron desde atrás sobre la mayor concentración de engendros del Wyrn. Caminante del Alba y Rápido-como-el-Río añadieron sus propios guerreros a la carga de los Colmillos Plateados y dividieron en dos a la sorprendida hueste de enemigos. A continuación, la fuerza de los gaianos se abrió en abanico tras Albrecht y presionó con mayor fuerza. Esperanzado por su aparición, el Margrave Konietzko lanzó hacia delante a una falange de sus hombres e hizo formar al resto en una punta de flecha dirigida en dirección contraria. Las dos líneas de hombres lobo avanzaron la una hacia la otra y luego se entrecruzaron para cubrirse mutuamente las espaldas. Cuando la maniobra estuvo completa, los defensores habían partido a la fuerza de engendros del Wyrn por la mitad y habían introducido un tenso círculo entre las dos mitades.

A continuación, este círculo se dividió en dos a partir de su eje y empujó a las divididas fuerzas del Wyrn contra las paredes del valle. Resultó más fácil acabar con la fuerza situada en el lado de Albrecht pero lo cierto es que el rey no estaba siquiera preocupado por la suerte de los cansados guerreros de Konietzko. Mientras éstos hacían lo que podían por repeler a los engendros del Wyrn, los guerreros de Helena Cólera Lenta y Guy Dientesabueso

aparecieron por fin y descendieron sobre el valle por la ladera de la colina que se interponía en el camino de sus enemigos. Los guerreros de Dientesabueso y los de Konietzko realizaron a pequeña escala la misma maniobra que los que seguían a Albrecht habían utilizado para dividir en dos al ejército enemigo.

Divididos por dos veces, los engendros del Wyrm no tenían la menor posibilidad. Los reforzados y encorajinados gaianos los abatieron uno a uno hasta que no quedó con vida una sola criatura del mal. Ninguna Perdición acechaba ya, ni en la Penumbra inmediata ni en el mundo físico. Ningún Danzante de la Espiral Negra podía sostenerse en pie y los que aún vivían fueron despachados rápidamente. Ninguno de ellos recibió misericordia.

Cuando el trabajo estuvo concluido un silencio extraño y denso se aposentó sobre el valle. Aquí y allá lo interrumpían el rumor de la lluvia, el ruido de unos pasos, los gemidos de dolor y unos truenos lejanos pero ninguna voz. Todo el mundo parecía estar conteniendo la respiración, como si esperase algo importante. Y como en respuesta a esta sensación, el Margrave Konietzko se abrió camino entre la multitud en dirección al Rey Albrecht, quien se estaba acercando desde la dirección contraria. La armadura mística de Albrecht se hizo pedazos y cayó al suelo convertida en una llovizna de fragmentos sin valor. Su espada estaba mellada y llena de sangre. Sus dientes y garras estaban pegajosos a causa de los restos de las víctimas a las que había matado con ellos. Y sin embargo, poca, muy poca de la sangre que cubría su cuerpo era en realidad suya. Se erguía alto y orgulloso y la Corona de Plata resplandecía en su cabeza.

—Eres mejor líder y guerrero de lo que esperaba —dijo el margrave, mientras se detenía delante de él—. Tus refuerzos... han llegado en buen momento.

—Gracias —dijo Albrecht—. Yo también me alegro de verte. Pero la lucha no ha terminado aún. Todavía tenemos que encontrar el túmulo.

—Sí —dijo Tvarivich. Albrecht veía una mancha roja bajo su axila izquierda y parecía estar cojeando un poco—. Lo siento en el interior de la montaña. Está escondido en las profundidades.

—Entonces vamos a esas cavernas y busquémoslo —dijo Albrecht.

—Eso no serviría de nada —dijo Konietzko—. No se adentran lo suficiente en la montaña.

—Es cierto —dijo Mephi, que acababa de aparecer detrás de Albrecht. Había llegado en el mismo puente lunar que Konietzko—. Terminan a unos cien metros de profundidad. Allí fue donde nos dejó nuestro puente lunar.

—Los Espirales nos tendieron una emboscada cuando cruzamos la Celosía —dijo Konietzko—. Mientras salíamos, se materializaron junto con una horda de Perdiciones y cayeron sobre nosotros.

—Ya me extrañaba a mí que estuvieran en vuestro lado, lejos de las cavernas —dijo Cólera Lenta.

—¿Y cómo llegaron hasta aquí? —preguntó Caminante del Alba.

—Un túnel del Wyrn —respondió Mephi—. Lo vimos cuando nuestro puente lunar nos depositó en la Umbra en lugar de aquí pero entonces no nos dimos cuenta de lo que era. En la Penumbra se abre en este punto y se sumerge bajo la montaña.

—Suena a entrada —dijo Albrecht—. Y suena también a que los Espirales están ya dentro.

—Sí —dijo Konietzko—. También he podido detectar puentes lunares que salen de allí. Podrían llegar refuerzos de otras colmenas en cualquier momento.

—Entonces tenemos que apresurarnos —dijo Dientesabueso—. A los túneles y al túmulo.

—Sí —volvió a decir Konietzko—. Pero los espíritus del Wym son más numerosos aquí que en los lugares en los que nos depositaron nuestros túneles lunares. Debemos establecer un perímetro defensivo y enviar contingentes de guerreros a los túneles de uno en uno —dijo el margrave—. El resto puede seguirlos en oleadas para asegurarse de que los engendros del Wym no nos siguen.

—¿Y quién debería ir el primero? —preguntó Caminante del Alba.

Los Garou europeos miraron a su alrededor con aire incómodo y nade respondió de inmediato.

—Yo abriré el camino —dijo Albrecht al fin—. Junto con Mephi y los guerreros de la Reina Tvarivich. Tú nos seguirás, Caminante del Alba. Helena después y luego Dientesabueso. Rápido-como-el-Río, tú serás el siguiente y los hombres del margrave nos cuidarán las espaldas.

Konietzko asintió y dijo:

—Está bien. Atravesaremos la celosía en orden inverso para asegurar un perímetro. Cuando entréis en los túneles, no nos esperéis. Tenéis que llegar al túmulo antes de que aparezcan sus refuerzos.

—O derruirán la prisión de Jo'cllath'mattric —añadió Cólera Lenta.

—Sí —dijo Dientesabueso—. Hacedlos pedazos.

—Ya lo he pillado —dijo Albrecht—. Vamos.

Los hombres de Konietzko formaron un círculo defensivo y se adentraron en el mundo espiritual para abrirles un camino hasta la entrada del túnel. Los guerreros de Rápido-como-el-Río los siguieron, así como todos los demás líderes europeos, uno tras otro en rápida sucesión. Cuando desaparecía un grupo, Tvarivich

se asomaba al otro lado de la Celosía y le indicaba al siguiente cuándo debía seguirlo. Finalmente, la reina les dio la señal de cruzar a ellos. Con una rápida plegaria a Gaia, prepararon las armas y dieron un paso para adentrarse en el infierno.

Tras desgarrar las redes de patrón que recorrían la celosía, fueron recibidos al llegar al mundo espiritual por feroces vientos de tormentas y restos voladores. La Tormenta de la Umbra impedía casi por completo la visibilidad a la altura del suelo pero a la manera intuitiva propia del mundo espiritual, los Garou podían ver una infinitud de serpentina Perdicioness voladoras que cruzaban el cielo como nubes negras, enfebrecidas por la intensidad de la tormenta. Algunos de los guerreros que ya habían cruzado desaparecieron gritando en la tormenta, atrapados por bandadas de Perdicioness a las que no habían visto llegar.

La condición del mundo espiritual era mucho peor de lo que había sido en el momento de su llegada. Los vientos parecían capaces de arrastrar incluso cuerpos en forma Crinos y casi los derribaban. Las Perdicioness cubrían los suelos del valle y la montaña como hormigas de un hormiguero perturbado y un número aún mayor de criaturas aladas inundaba la tormenta. Los primeros Garou que habían cruzado la tormenta estaban haciendo lo que podían para contenerlas y las comunicaciones en ese estado resultaban poco menos que imposibles.

Sin embargo, Albrecht y los demás tenían que ignorar la conmoción y concentrarse en la boca del túnel situada en el centro del vacilante perímetro defensivo establecido por el margrave. A su alrededor, la tierra era negra como la tinta y estaba cubierta por profundas fisuras que supuraban un icor amarillento. Era como si un chancro ulcerado hubiese cubierto el suelo de la Umbra, de cuyos bordes manaba más de aquel nauseabundo líquido parecido a pus, pero Albrecht podía ver que debajo de éste la tierra se



abombaba a causa del túnel que discurría por allí. Sin duda aquél era el camino y los demás guerreros le habían allanado el camino.

Tras intercambiar miradas de asco, los Colmillos apretaron los dientes y, uno por uno, se introdujeron por el túnel. Cuando lo hicieron, la ennegrecida costra se hizo pedazos y desaparecieron. No obstante, por malos que hubieran sido los alrededores, nada podía haberlos preparado para la realidad de lo que los esperaba en el túnel. Un escalofrío colectivo los recorrió cuando llegaron al suelo y miraron a su alrededor.

Delante de ellos, el túnel se adentraba en una oscuridad completa y era tan alto que un guerrero en forma Crinos apenas llegaría a acariciar el techo con las yemas de los dedos. Parecía lo bastante ancho como para que tres guerreros avanzasen por él hombro con hombro. Las paredes y el techo estaban cubiertos por franjas de hongos verdes resplandecientes que proporcionaban una limitada visibilidad. Había unos orificios viles y goteantes en las paredes y el suelo, dispuestos al azar en apariencia, de los que brotaban susurros enloquecidos que no llegaban a alcanzar el umbral de lo sensible. El túnel entero palpitaba como el interior de una vena. Albrecht podía sentir la porquería del Wyrn en el aire, arrastrándose por su piel, metiéndosele en la boca, pegándose a las paredes de su nariz. La sensación hizo que le lloraran los ojos pero no se atrevió a frotárselos para no extender la penetrante mancha.

—Muy bien, todos —resolló—. La parte fácil ha terminado. Sigamos.

Tratando de mantenerse tan calmados y concentrados como Albrecht aparentaba estar, los demás empezaron a trotar en dirección a la montaña. Mientras se movían, pudieron sentir una repugnante sensación de peristalsis, como si el túnel se los estuviera

tragando para depositarlos en el vientre de alguna bestia hambrienta.



Después de lo que pareció una eternidad de espera, los puentes lunares situados alrededor del Abismo se contrajeron al fin y una hueste de guerreros de fresco emergió de su interior. Tajavientres se adelantó con impaciencia. El sonido creciente y fluctuante de los cánticos de los Theurge le había crispado los nervios y el hecho de que ninguno de los centinelas hubiera informado desde hacía casi una hora no contribuía desde luego a calmarlo. Casi hubiera preferido estar fuera, luchando, que coordinando los esfuerzos desde el interior. Y el hecho de que el ritual de Garramarga se estuviera prolongando tanto empeoraba las cosas aún más. Pero al menos los refuerzos que había pedido a Arastha estaban por fin allí.

—Reuníos a mi alrededor —dijo mientras los guerreros examinaban la cámara y lanzaban miradas ceñudas a las figuras vestidas de negro que rodeaban el Abismo—. Bienvenidos. Os necesitábamos con urgencia.

—Ya —le gruñó un sujeto alto de cabello largo y rojizo—. ¿Estás al mando? —Tajavientres asintió—. ¿Dónde nos quieres?

Tajavientres señaló la antecámara por encima de su hombro.

—Por allí. El túnel conduce a la cámara donde acampamos. Más allá está el túnel que lleva al exterior. Buscad a los Theurge de vuestras colmenas. Cuando los encontréis, ayudadlos a contener al enemigo. Se trata de un ataque en toda regla, ¿entendido?

—Sí —dijo el otro. A continuación se volvió hacia los demás y les dijo—. Por aquí, muchachos. Ya habéis oído al jefe.

Los demás guerreros ladraron y aullaron de excitación y lo siguieron fuera de la cámara. Eran casi una veintena y Tajavientes dejó escapar un suspiro de alivio. Serían suficientes para proteger a los Theurge a los que había apostado en el exterior. Gracias a los aliados de Garramarga, éstos contaban aún con Perdiciones más que de sobra bajo su mando. El tumulto era seguro. Además, el temblor de tierra que por dos veces ya había sacudido la cámara parecía indicar que el ritual de Garramarga marchaba conforme a lo prometido, si bien no con especial rapidez. Probablemente no había de qué preocuparse.

Sólo hubiera deseado que sus vigías se apresuraran a volver con los informes sobre el curso de la batalla que se estaba desarrollando en el exterior. La fe que tenía en sus subordinados no llegaba demasiado lejos.



—¡Cerrad el círculo! —gritó Konietzko a sus hombres desafiando la furia de la tormenta al tiempo que clavaba a un Ooralath al suelo con su espada—. ¡Sergiy! ¡Preparaos para entrar en el túnel!

—¡Espera! —gritó Cólera Lenta, mientras le arrancaba una pierna a un Scrag y la utilizaba como garrote—. ¡No lo hagas! ¡Algo va mal!

Antes de que Caminante del Alba tuviera tiempo siquiera de formular la obvia pregunta, la respuesta llegó desde arriba. Las Perdiciones voladoras salieron de repente despedidas en todas direcciones y, sobre sus cabezas, una explosión hizo jirones el cielo. Aquéllos que estaban mirando creyeron ver cómo aparecía una brillante y retorcida serpentina de energía y describía a

continuación un elevado arco en el cielo antes de partirse en miles de fragmentos al rojo blanco. El resto de los guerreros no tardó en comprender lo que estaba ocurriendo pues entonces los fragmentos empezaron a llover por todas partes. Caían como meteoritos u obuses de mortero, diezmando las filas de las Perdiciones y desperdigando a los guerreros gaianos, presa de un pánico instintivo. Ninguno de ellos podía oír nada por encima de la cacofonía redoblada de la tormenta y el estrépito provocado por los fragmentos al explotar. Manadas enteras desaparecieron y los supervivientes tuvieron que sortear un granizo mortal mientras permanecían agachados para no ser arrastrados por los vientos de la tormenta.

Konietzko había sido arrojado a varios metros de distancia y se incorporó con lentitud. Mientras el tañido ensordecedor de sus oídos empezaba a remitir, examinó la escena con la mirada, tratando de averiguar lo que había ocurrido. Aún seguían lloviendo proyectiles pero lo que en aquel momento atraía sus cinco sentidos era el cráter del que había caído más cerca. A su alrededor se estaban asentando los escombros umbrales y de su interior emanaba un alarido diferente a cualquier otra cosa que jamás hubiera oído. Pero mientras corría hacia el cráter, estuvo a punto de toparse de bruces con algo que brotaba de su interior. Era un enorme cuerpo negro de ofidio, con alas membranosas y unas grandes fauces hambrientas. Una nueva Perdición, como las que volaban por la tormenta. Mientras empezaban a aparecer nuevas criaturas en los cráteres situados por todo el valle, Konietzko comprendió lo que acababa de ocurrir: Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte había descrito un hecho similar sucedido en la Cloaca del Tisza. Otra de las cadenas de patrón que cubrían la prisión de Jo'ellath'mattric acababa de romperse.

Y lo que era más, parte de los escombros provocados por aquel incesante bombardeo habían caído en mitad de su perímetro defensivo, sellando el túnel detrás de los Colmillos Plateados y haciendo imposible que acudieran en su ayuda.



Albrecht y sus guerreros llevaban casi un minuto corriendo cuando sintieron la explosión. La tierra se estremeció a su alrededor y los arrojó al suelo, ensordecidos.

—¿Qué demonios ha sido eso? —demandó Albrecht mientras se ponía en pie temblando y con gran esfuerzo.

—Creo que tengo una idea —dijo Mephi al tiempo que se ponía en pie apoyándose en su vara—. Creo que una cadena de patrón acaba de partirse ahí fuera. Lo que ocurrió en el Tisza fue bastante parecido. Recuerdo que no dejó a todos sordos y mareados y...

Al decir esto se le abrieron mucho los ojos y se volvió para mirar en la dirección por la que habían venido. Tvarivich y sus guerreros, que estaban tratando de ponerse en pie, se miraron unos a otros, confundidos.

—¿Qué? —preguntó Albrecht.

—También derribó los túneles del Wyrn —terminó Mephi. Albrecht y los demás volvieron la mirada y vieron que, en efecto, el túnel estaba bloqueado por rocas y tierra. El desplome se había producido a unos doce metros atrás. Gracias a Gaia no habían perdido a nadie pero ahora no había forma de que Konietzko o los demás pudieran alcanzarlos.

—Vaya, mierda —ladró Albrecht, a falta de algo más solemne o inspirador.

—¿Y ahora qué? —dijo Mephi.

—Debemos tratar de regresar —dijo Tvarivich—. Invocaré a un elemental de tierra para que nos ayude a limpiar...

—Ahora no podemos hacer eso! —le espetó Albrecht—. ¿Es que estás loca?

—Puede que los guerreros de Caminante del Alba hubieran entrado ya en el túnel —dijo Tvarivich—. Podrían estar atrapados. Tenemos que liberarlos.

—No tenemos tiempo —dijo Albrecht—. Si de verdad se ha partido una cadena, tenemos que llegar hasta el túmulo y detener a los Espirales antes de que logren romper otra.

Tvarivich abrió la boca para protestar pero se contuvo a tiempo.

—Por supuesto. Vamos.

Cuando todos estuvieron en pie y en disposición de reanudar la marcha, corrieron hacia el otro extremo del túnel. Terminaba en una herida en la tierra muy semejante a la que habían utilizado para entrar, sólo que vertical. Albrecht la atravesó con Amo Solemne y brotó un chorro de pus. Entonces asintió hacia sus guerreros, apretó los dientes y penetró de un salto. Al hacerlo, no sólo cruzó el umbral, sino también la Celosía y se encontró en una sucia y abarrotada cámara situada en el interior de la montaña, iluminada por la luz parpadeante y azul de una antorcha. El suelo estaba cubierto de jergones, mantas sucias y montones de madera quemada. También había sangre en una esquina, en torno a un montón de cadáveres de animales a medio devorar. Según parecía, aquél era el lugar en el que habían acampado originalmente los Espirales que habían encontrado el lugar.

Mephi, Tvarivich y los demás Colmillos emergieron tras él y, una vez juntos, todos pasaron un segundo sacudiéndose de encima la tierra y la porquería del Wym. Sólo un túnel salía de aquella gran caverna, y se encontraba en la pared opuesta.

Tvarivich lo señaló con la maza y gruñó.

—El corazón del túmulo está en aquella dirección. Y el Wyrm... su pestilencia es como el calor que emana de la piel de un hombre enfermo. Debemos...

Mephi siseó para pedir silencio y se llevó un dedo a la boca.

—Alguien viene. ¿Lo oís? Son muchos.

Todo el mundo guardó silencio y al cabo de un segundo, también Albrecht pudo oírlo. El repiqueteo de unas garras sobre la piedra, el traqueteo de las armas y unos gruñidos de excitación apenas contenidos que se dirigían hacia ellos.

—Espirales —susurró Mephi—. Un buen número de ellos. Tenemos un minuto más o menos antes de que lleguen.

—Probablemente sean refuerzos para sus camaradas del exterior —dijo Tvarivich.

—El camino está bloqueado —dijo Mephi—. Son problema nuestro.

—No tenemos tiempo —gruñó Albrecht—. Aunque lográramos matarlos, seguirían ganando si nos demoran el tiempo suficiente.

—En ese caso tendremos que acabar con ellos muy deprisa —respondió Mephi con otro gruñido.

—No —dijo Tvarivich—. Podríamos tardar demasiado.

—No tenemos más remedio que enfrentarnos a ellos —dijo Albrecht.

—Entonces lo haremos *nosotros* —dijo Tvarivich—. Pero tú tendrás que seguir adelante sin nosotros. Los contendremos todo el tiempo posible aquí mientras detienes lo que quiera que esté ocurriendo en el corazón del túmulo.

—No me gusta nada ese plan —dijo Albrecht.

—Es el único que tenemos —dijo Mephi. Más allá del túnel del otro lado, el sonido de los guerreros enemigos estaba cada vez más próximo—. Y casi no nos queda tiempo.

—Lo sé —dijo Albrecht con aire sombrío—. No estoy discutiendo. Es sólo que no me gusta.

—Colócate detrás de nosotros en forma de lobo —dijo entonces Tvarivich mientras aprestaba la maza—. Te abriremos un camino.

Albrecht asintió y adoptó la forma Lupus mientras los guerreros de Tvarivich y Mephi formaban una falange a su alrededor en sus formas Crinos. Acababan de hacerlo cuando los Danzantes de la Espiral Negra entraron al otro lado de la cámara. Eran unos veinte y se detuvieron en desorden nada más verlos.

Antes de que nadie pudiera moverse, Mephi se asomó por encima de las cabezas de sus camaradas y dijo:

—Todos vosotros, feos bastardos, vais a morir.

Y con estas palabras, la falange cargó contra la turba de Espirales. Cayeron sobre ellos con mucha fuerza y los obligaron a retroceder, sorprendidos, durante varios segundos, pues los Espirales no habían adoptado aún sus formas Crinos. Los guerreros alcanzaron la entrada del túnel y allí se detuvieron y abrieron su formación para disponerse en una punta de flecha invertida. Los Espirales no se habían recuperado aún del todo y se dejaron apartar del túnel por el que acababan de entrar. Y mientras los Colmillos Plateados se volvían y se abalanzaban sobre ellos, Albrecht saltó de entre sus filas y se perdió por el túnel en dirección al corazón del túmulo.



## Capítulo doce



La situación en el valle apenas había mejorado ligeramente para cuando la lluvia de proto-Perdiciones cesó. El suelo de la Penumbra estaba chamuscado y quebrado y había más Perdiciones en el cielo, pero las que quedaban en el suelo estaban dispersas y desorientadas. Los guerreros de Konietzko que aún vivían habían limpiado una zona a su alrededor y formaban un círculo apretado alrededor del lugar en el que la caída de la Perdición había derrumbado el túnel detrás de los Colmillos Plateados.

—Han fallado —dijo Dientesabueso. Un jirón de carne colgaba bajo su párpado derecho y tenía que apoyarse en uno de sus guerreros mientras los huesos y los músculos de su destrozada pierna derecha recobraban su forma original—. Lo más probable es que estén muertos.

—Aplastados —dijo Caminante del Alba. Su brazo izquierdo colgaba inútil a un lado y la fuerza de los vientos de la Umbra hacía que se balanceara.

—A menos que ya estuvieran dentro de la montaña —sugirió Cólera Lenta—. Puede que algunos de ellos hayan sobrevivido.

—No podemos contar con eso —dijo Konietzko—. Tenemos que seguir adelante y llevar a cabo la misión.

—¿Cómo? —gruñó Dientesabueso—. El túnel se ha desplomado.

—Pero no ha desaparecido —dijo Caminante del Alba mientras cojeaba hasta allí. Cólera Lenta tuvo que sostenerlo hasta que un Theurge pudo llegar a su lado y le impuso las manos.

—No —asintió Konietzko—. No ha desaparecido.

—Eso no significa que podamos utilizarlo —insistió Dientesabueso. Ya podía sostenerse por sí solo pero su cara seguía siendo una ruina sanguinolenta.

—Sí que podemos —dijo Rápido-como-el-Río. Sus dos camaradas de manada habían desaparecido pero él no había sufrido una sola herida—. Podemos cavar.

—Sí —dijo Konietzko—. No tenemos elección.



Tras cambiar a la forma Crinos a mitad de salto, Albrecht corrió por el túnel llevando a Amo Solemne a baja altura. Cuanto más avanzaba, más claro se hacía el resplandor azulado procedente de la cámara y más sentía cómo iba adelgazando la Celosía. Ya no oía voces ni pasos acercándosele desde delante pero conforme la luz azul se hacía más intensa, empezó a sentir unos latidos de energía impura que resonaban en las piedras circundantes con creciente intensidad. No sabía lo que presagiaba la sensación pero sí, en cambio, que no tenía tiempo de esperar a que su significado se revelara por sí solo.

Así que apretó el paso con la esperanza de ganar la cámara que había al otro extremo del túnel antes de que el ritual que sin duda

estaban realizando los Espirales fuese mucho más allá. No necesitaba ser un Theurge para darse cuenta de que en un túmulo no tenía que reinar una sensación así. Atravesó a la carrera el último tramo del túnel y emergió a una antecámara semicircular sin ningún ornamento. Al ver que ningún centinela ni espíritu guardián le salía al paso avanzó con más cautela hacia el corazón del túmulo propiamente dicho.

Allí vio un foso circular rodeado por unos repugnantes orificios con forma de esfínteres que temblaban en el aire al ritmo de una energía pulsátil que atravesaba el aire. Una enorme estalactita cubierta de símbolos negros colgaba sobre el foso y los símbolos latían al mismo ritmo que la energía, como si fueran venas llenas de sangre. Albrecht podía oler la vileza del Wyrn por todas partes, como un acre humo invisible.

Siguió investigando y vio cinco figuras de color negro, inmóviles alrededor del borde del foso, entre los orificios elevados. Caminó hasta una de ellas y vio que era un ser humano ataviado con una túnica, tirado en el suelo y con la cabeza en un charco de sangre. Lo pinchó una vez con Amo Solemne y no reaccionó. Entonces le dio la vuelta con el pie y se encontró con un lastimero rostro humano, muerto. Parecía que le habían explotado los ojos y la sangre espesa y negra cubría su boca, su nariz y sus orejas. Las otras figuras que podía ver parecían estar en semejante estado.

—¿Se me ha pasado algo por alto? —arrugó el hocico con aire inseguro mientras se apartaba del borde del foso y contemplaba con el ceño fruncido los cuerpos muertos—. ¿O es que habéis...?

Antes de que pudiera terminar la frase, un aullido agudo estalló a su espalda, en su costado ciego y escuchó unos pasos que se acercaban a la carrera. Tuvo el tiempo justo para volverse antes de que un hombre lobo con un abrigo manchado se le echara encima como una Harley Davidson en pleno derrape. Cayeron

juntos al suelo, lanzándose gruñidos y dentelladas y Amo Solemne resbaló de su mano y se perdió rebotando sobre las rocas que jalaban el foso. El hombre lobo —el Espiral— debía de haberlo estado esperando junto a la entrada de la cámara todo el tiempo, pensó Albrecht, y el afortunado hijo de puta había elegido su lado ciego. Se puso en pie de un salto y arrojó a su enemigo al suelo. El Espiral era rápido y se incorporó antes aún que él. Los dos se irguieron y se miraron los ojos.

—Te reconozco —ladró el otro y Albrecht, que estaba a punto de abalanzarse sobre él, se detuvo, sorprendido—. El parche en el ojo. La diadema. La espada. Eres Albrecht. El Hermano Arglach nos habló de ti en la colmena.

—Debería haberte dicho que no me tocaras los cojones —gruñó Albrecht.

—Lo hizo —el Espiral esbozó una sonrisa despectiva y empezó caminar hacia la izquierda de Albrecht, tratando de conseguir que éste quedara entre él y el foso—. Pero si te mato, esa zorra tendrá que respetarme. Tendrá que dejar que el Hijo Olvidado me recompense al fin.

—¿Ah, sí? —gruñó Albrecht—. Pues yo tengo una recompensa para ti aquí mismo, hijo de puta. A menos que prefieras largarte y seguir a trajinándote a tu madre.

Por alguna razón, estas palabras enfurecieron al Espiral mucho más de lo que Albrecht había esperado. Sus ojos enrojecieron y cargó contra él con un alarido demente que sonaba más a dolor que a pura rabia. Albrecht recibió su descontrolado ataque sin miedo. Avanzó un paso y alzó los brazos con los codos hacia fuera. Al hacerlo, apartó las garras de su atacante y clavó las propias sobre sus hombros. Entonces, utilizando el impulso del Espiral, giró en redondo y volteó a su enemigo. Los dos cayeron al suelo pero Albrecht cayó encima y le hundió las fauces en la

garganta con todas sus fuerzas. El Espiral se debatió y trató de clavarle las garras en la espalda pero el rey sacudió la cabeza de un lado a otro lo más fuerte que pudo hasta que sintió que su enemigo dejaba de resistirse y empezaba a revertir a su forma humana. Cuando el Espiral se quedó inmóvil al fin, Albrecht se irguió sobre él y le escupió un espumarajo de sangre y cartílagos a la cara.

—Gilipollas —volvió a decir—. Deberías haber escuchado al Hermano Caraculo. ¿Dónde está Amo Solemne?

Lanzó una mirada en derredor y distinguió el arma junto a una de las pasarelas que cruzaban el foso. También se percató de que el pulso de energía que sentía en el aire no estaba menguando. Hubiera querido creer que las figuras de las rúnicas, al realizar el ritual que había partido la cadena de patrón en el exterior habían desencadenado alguna clase de descarga que las había matado. Pero en el fondo de su corazón sabía que las cosas nunca son tan fáciles. Caminó hasta la viga, recogió su gran klaive y lo cruzó para dirigirse al otro extremo de la sala. Al hacerlo vio la segunda antecámara, situada al extremo opuesto de la que él había utilizado para entrar y escuchó unos cánticos procedentes de allí. Corrió hacia ella y vio en su interior una cuenca de piedra sobre la que se inclinaba con aire solemne una figura ataviada con una rúnica negra.

La figura estaba cantando suavemente en una lengua que Albrecht no reconoció pero el tempo coincidía a la perfección con los latidos de energía. Mientras iba aumentando su velocidad, levantó un escalpelo de plata sobre lo que parecía ser una complicada telaraña tendida sobre la cuenca. El instrumento se movió de un lado a otro como un instrumento de adivinación y entonces la figura encapuchada lo bajó hacia una de las hebras de la telaraña. La fina hoja cortó la hebra antes de que Albrecht pudiera

hacer nada por detenerlo y en las profundidades se produjo una explosión que sacudió la montaña hasta los cimientos. Aun la misma Celosía pareció estremecerse como si fuera un fino biombo de tela y una ráfaga de viento sopló hacia fuera desde el interior de la cámara. Albrecht tuvo que sujetarse al muro para no caer. Mientras la fuerza expansiva pasaba sobre él, supo de forma instintiva que otra de las cadenas de patrón acababa de partirse en la Umbra. El latido de energía remitió ligeramente y entonces empezó a cobrar nuevas fuerzas, más rápido esta vez.

Al oír el sonido de las garras sobre la roca, no obstante, la figura encapuchada dejó de cantar y se volvió parcialmente.

—¡Vete, Tajavientres! —chilló sobre su hombro—. ¡El Hijo Olvidado está en el umbral! ¡Me necesita! ¡No se me debe molestar ahora!

—No —dijo Albrecht mientras se le echaba encima con Amo Solemne en alto—. Yo diría que ya te he molestado.

El hombre de la túnica giró en redondo más deprisa de lo que Albrecht había esperado. Unos brillantes ojos ambarinos ardieron por un instante en las profundidades de su capucha y dio un salto hacia delante al tiempo que adoptaba su forma Crinos, negra como la pez. Albrecht se hizo a un lado y le cercenó el brazo derecho de un tajo. Pero la herida no pareció molestar demasiado al negro Espiral. Empuñando el diminuto escalpelo con la mano izquierda atacó a Albrecht mientras el cuerpo de éste estaba demasiado extendido y se lo hundió en el costado derecho. El escalpelo se clavó entre dos costillas. Con un aullido de dolor, golpeó al Espiral en la cabeza con el pomo de Amo Solemne y a continuación le abrió el vientre con un amplio tajo que probablemente no era del todo necesario considerando la severidad de la primera herida que le había infligido. El Espiral salió despedido contra la pared de la antecámara y cayó al suelo en forma Homínida. La

mano que aún conservaba se aferró a su vientre, tratando en vano de impedir que se le salieran las entrañas.

Con un aullido de dolor aún más potente, Albrecht agarró la empuñadura del escalpelo que sobresalía de su costado y trató de sacarlo. El arma ardía como un atizador de chimenea y estaba clavada muy profundamente y necesitó dos intentonas para conseguirlo. Después de la segunda, las rodillas se le doblaron y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Cuando pudo ver de nuevo con claridad, se encontró frente al agonizante Espiral y le arrojó el escalpelo, lleno de rabia y furor. El impacto no hizo daño alguno pero consiguió que el Espiral levantara la cabeza. La capucha pendía ahora sobre sus ojos y su rostro quedaba envuelto por completo en sombras.

—¿Qué estás mirando? —ladró Albrecht—. ¿Todavía no estás muerto?

—Poco —susurró el Espiral—. Faltaba tan poco.

—Entonces termina de una vez —dijo Albrecht. El latido de energía en el aire era ahora lento y regular y ya no ganaba en intensidad pero no había desaparecido del todo.

—Me faltaba tan poco —continuó el Espiral—. Lo siento, Padre. Pero al menos... el intruso... morirá... también...

—Hoy no —bufó Albrecht mientras observaba cómo se deslizaba un intestino entre los dedos de su enemigo—. Tendrás que darme con algo mucho más grande que un...

—... cuando lleguen —terminó el Espiral, en voz tan baja que Albrecht estuvo a punto de no oírlo. La afirmación hizo que reflexionara. Los refuerzos seguían combatiendo contra los hombres de Tvarivich y Mephi al otro lado del túnel y lo cierto era que podían aparecer en cualquier momento. Por supuesto, era imposible que el agonizante Espiral supiera que estaban atrapados en la cámara superior sin forma de entrar o salir. Por tanto, era

probable que se refiriese a nuevos refuerzos que estaban en camino. Lo más probable era que los orificios que rodeaban el foso en la cámara contigua fueran puentes lunares y que un nuevo infierno estuviera a punto de desencadenarse en cualquier momento. Confiando en que no fuera demasiado tarde, se apartó del Espiral agonizante y se acercó a la cuenca sobre la que había estado inclinado cuando él había entrado.

Las finas y transparentes hebras cubrían aún la superficie de la cuenca pero Albrecht se dio cuenta de que el patrón que componían estaba ahora retorcido y deformado, como si fuera objeto de tensiones desequilibradas. Varias de las hebras que hubieran podido mantenerlo en equilibrio estaban bajo el agua, cortadas, y a su lado, en el fondo de la cuenca, había también un suave guijarro de color blanco con una garra negra pintada. Albrecht, que gobernaba su propio protectorado desde un túmulo, sabía perfectamente que no era un simple objeto del ritual; el guijarro era la piedra del camino de aquel antiquísimo lugar sagrado.

Sabía que la piedra del camino anclaba los puentes lunares a aquel lugar así que supuso que si se libraba de ella, los puentes (y los refuerzos que sin duda estaban viniendo por ellos) se cortarían. No obstante, tenía una idea aproximada de lo que podía ocurrir si cortaba alguna de las hebras que cubrían la superficie de la cuenca para llegar hasta ella. Así que con la máxima delicadeza, deslizó una de las largas garras de su forma Crinos por el mayor de los huecos que había entre las finas y delicadas hebras y trató de sacar la piedra. La empujó en una dirección y en la otra, se le resbaló, y por fin logró llevarla hasta uno de los extremos de la cuenca, donde la recogió con la otra mano, sin romper ni mover ninguna de las varillas de cristal.

Pero ahora que la tenía, no sabía lo que debía hacer exactamente con ella. El latido de energía había dejado de recorrer la



cámara, y eso parecía algo bueno, pero los puentes lunares seguían abiertos a pesar de que él había confiado en que sacar la piedra de la cuenca bastaría para cerrarlos. De hecho, el que se encontraba directamente frente a él empezó a abrirse como un iris con un húmedo sonido de succión. Al verlo, el Espiral de la túnica negra empezó a reír desde el suelo con carcajadas agónicas.

—Demasiado pronto —resolló el nombre—, pero demasiado tarde. Mis hermanos... terminarán el trabajo... y liberarán... al Hijo Olvidado.

—¿Tú crees? —gruñó Albrecht. Hubiera preferido que el maldito hubiera muerto ya. Sostuvo la piedra del camino en alto, sin saber si el Espiral podía verla o no—. ¿Pueden hacerlo sin esto? Porque yo diría que tus hermanos pueden irse al infierno y el Hijo Olvidado puede quedarse justo donde está.

Y tras decir esto, echó el brazo atrás y arrojó la piedra con todas sus fuerzas contra el puente lunar, ahora abierto, en un ángulo elevado. Al hacerlo pudo ver a un Danzante de la Espiral Negra que se acercaba y se agachaba instintivamente mientras la piedra volaba por encima de su cabeza. Pero aquella visión fugaz fue la única que cualquiera de los dos tuvo del otro en toda su vida. Al cruzar la entrada que conducía al enrevesado espacio de la Umbra que conectaba el túmulo con su colmena, la piedra se llevó consigo su capacidad de anclaje. El puente lunar se plegó sobre sí mismo frente a los ojos de Albrecht, llevándose a los Espirales que lo estaban utilizando a Gaia sabe qué parte de la Umbra y entonces el portal desapareció. En un abrir y cerrar de ojos, los demás portales que rodeaban el pozo desaparecieron también. Dondequiera que estuviera ahora la piedra del camino, tan seguro como que había infierno que no era allí y a ese lugar era adónde conducían ahora los puentes lunares. Los Espirales estaban atrapados. No llegarían más refuerzos en mucho tiempo.

Ahora, todo lo que tenía que hacer era regresar a la otra cámara antes de que los que ya estaban allí matasen más miembros de su tribu.

Por fortuna, descubrió Albrecht cuando regresó a la cámara, el asunto había sido resuelto casi del todo sin necesidad de contar con su ayuda. Vio también que había más gente en ella que cuando se marchara. Mientras corría llevando a Amo Solemne en alto, el último Espiral cayó muerto a sus pies, partido casi en dos por una espada ancha de gran tamaño. Al otro lado del cadáver se encontraba un gran hombre lobo de color negro con el hocico manchado de sangre y sosteniendo la espada en cuestión. Albrecht y él se miraron por un instante y a continuación bajaron sus respectivas armas en señal de respeto. Albrecht advirtió con satisfacción que la suya era más grande.

—Rey Albrecht —dijo Mephi desde cierta distancia. Estaba en forma Homínida, tratando de sacar la cabeza en forma de cobra de su vara de las entrañas de un hombre lobo que yacía a sus pies—. Has regresado. Estábamos a punto de ir a buscarte.

—Sí —dijo el hombre lobo negro que tenía delante mientras decrecía y adoptaba la forma del Margrave Konietzko—. ¿Por qué has vuelto ya?

—¿De qué estáis hablando? —dijo Albrecht mientras revertía a su forma Homínida. La herida en el costado le ardió al cambiar de forma, pero dejó de hacerlo en cuanto estuvo en forma humana—. Ya he terminado.

—¿Terminado? —preguntó Caminante del Alba desde la entrada del túnel del Wyrn, con el ceño fruncido.

—Claro —dijo Albrecht como si tal cosa—. He detenido el ritual. Me aseguré de que Jo'cllath'mattric siguiera en su prisión. Impedí que llegaran los refuerzos. Todos los ocupantes de la sala

están muertos. No me pareció que hubiera nada más que hacer. Así que decidí volver. ¿Va todo bien por aquí?

—No para todos —dijo Tvarivich mientras se le acercaba cojeando en forma Crinos. Una de sus piernas estaba malherida—. He perdido siete hombres. Y el margrave ha perdido más aún.

—Todos hemos perdido hombres —dijo Dientesabueso—. Y mujeres, buenos guerreros, todos ellos —Rápido-como-el-Río profirió un gemido de asentimiento.

—Lo siento —dijo Albrecht—. He regresado lo más rápido posible.

Konietzko sacudió la cabeza y alzó una mano manchada de tierra.

—No, Albrecht —dijo—. No hubieras podido salvarlos de todas formas. Hiciste lo que debías. Salvaste nuestras vidas con las suyas. Y muchas más. Tomaste la decisión correcta.

—Lo sé —dijo Albrecht—. No estaba discutiendo. Sólo que no me gusta.

Konietzko asintió y envainó la espada. Entonces se volvió hacia los demás líderes de los clanes y les indicó con un gesto que lo siguieran. Pasó sobre el cadáver que había a sus pies y se encaminó al túnel detrás de Albrecht. Al pasar, no obstante, lanzó una mirada al rey y le dijo en voz baja:

—No te preocupes. Se va haciendo más fácil —y con estas palabras, condujo a los demás por el túnel para inspeccionar el trabajo hecho por Albrecht.

## Capítulo trece



Apenas una semana más tarde, Albrecht empezaba a sentirse cansado de su estancia en Cielo Nocturno. Durante ese tiempo, había hecho varios viajes entre el túmulo de Konietzko y el de la montaña de Serbia para participar en la limpieza ritual del lugar (en la medida en que esta era posible habida cuenta del lugar en el que se encontraba) y luego se había sometido a sí mismo a una limpieza ritual en Cielo Nocturno antes de que el influjo del Wyrm empezara a afectarlo negativamente. Había ayudado también a los hombres de Konietzko a establecer algunas barreras espirituales básicas para mantener a raya a la mayoría de las Perdiciones y por fin, hasta había participado en las guardias mientras Konietzko abría un puente lunar experimental entre el túmulo prisión y el túmulo de Szeged. Dado que la piedra del camino original del túmulo había desaparecido, el margrave tuvo que utilizar una de las que Mephi había recuperado en Descanso del Búho un mes atrás. Funcionaron a la perfección durante todo ese tiempo y permitieron enterrar el túnel del Wyrm que habían estado utilizando hasta entonces y limpiar su infeccioso influjo del lugar.

Después de eso, la mayor parte de lo que quedaba por hacer era trabajo para los Theurge. Konietzko, Tvarivich y varios otros empezaron a turnarse para pasar días enteros en el túmulo, poniendo a prueba la estabilidad de las cadenas de patrón que aún quedaban y comprobando el efecto de las tormentas de la Umbra sobre ellas. Decidieron que la condición de la prisión era grave pero estable y afirmaron con seguridad que no empeoraría por sí sola. Fuera lo que fuese lo que los Espirales estaban haciendo para romper las cadenas desde el interior del túmulo, parecía que había cesado de veras y no que había sido contenido o suspendido temporalmente. Este último descubrimiento le valió a Albrecht una tarde de celebración en el gran comedor de Konietzko, pero la cosa resultó superficial e incómoda, a pesar del hecho de que todos los líderes de los clanes trataron de alabarlo y concederle la gloria que se merecía por sus actos. Para empeorar un poco más las cosas, Tvarivich se había despedido al día siguiente y había sugerido a Albrecht que aprovechara la oportunidad para relajarse durante unos pocos días.

El problema era que Albrecht no se sentía con ganas de relajarse. Quería hacer algo importante. Algo *más*. Necesitaba estar en medio de algo, algo que marcara las diferencias y que fuese bueno. No es que aspirase a la gloria por sí sola, por supuesto, pero los últimos días había empezado a sentirse inútil y no sabía qué podía hacer para apaciguar esa sensación. Había tratado de hablar con Mephi antes de que el Caminante Silencioso se marchara, pero no le había servido de nada.

—Estás inquieto —le había dicho Mephi—. Conozco bien esa sensación. A mí me pasa cuando me quedo demasiado tiempo en un mismo sitio. Constantemente siento que tengo que ir a algún lugar pero no termino de saber cuál es. Resulta perturbador. Es

como estar constantemente bajo los efectos de una jarra entera de cafeína.

—Sí —dijo Albrecht—. Algo así. Más o menos.

—Bueno, ya sabes que puedes venir conmigo si lo deseas —le había ofrecido Mephi—. Tenía pensado dejarme caer por el túmulo que los Caminantes Silenciosos tienen en Casablanca antes de regresar a los Estados Unidos. Serías más que bienvenido si decides acompañarme. A los míos les encanta tu historia, debo decir. El rey dos veces exiliado que ahora lleva la Corona de Plata. Causarías una auténtica conmoción.

—Gracias pero no estoy seguro de que eso sea lo que necesito en este momento.

—Bueno, la oferta sigue a tu disposición. Si cambias de idea y decides visitarnos, haz correr la voz y lo sabremos.

—Ya veremos.

Mephi se había marchado aquel mismo día, como la mayoría de los líderes de los clanes. Albrecht se había dicho que se quedaría hasta que todos ellos hubieran confirmado que sus clanes no habían sido atacados en su ausencia por fuerzas traicioneras del Wymr. No obstante, a medida que cada uno de estos mensajes llegaba, se había visto finalmente a admitir que se estaba engañando. Ahora estaba oficialmente varado. Más concretamente, se había varado paseando por los salones de la fortaleza del margrave.

Una de las razones principales por la que había acudido a aquel clan tan alejado de su hogar era el problema de Jo'ellath'mattric y de eso ya se había ocupado. Así que sólo le quedaban dos cuestiones pendientes en la agenda. Para empezar, tenía que buscar a Arkady y no sabía cómo empezar. Ahora todos creían al fin que el ruso era un traidor y un adorador del Wymr pero nadie parecía tener pistas sobre sus movimientos después de

que abandonara el protectorado de Caminante del Alba. No estaba más cerca de acabar con él de una vez y para siempre que cuando lo exiliara a Rusia.

En segundo lugar, por supuesto, tenía que encontrar la manera de ayudar a Mari. Ella estaba en casa, estaba a salvo y tenía a Evan a su lado pero no había mejorado desde que la habían llevado al Túmulo de Finger Lakes hacía casi dos meses. Y aunque Albrecht había hecho todo ese camino tratando de encontrar algún medio de curarla, seguía sin saber adónde ir y a quién preguntar. La única persona con la que no lo había intentado era el margrave y, por alguna razón, no le parecía el candidato más idóneo...

—Lord Albrecht —dijo una voz a su espalda. Se detuvo en mitad del pasillo, interrumpido en mitad de sus cábalas.

Giró en redondo y al hacerlo se percató de que no tenía la menor idea de dónde se encontraba.

—¿Sí? —dijo—. ¿Es que me he metido en un sitio prohibido o algo así?

—No, señor —dijo el hombre que tenía delante. Albrecht recordaba haberlo visto en el comedor de Konietzko. Era Gryffyth EspumadeMar—. Pero me ha enviado a buscaros el senescal de nuestro amable anfitrión. Mi consternación por no dar con vos sólo es comparable al deleite que me provoca el haberos encontrado.

—Ahá —dijo Albrecht—. ¿Necesitas algo?

—Vive el cielo, no —dijo EspumadeMar—. Lo más irónico del asunto es que estoy aquí para haceros un servicio.

—Mira —dijo Albrecht, suspirando—. Sé que eres un Galliard y todo eso pero si lo que quieres es escribir una balada sobre mí o algo por el estilo, de verdad que éste no es el mejor momento.

EspumadeMar le guiñó un ojo con aire alegre y dijo:

—Ojalá contara con el tiempo y la inspiración necesarios para hacerle a vuestro estatus legendario la justicia de que es merecedor. En especial ahora que vuestra destreza con las armas parece haber aumentado de nuevo. Pero no, ésa no es la naturaleza de mi recado, ni soy yo su progenitor.

—Oh —dijo Albrecht, levemente halagado a su pesar—. Entonces, ¿qué quieres?

En lugar de decir lo que quiera que estuviera pasando por su mente en aquel momento, EspumadeMar sacó con un ademán florido un pequeño teléfono móvil con el glifo tribal de los Señores de las Sombras en la parte trasera. Se lo tendió a Albrecht, hizo una reverencia y se retiró graciosamente a una distancia prudente.

Albrecht se llevó el teléfono a la oreja y preguntó:

—¿Sí?

—Albrecht —dijo la voz de Evan al otro lado de la línea, provocando una sonrisa inesperada en el rostro del rey—. Gracias a Dios que doy contigo. Pensaba que ese tío iba a arruinarme teniéndome al teléfono para siempre.

—Sí, le da al pico. Estoy encantado de oírte, muchacho.

—Y yo. Me han contado que ha habido algo de emoción por allí.

—Bastante, sí —dijo Albrecht—. Ya te lo contaré cuando regrese. ¿Alguna noticia que deba saber?

—Una —dijo Evan—. Es la razón por la que te llamo. Pero, por cierto, no sabes lo jodido que es conseguir el teléfono de un tío que vive en una montaña situada en la mitad de ninguna parte.

—¿Cuál es la noticia muchacho? —dijo Albrecht—. La llamada la pagas tú, ¿te acuerdas?

—Ah, sí. Bueno, se trata de esto. Creo que debes regresar a casa. Pronto. Esta misma noche, si puedes.



---

—¿Esta noche? ¿De qué se trata?

—Hmmm, creo que deberías venir y verlo por ti mismo. No sé si por teléfono...

—¿Qué pasa? ¿Qué es, Evan?

—Bueno, no quería decírtelo así —dijo Evan—, pero si insistes. Verás, se trata de Mari...

